



LA SUERTE ESTÁ ECHADA

alea iacta est

Rosana Briel

Lectulandia

En la Imperial Tarraco, capital de la Hispania Citerior, el extraño suicidio de una joven lleva a Cayo Varo a involucrarse en una búsqueda que no es lo que aparenta con la inesperada ayuda de la seductora viuda Marcia Cesonia, que trastocará el mundo del romano para siempre.

Mil novecientos años después, en Barcelona, un brutal asesinato conduce al detective privado César Valente hasta la periodista de prensa rosa, Marcela Cobo.

Personajes de dos épocas distintas envueltos en una serie de asesinatos. Dos culturas diferentes, pero sin duda vinculadas. Dos decorados distantes en el tiempo, pero relacionados en una inexplicable conexión entre el pasado y el presente.

Un mismo objetivo: atrapar al asesino. Un mismo sentimiento: el amor que nace y nunca muere.

Lectulandia

Rosana Briel

La suerte está echada

Alea iacta est

ePub r1.0

Titivillus 07.02.16

Título original: *La suerte está echada*
Rosana Briel, 2016

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Capítulo 1

A través del estrecho sendero de grava que conducía desde la puerta de entrada a la propiedad hasta la escalera de acceso a la casa, una larga fila de lujosos vehículos esperaba ordenadamente el turno para tomar posesión de las plazas de aparcamiento acondicionadas bajo la espaciosa carpa.

Marcela, con el maletín colgado al hombro que contenía los útiles necesarios para desempeñar su trabajo, caminaba a paso lento junto a los coches detenidos a su izquierda. Se había visto obligada a estacionar el suyo fuera del recinto, ya que el guardia de seguridad de la puerta —un tipo que debería haber pasado por la ducha para no ofender el olfato del prójimo y de paso lavarse la boca con jabón— le había vetado, con pésima educación, el acceso a la finca por asistir en calidad de corresponsal en lugar de invitada.

El día que salió con su licenciatura en Ciencias de la Información bajo el brazo no imaginó que la intrépida reportera de investigación que soñaba ser acabaría persiguiendo celebridades de prensa rosa. Pero de algún modo había que sufragar el feo vicio de comer tres veces al día y pagar las facturas.

Al llegar a la explanada, una mansión impresionante se perfiló ante su vista. El edificio tenía un aspecto engañosamente antiguo. La hiedra, que crecía descontrolada, trepaba por la fachada de piedra gris sorteando los grandes ventanales de cristales cuadriculados. Poseía un ligero aire renacentista en las estilizadas líneas rectangulares que invitaba a rememorar la distinción de la antigua nobleza. Si en lugar de vehículos modernos hubiese elegantes carruajes tirados por altivos caballos, se podría asegurar que el tiempo se había quedado suspendido durante varios siglos en aquel espléndido paraje. Aunque la realidad era que se trataba de una reproducción moderna, fruto del capricho de un exitoso empresario.

Los invitados —de riguroso chaqué los caballeros y las damas ataviadas con elegantes trajes de cóctel acompañados de vistosos sombreros— se dirigían a la parte trasera.

Marcela fue tras ellos.

La ornamentación del jardín, dispuesta con celosa pulcritud, brillaba al sol. Una larga alfombra roja conducía al altar, ubicado bajo la pérgola de piedra. A ambos lados del tapiz, un par de centenares de sillas vestidas con faldones blancos y lazos de color rosa destacaban alineadas en impecables filas sobre el verdor del cuidado césped. Mostradores repletos de cava, bebidas alcohólicas, refrescos, zumos, copas y vasos salpicaban el jardín junto a mesas redondas engalanadas igual que las sillas, a la espera del aperitivo los primeros y del banquete nupcial las segundas.

Diminutas rosas de pitiminí le conferían al aire una aromática fragancia unida al perfume especiado del clavero y los árboles frutales.

Faltaban treinta minutos para iniciar el rito y la celeridad del servicio manifestaba una cierta excitación en la urgencia por ultimar detalles.

—¿Señorita Cobo?

Marcela se giró en busca de aquel sonido delicadamente musical.

—Soy Silvia Almazán; encargada de organizar la ceremonia. La estaba esperando.

La rubia propietaria de tan argentina voz lucía una atractiva sonrisa acorde con el resto de su aspecto. Enfundada en un vestido color aguamarina que dibujada su silueta como un trazo perfecto, tendió la mano a modo de saludo.

—Mucho gusto, señorita Almazán. —Marcela estrechó los finos dedos rematados por afiladas uñas esmaltadas de blanco.

—Encantada de tenerla aquí —añadió la otra sin dejar de sonreír—. ¿Desea tomar algo?, ¿un café?, ¿un tentempié?

—No, no, gracias, ahora mismo no me apetece nada.

La rubia asintió conforme.

—Como se pactó con su agencia, tiene libertad absoluta para moverse por donde guste. Los novios solo desean que las imágenes muestren su felicidad al compartir con el público este día tan especial.

«Sí, claro, y con la venta de la exclusiva se comprarán la licuadora, no te fastidia».

—Estupendo —convino, sin que su rostro delatara semejante reflexión—. ¿Dónde puedo dejar esto?

Silvia Almazán miró a su alrededor.

—Teo, por favor —alzó la voz.

El tal Teo —un hombre regordete y bajito con el pelo teñido de un espantoso amarillo chillón y una levita roja que hacía daño a la vista— se disculpó ante el individuo con el que mantenía una distendida charla.

El tipo, de gesto sutilmente amanerado, se encaminó hacia ellas.

—Dime, bella dama.

—¿Podrías acompañar a la señorita Cobo al pabellón para que deje sus pertenencias?

—Por supuesto —dijo él asintiendo con la cabeza al tiempo que lanzaba a Marcela una sucinta mirada.

Ella soportó el descarado análisis y a punto estuvo de preguntar si debía regresar a casa para vestirse de payaso. Se había puesto un traje pantalón de color negro y una camisa de fina organza blanca. Un atuendo que consideró sobrio y cómodo. Con el pelo negro recogido en un moño y maquillada discretamente, reprimió las ganas de soltarle un sopapo a aquella especie de plumífero si se atrevía a realizar el mínimo gesto de desaprobación.

—Teodoro es mi ayudante —aclaró Silvia—. No dude en solicitarle cualquier cosa que precise.

—Gracias.

—El señor Martí preguntaba por ti —intervino Teo, señalando al hombre con el

que conversaba unos minutos antes.

—Ahora mismo voy a hablar con él. Nos vemos más tarde; un placer, señorita Cobo.

—Lo mismo digo.

—Acompáñeme, por favor —dijo el sujeto.

Marcela le siguió cuando se internó en el bosque que rodeaba la finca. A menos de ochenta metros se alzaba el pabellón de caza, un edificio bajo y redondo con la fachada pintada de un suave tono melocotón y tejado de madera, de aspecto acogedor, pese a que resultaba evidente que no guardaba relación con la cacería. No era más que otro capricho.

—Qué desordenada es la gente —exclamó Teo con cara agria.

Esa vez tenía razón.

Los muebles habían desaparecido prácticamente bajo la montaña de ropa, bolsos y mochilas que, sospechó, pertenecían al diverso personal foráneo contratado para la ocasión. Calzado de todo tipo podía distinguirse esparcido aquí y allá. Un sujetador de vivo color azul con corazoncitos rojos desentonaba tirado sobre un viejo arcón. La bolsa de plástico de un conocido supermercado yacía olvidada en la alfombra de piel de tigre.

Se negó a preguntar si era auténtica o una imitación. Francamente prefirió desconocer la respuesta mientras extraía la cámara y colocaba el maletín en un rincón.

De regreso al jardín, Teodoro se despidió con el pretexto de retomar su tarea. Ella examinó la zona a la captura de un sitio con buena perspectiva. Se echó la videocámara al hombro y comenzó a grabar a modo de ensayo, desplazándose hacia la derecha unos cincuenta o sesenta pasos sin abandonar el límite de la arboleda.

Inesperadamente, la hermana de la novia pasó junto a ella a paso ligero con pinta malhumorada. Pese a no ser un objetivo habitual de la prensa, todo el mundo la conocía, al igual que al resto de la familia.

Los invitados ya habían ocupado los asientos.

La orquesta, con piano y todo, interpretaba la suave melodía del *Sueño de amor* de Liszt en el lugar que habían dispuesto para ella sobre una delgada tarima de madera.

El sacerdote se hallaba tras el altar ojeando la Biblia.

El novio, vestido de chaqué y visiblemente inquieto, permanecía muy tieso al pie de la pérgola. De reojo, acechaba la puerta por la que aguardaba la salida de la que en breve habría de convertirse en su flamante esposa.

A su lado, el padrino sonreía con ese aire pícaro de la gente que se lo toma todo a broma.

Las damas de honor hicieron su aparición portando graciosas cestas de mimbre cargadas de blancos pétalos de rosa que derramaban a su paso.

La *Marcha Nupcial* de Wagner anunció la comparecencia de la novia.

Erguida y con las mejillas arreboladas bajo el velo caminó del brazo de su orgulloso progenitor hacia el altar. La diminuta pedrería prendida en el ajustado corpiño atrapaba fugaces destellos al compás del suave balanceo de las caderas ceñidas dentro del blanco satén. Radiante en su protagonismo, recorrió la alfombra sin apartar la mirada del hombre que la esperaba.

El novio avanzó un paso y la recibió con una reverencia conmovedora.

Un rumor sensiblero se alzó entre los presentes.

A Marcela se le hizo un nudo en la garganta.

Capítulo 2

Tarraco, capital de la Hispania Citerior. Año 107 d. C.

Tarraco, fundada por los Escipiones en el año 218 a. C. en el marco de la Segunda Guerra Púnica; la ciudad a la que Julio César concedió el título oficial de *Colonia Iulia Urbs Triumphalis Tarraco*, y de la que el poeta Lucio Anneo Floro dijo: «De todas las ciudades para descansar, Tarraco es para mí la más agradable y preferida», presentaba ese día su habitual aspecto dinámico.

La mañana lucía radiante. No se veía ni una sola nube que enturbiara el cielo azul claro. La temperatura, perfecta.

Cayo Varo —Varo para todo el mundo, excepto cuando su madre se enfadaba con él y le regañaba con un «¡¡¡Cayo!!!» en tono contundente— paseaba por el mercado igual que un patricio ocioso.

El Foro de la Colonia, presidido por el templo destinado al culto de la Tríada Capitolina —Júpiter, Juno y Minerva— y centro neurálgico de la ciudad, se hallaba en pleno apogeo.

Bajo los pórticos de la Basílica, hombres ataviados con toga discutían de negocios. Dentro, en la sala más espaciosa, algún magistrado impartía justicia en ese mismo instante.

Prestamistas, ladronzuelos, borrachos y charlatanes, altivos soldados y mujeres hermosas, plebeyos, esclavos y libertos coincidían en aquel lugar esa calendas de mayo.

Los habitantes de la urbe iban de un lado a otro en busca de cebollas, queso de oveja, coles, huevos, aromático vino especiado, aceite y fruta que los vendedores ambulantes del mercado semanal anunciaban a gritos. Virtuales compradores curioseaban entre las tiendas de vidrio, telas, cerámica, calzado y perfumes que, más tarde, las sirvientas pulverizarían sobre sus señoras a través de la boca. La gente se acercaba a tabernas cuyos mostradores, repletos de bebida y comida caliente, llamaban su atención o entraba en cesterías, barberías y lavanderías.

Varo, vagando con aire distraído, espiaba los movimientos de un cuestor sospechoso de malversar las arcas de la provincia.

Cualquiera que invirtiera un minuto en observarle pensaría que ese hombre moreno y enjuto, vestido con una túnica marrón y unas sandalias, se dedicaba a perder el tiempo de forma indolente a costa de algún dueño tolerante, cuando en realidad se mantenía alerta y su humor no era precisamente festivo.

Como buen ciudadano supersticioso se había levantado con el pie derecho, había salido de casa con el pie derecho después de rendir culto a lares, manes y penates y

de desayunar un delicioso trozo de pan con miel. Pero ni siquiera eso había logrado apaciguar su mal humor.

Le irritaba no progresar en la investigación.

El tipo al que acechaba era listo, medía con cuidado cada uno de sus movimientos y no resultaba fácil pillarle en falta.

No obstante, por su experiencia como frumentario de la *Legio VII Gemina*, cuya función consistía en el espionaje político, la vigilancia y denuncia de asuntos turbios o el seguimiento —como en el presente caso— de burócratas relacionados con la administración susceptibles de cometer algún delito, sabía sin temor a equivocarse, que tarde o temprano el tramposo cometería un error y entonces le atraparía.

El sujeto en cuestión conversaba ahora con un hombrecillo entrado en carnes y con el pelo pintado en un intento por disimular la calva que despejaba su coronilla. La envarada postura del archivero encargado de organizar documentos sugería disgusto ante la diatriba acompañada por petulantes aspavientos del cuestor.

De pronto, a Varo pareció dejar de interesarle el puesto de frutas que fingía ojear y echó a andar tras su objetivo.

Atento a no perderle entre el gentío se vio obligado a utilizar los codos de manera pretendidamente sutil.

Ya en el *Decumanus Maximus* esquivó una litera escoltada por un cortejo de esclavos que se abría camino a la voz de «paso a mi señora». Un carro de mercancías cargado de ánforas se detuvo en el paso de peatones. El bramido de uno de los bueyes puso de manifiesto su malestar; los seis metros de anchura de la calle aparentaban ser insuficientes ante semejante despliegue humano, y el animal se quejaba de ello.

El cuestor, ajeno al acoso, avanzaba a buen ritmo sobre las empedradas calzadas de fuerte pendiente que caracterizaban la ciudad debido al declive del terreno.

Dos travesías más allá, en un pequeño espacio arbolado, una panda de niños jugaba a guerrear en una imitación de las famosas legiones. Nubes de polvo se levantaban del suelo y sus gritos de lucha solapaban el sonido de las espadas de madera. Cerca, a la sombra de un ciprés, dos niñas sentadas muy juntas alimentaban a una muñeca de trapo con la imaginaria comida elaborada en una cocinita de juguete y servida en una diminuta vajilla.

Al doblar la esquina, perseguido y perseguidor tropezaron con una procesión fúnebre.

«Por todos los dioses, ¿hoy se ha echado todo el mundo a la calle?», se dijo impaciente.

El difunto, limpio, embalsamado con aceites y perfumes, y amortajado se dirigía en una parihuela a su último lugar de descanso en el cementerio situado extramuros, acompañado por una vistosa multitud. Reposaría en la orilla de la calzada para que los viajeros contemplasen su tumba y él pudiera saber quién entraba y salía de la ciudad.

Varo advirtió que se trataba del famoso y apreciado auriga cuya cuadriga se había

estrellado contra la espina en la última de las siete vueltas que debía recorrer sobre la arena del Circo. Plañideras, músicos y familiares seguían la pompa, lo que denotaba la posición social de su amo. Supuso que él mismo sería el encargado del discurso que ensalzaría las virtudes y gestas del difunto para, acto seguido, participar en un banquete honorífico alrededor de la tumba.

Mientras un Varo respetuoso aguardaba a que la comitiva pasara, el sospechoso aprovechó la ocasión para escabullirse por un callejón. Cuando logró llegar no quedaba ni rastro del cuestor. Examinó las fachadas en busca de algún indicio que le indicara dónde podría haberse metido, y dado que se trataba de un callejón sin salida, la única opción plausible era el lupanar.

Ahora tendría que quedarse allí esperando. Frustrado, descargó su rabia sobre una inocente piedra.

Capítulo 3

Patricia Sáenz de Heredia estaba borracha.

Muy borracha.

El familiar techo del cubículo parecía combarse en sus retinas mientras su pecho subía y bajaba alterado al compás del violento latido del corazón. El caliente aroma del sexo invadía sus fosas nasales sobre las casi imperceptibles gotas de sudor demoradas en su labio superior.

Tumbada en aquel diván tan incómodo como conocido, con el tanga enredado alrededor del tobillo derecho y la camisa abierta exponiendo los senos inflamados, desvió la vista para contemplar como el atractivo camerunés de piel de ébano se subía la cremallera del pantalón.

El hombre, un fascinante ejemplar en su espléndida madurez, le dirigió una sonrisa encantadora.

Un escalofrío complacido le recorrió el espinazo para acabar de surgir en un suave suspiro. Adoraba de manera impúdica a esas criaturas que poseían la facultad de subyugarle los sentidos.

Desde los quince años parecía suscitar algún tipo de impulso libidinoso en el género masculino de cierta edad. Impulso que repercutía en su propia libido, empujándola a coquetear en un caprichoso antojo a medio camino entre un poquito de fingido titubeo y un mucho de insinuación.

Ese era su sucio secreto.

La razón por la cual sus preferencias se encaminaban hacia ese tipo de sujeto le resultaba un misterio al que jamás le había destinado el más mínimo pensamiento. Ni tenía intención de hacerlo.

Profesores, padres de compañeras de clase, amigos de la familia, conocidos desconocidos...

Invariablemente, todos hombres mayores.

Ignoraba de dónde procedía la afición de ofrecerse a sí misma como si fuera una muñeca carnal, sobre todo tratándose de hombres cuyo instinto rozaba la perversión, pero no podía evitar el efervescente goce que le proporcionaba esa condición.

Era como una droga.

Ni siquiera le importaba lo que ellos opinaran de su comportamiento licencioso. No mientras desempeñasen su papel sin más compromiso que sacrificarse en el altar del placer.

Había aprendido a conquistarlos a base de miradas que garantizaban encuentros idílicos, mensaje que ellos captaban, acunando en su virilidad la devoción de esa muchacha dispuesta a hacer realidad cualquier sueño escondido.

—Hasta la vista —musitó aquel amante casual de nombre con sabor afrancesado que ya no recordaba.

Ella asintió con un gesto a modo de despedida.

Una vez sola, disfrutó de los restos del encuentro durante unos minutos. Luego recompuso sus ropas, sacó del bolso el espejito cosmético para revisar el maquillaje, se puso de pie, algo insegura encima de los tacones, y abandonó el reservado.

Quizás había llegado la hora de irse.

No le sorprendió descubrir que Chelo se había esfumado. Antes de separarse, su amiga parecía tener sus propios planes. Sospechó que estaría entretenida con el machote rubio que había aparecido repartiendo sonrisas y testosterona. Chelo cayó fulminada tan pronto le puso los ojos encima. ¡Jesús, qué gustos más raros tenía esa mujer!

Imaginó que tendría que buscarse la vida para volver a casa.

A sabiendas de que la cobertura dentro del local era pésima, desfiló hacia la salida y ya en la calle se quedó quieta un momento, analizando las opciones.

En realidad no disponía de muchas.

El local se hallaba en un complejo dedicado al ocio y, si bien no se podía afirmar que la zona estuviera aislada, el transporte público brillaba por su ausencia. En cuanto al coche de Chelo, seguía en el aparcamiento y no tenía las llaves. Lo más aconsejable sería coger un taxi; la parada estaba a tres manzanas.

No era consciente, pero su equilibrio distaba mucho de ser preciso, hecho que llamó la atención de un grupito de jóvenes que fumaba en la puerta riéndose tontamente con sus copas en la mano.

—Eh, guapa, ¿te apetece un revolcón? —gritó uno de los chicos.

Patricia le miró con desprecio.

—Yo me acuesto con hombres, no con niños —al contestar notó una sensación pastosa en el paladar.

—Qué más quisieras —sentenció el muchacho con marcada intención.

—Vete a tomar por saco.

En contra de lo que habría sido de esperar, el aire nocturno no logró despejarla. Dobló la esquina y continuó caminando sumida en los vapores etílicos al tiempo que manipulaba el móvil.

—Joder —protestó por la falta de respuesta—, ¿dónde te has metido?

Saltó el buzón de voz.

—Oye, zorrón; me voy a casa. Estoy agotada y con una curda que no me veo. Mañana me cuentas... Perdón, ¿cómo? ¡No! ¡He dicho que no, déjame! ¡¡¡Noooo!!!

Capítulo 4

—No te conviene contar nada. Tu reputación ya está arruinada y, además, al margen de que nadie te creería, si se te ocurre desobedecer me encargaré de extender rumores que ensucien el nombre de tu familia —había dicho con frío cinismo—. Esta noche enviaré a buscarte, así que prepárate para acudir dócil y complaciente. Ahora vete.

Aemilia Lépidia se ahogó en su amargura. No cesaba de recrear el horror de lo acontecido en cada hueco de la memoria a sabiendas de que jamás olvidaría.

La noche anterior, cuando se retiró a su dormitorio, no pudo imaginar que su vida iba a partirse en mil pedazos. ¿Cómo sospechar que un sucio depravado la situaría en el centro de su obsesión? ¿Cómo intuir que alguien a quien no conocía la raptaría al amparo de su caprichoso afán? No contento con arrancarla de su hogar y violarla tantas veces como se le antojó, la obligó a escuchar epítetos obscenos forzándola a realizar el acto más repugnante sobre la faz de la tierra.

No había forma de vomitar la hiel acumulada en la garganta tras ultrajar su boca con aquel asqueroso pedazo de carne rígida, ni eludir el calvario pegajoso de la sangre entre los muslos, ni el toque brusco de sus manos o la fetidez de su aliento.

—Mía, mía. —Reía enajenado imponiéndole su voluntad—. Hermosa y virgen como una vestal.

Tenía incrustado en los sentidos el tono despectivo de aquel loco perverso mientras apretaba entre los pliegues de la túnica el cuchillo que había robado de la cocina al abandonar la casa.

El pestilente olor de las alcantarillas acabó de revolverle el estómago si cabía aún más.

Franqueó el templo de Tutela con la cabeza gacha, pegada a la pared, caminando deprisa sobre la acera, temerosa de que alguien la señalara con el dedo.

—Mira, ahí va Aemilia Lépidia, la vergüenza de su familia.

Las consecuencias de esa infamia eran terriblemente incalculables.

Retazos de su vida acudieron a la mente como retales en jirones.

Educada en el seno de una familia anticuada, criada para ser esposa y madre, ya nunca tendría esa posibilidad. No podría cumplir el contrato de matrimonio concertado por su padre. Un contrato que exigía una virtud salvaguardada con el celo de una profunda convicción y que ya no tenía remedio.

Debía llegar a casa. Necesitaba hacerlo antes de que le fallaran las fuerzas y alguien la viera con el cabello despeinado y en los ojos la huella de la muerte en vida.

En cuanto atravesó el vestíbulo del hogar paterno y entró en el atrio... se desmoronó.

Cayó de rodillas y, sujetándose el vientre, estalló en llanto. Un lamento sordo, agónico, surgido de lo más profundo de su ser, plagado de dolor e incomprensión.

Una esclava la descubrió acurrucada al lado de una de las columnas que rodeaban el impluvio.

Aemilia escuchó las voces de alarma y, en ese miserable instante, comprendió que le faltaba valor para presentarse con aquella ofensa ante su progenitor.

Extrajo el cuchillo y lo contempló con la mirada perdida. La hoja brilló frente sus ojos vacíos. Tan vacíos como su alma maldita.

Con gesto decidido se lo clavó en el corazón.

Publio Aemilio Lépidio irrumpió en el atrio seguido de Betitia Laenas. El hombre observó la escena paralizado por el espanto al mismo tiempo que su esposa lanzaba un grito desgarrador y corría a acunar a su hija.

Aemilia sintió que la vida se le iba. Posó los ojos en su padre y exhaló un último suspiro.

—Dómine, he deshonrado esta casa.

Capítulo 5

Tumbado en un diván del peristilo contemplaba el cielo nocturno mientras su estado de ánimo discurría por senderos de melancolía. Añoraba su Roma natal, aunque, a decir verdad, esa ciudad en la que residía desde hacía un año era muy acogedora y los augurios presagiaban a su favor un brillante futuro de triunfo y placer.

El susurro de las hojas y el excelente vino de la zona le provocaron cierta somnolencia, si bien no hasta el punto de aturdir la memoria y mucho menos apaciguar la sangre. En ese momento debería hallarse entregado al goce carnal. Lástima que la elegida hubiera demostrado la debilidad de un carácter ingrato después de dignarse a escogerla.

Recordaba hasta el mínimo detalle la mañana en que la descubrió paseando por el Foro. Se sintió fulminado ante la visión de aquella criatura exquisita de piel blanca que invitaba al tacto. Su cabello dorado, recogido en un gracioso peinado, realzaba la línea del cuello, y sus ojos verdes, cristalinos como preciosas gemas, le resultaron poderosamente sugerentes.

Y tan familiares como el rencor.

Ella contemplaba arrobada el surtido de telas que el mercader exponía en un alarde presuntuoso. Sus pequeñas manos acariciaban el tejido con tal delicadeza que el lino semejaba una sutil nube blanca.

Y él la deseó.

Decidió tomarla respaldado por la sencilla e indiscutible creencia de que el poder concedía privilegio al deseo. El lugar innato de aquella hembra era la cama. Su cama. Cuanto más la miraba más evidente le parecía.

Durante un largo mes, sus esclavos Artemio y Cástulo vigilaron las costumbres en el hogar de la joven favorita. Supo que pertenecía a una de esas familias para las que el buen nombre y el decoro representaban un valor primordial. Le emocionó la idea de apropiarse de una muchacha educada en la conciencia de formar parte de un mundo dominado por hombres, bonita, y cuya pureza no estaba corrompida. Una vez fuera suya, ¿qué más podía hacer sino aceptar la función que había elegido para ella? No tenía más valor que un buen esclavo, aunque sí el de una amante comparable a cualquier prostituta de alta categoría. Y desde luego, más atractivo que una esposa a la que acudir con la exclusiva obligación de engendrar hijos.

A diferencia de las otras, a esta la utilizaría por un tiempo indeterminado.

El soborno a un esclavo puso en marcha un elaborado plan. Un esclavo que, por supuesto, hubo que degollar la noche del rapto.

¡Qué noche tan esplendorosa!

Tras la siesta pasó la tarde acicalándose en las termas: baño, afeitado, masaje con ungüentos perfumados, depilación... Todo ello realizado con mesura para no parecer afeminado. Luego la cena, repleta de deliciosos entrantes que incitaban el apetito compuestos por huevos, alcaparras, paté de aceitunas negras, ensaladas, queso y

dátiles. Un primer plato de puerros envueltos en hojas de col, pollo en salsa de cebolla y sopa de cebada junto a exquisitas sardinas asadas y aromatizadas con hierbas. Sabrosos manjares regados con un buen vino que vivificaron su espíritu. De postre, el dulzor de las natillas.

Al caer el ocaso se preparó para la pasión. Ordenó encender todas las lámparas del dormitorio y colocar a los pies del lecho una jarra de miel como sustento regenerador. Después se sentó a esperar con el espíritu sereno, al amparo de su legítimo deseo.

Nunca se sintió tan impetuoso como esa noche en la que su virginal amante se debatió estimulando el acto a base de forcejeos. Con paciencia y autoridad —el mejor método de enseñanza— le hizo comprender que el llanto y las súplicas no eran nada más que una absurda rabieta ante una posesión lógica que debía asumir con profunda gratitud.

Y ahora la muy estúpida se había quitado la vida negándole la diversión.

Tras su muerte, se enteró de que estaba prometida al duunviro Marco Minicio Druso, hecho que no le afectó lo más mínimo. Por encima de cualquier hombre o dios primaba su ambición. Una ambición absoluta, rotunda y al margen de imposiciones ajenas.

Poco a poco la fresca brisa nocturna le sumió en un profundo sopor. Las mismas imágenes de siempre poblaron su mente. Volvió a sentirse igual que un niño oculto entre las plantas del jardín. Vislumbró de nuevo a la mujer que, desnuda y sudorosa, jadeaba a merced de los envites de un recio esclavo.

No podía imaginar por qué una mujer de su posición, hermosa hasta la locura con aquellos largos mechones que el mismísimo sol envidiaba y unos ojos más verdes que el pasto más verde que se pudiera soñar, sollozaba arrebatada de lujuria en los brazos de un sucio esclavo nacido de esclavos.

¿Cómo era posible rebajarse tanto? ¿Acaso no había algún soldado venerado por su fama o un senador que llevarse a la cama en lugar de un ser que apenas tenía uso de razón?

Un hombre poseía derechos sexuales sobre sus esclavos y esclavas. Se trataba de una prerrogativa lícita e incuestionablemente sensata: cualquier propiedad se adquiría para su uso y disfrute.

Veía a su padre hacerlo y le parecía apropiado.

Pero una madre que rezumaba lascivia en cada gota de sudor, en cada vaivén, en cada gemido... le producía náuseas.

Ingenuo como un recién nacido, pensando que de ningún modo presenciaria una acción más abyecta, contempló como la mujer se revolvía sobre el esclavo y se ensuciaba la boca con aquella carne indigna. Aplicada al denigrante ejercicio con una fruición despreciable, desvió hacia él su verdosa mirada brillante de impudicia complacida en su grosero papel.

Huyó asqueado.

No lograba entender la época que le había tocado vivir. La sociedad nunca debió evolucionar hasta el punto de olvidar una moral acorde con el orden natural. Ninguna mujer honesta debería entregarse a semejante aberración. Se le antojaba una auténtica perversión que una matrona anhelara una satisfacción que no le correspondía. Su misión era aguardar a que su esposo se dignara visitarla para cumplir con sus obligaciones maritales. Ni siquiera se esperaba que realizara movimiento alguno. Esa tarea correspondía a las prostitutas cuyo cometido consistía en procurar intensidad en el placer del varón; ellas representaban un bien social y necesario.

Abrió los ojos de golpe con la frente perlada de un sudor frío.

Podía cambiar el paisaje, las gentes y las costumbres, pero lo que nunca cambiaba era el ímpetu de la pulsión.

—¿Ves, madre? Me has hecho enfadar. Ahora me obligas a matar otra vez —le susurró al viento.

Capítulo 6

—No. —Ricardo Querol acompañó la negativa con un gesto—. No hay más pistas.

En sus ojos amarronados salpicados de chispitas verdes, un signo de garantía.

—Eso es imposible —contradijo César Valente—, alguien tiene que haber visto u oído algo.

—Pues toma. —Ricardo lanzó el expediente encima de la mesa—. Ya puedes indagar. El padre de la muchacha cree que la policía es poco menos que una pandilla de ineptos incapaces de resolver el caso después de mes y medio sin resultados. Tú y yo sabemos que eso no es cierto. Es injusto, pero es lo que quiere y paga por ello. Nos toca mover ficha a nosotros.

La luz natural de la tarde traspasaba los paneles japoneses e iluminaba la mesa de cristal. Sobre ella, un montoncito de expedientes a un lado. Al otro, el monitor del ordenador mostraba, a modo de protector de pantalla, el danzarín logotipo de la agencia: ADQV.

Las siglas representativas de la Agencia de Detectives Querol y Valente.

Sentados frente a frente en la sala de reuniones, César arrugó el entrecejo mientras ojeaba el informe.

Ricardo, que le conocía bien, captó la señal y supo que ni le prestaba atención. A lo lejos le pareció escuchar el tenso redoble de tambores que presagiaba el inicio de una extraordinaria revelación. Lástima que hubiera dejado de fumar y los puros ya formaran parte del pasado. Se imaginó hincando los dientes en uno de aquellos apetecibles cilindros con sumo placer.

—¿Qué? —preguntó, rebosante de expectación.

—La amiga de la víctima miente.

La ceja de Ricardo se arqueó.

—¿Y te basas en...?

—Un pálpito. Ya conoces mi lema: todo el mundo miente hasta que se demuestra lo contrario.

Ricardo bufó.

—Te odio cuando haces eso.

César esbozó una parca sonrisa que acabó por dibujar unas sutiles líneas en el ángulo de sus ojos.

—Ajá, ¿y cuántas veces me equivoco? —Le dirigió una mirada significativa.

El otro contuvo las enormes ganas de apagarle el imaginario puro en el ojo.

—Sí, ya sé —añadió César—; un día de estos practicarás nuevos métodos de tortura conmigo, pero entre tanto, me las piro. Estaré en mi despacho.

Se levantó y desapareció ignorando con premeditada flema la cara de pocos amigos que Ricardo le dedicó.

A solas en su oficina, César esparció sobre la mesa los informes forenses, las pruebas acumuladas y las entrevistas llevadas a cabo. Anotó los pormenores en la

pizarra que le gustaba utilizar como una especie de guía y cuya intención era situar en perspectiva el conjunto de los hechos. Desde su particular punto de vista, establecer un gráfico con los movimientos de la víctima constituía un soporte fundamental.

De acuerdo con el atestado, la última vez que alguien la vio eran las cuatro menos diez de la madrugada del sábado. Los testigos manifestaron que parecía ebria al abandonar la discoteca y que iba sola. A partir de ahí se le perdió el rastro. La víctima se esfumó para reaparecer cincuenta y una horas más tarde entre los restos de un antiguo cementerio romano del Barrio Gótico barcelonés.

Muerta por asfixia y con evidentes signos de violencia. Incluida la marca de unos dientes en el pecho izquierdo.

En principio todo apuntaba hacia un agresor cuyo sadismo se podía calificar de inhumano. Un animal despiadado y astuto a juzgar por la ausencia de ADN, ni siquiera en el mordisco. El sujeto no solo abusó de la chica, sino que, además, tuvo la sangre fría de entretenerse en limpiar el cadáver a conciencia.

El despliegue policial incluyó un sucinto interrogatorio a los empleados de la discoteca, que admitieron conocerla por ser clienta asidua, pero poco más. A la pregunta de si habían visto algo fuera de lo común, todos coincidieron en que fue una noche sin incidentes y no prestaron más atención de la habitual.

También se hizo un llamamiento público para que cualquier persona que hubiera presenciado algún hecho sospechoso se pusiera en contacto con la policía. No surtió efecto. No existía el más mínimo indicio que explicara qué había sucedido en un intervalo de dos días.

Llegado a ese punto, César decidió retroceder a las horas precedentes a la desaparición de la joven; espacio temporal que presentaba más agujeros que un queso roído por los ratones.

El testimonio de la amiga apestaba a mentira.

La chica testificó que habían cenado sobre las diez en casa de la víctima. Después subieron al dormitorio de esta y se prepararon para salir, lo que sucedió alrededor de la medianoche. Hicieron un alto para tomar una copa en un garito que les agradaba frecuentar previo a la discoteca, a la que llegaron entre una y media y dos, dato que no pudo precisar con exactitud. Una vez allí, bailaron, conocieron a un par de chicos con los que conversaron y coquetearon, y sobre todo, bebieron mucho.

En algún instante ambas fueron al aseo.

Siempre según su declaración, a partir de ahí todo cambió.

Las dos habían puesto los ojos en el mismo chico. Discutieron y la víctima, muy enojada, anunció que se iba a casa. Considerando que su amiga era una caprichosa con la que no se podía razonar, y como ella también estaba muy enfadada, la dejó marchar. Supuso que iría a buscar un taxi.

Ya no volvió a verla.

A raíz de esa posible vía de investigación media docena de taxistas atestiguaron haber permanecido de guardia a tres manzanas de la discoteca sin haber visto a nadie

que enajenara con la descripción de la víctima.

Fin de la historia.

A César le costaba creer una hipotética actitud infantil como argumento. ¿Dos mujeres de veintiún años peleándose por un tío igual que un par de niñas? ¿Y nadie las vio discutir? ¿En un aseo de discoteca?

¡Ja!

Otra cosa era que se pudiera demostrar. Sin pruebas que contradijeran esa versión poco o nada se podía hacer.

Tomó la foto de la víctima y la pegó a la pizarra.

Una chica joven le contemplaba sonriente y llena de vida. Ni ella misma pudo presagiar un final tan atroz.

La observó durante un buen rato y luego se dirigió al baño. Se lavó la cara y se miró un minuto entero en el espejo. En el fondo de las pupilas vislumbró una luz que conocía muy bien.

La luz de la determinación. Aquella muchacha rubia de preciosos ojos verdes merecía toda su atención y esfuerzo.

Patricia.

Ahora ya no era una figura imprecisa denominada víctima. Ahora tenía nombre y rostro. Ahora comenzaba la caza.

Capítulo 1

Idus de mayo

Varo recibió la orden lleno de asombro: el duunviro Marco Minicio Druso solicitaba su presencia con carácter urgente. Deseaba tratar con él un asunto de suma importancia, por lo que le invitaba a cenar con la expresa advertencia de que nadie debía enterarse de esa reunión.

Le rogaba discreción. Advertencia que su superior reiteró sin aportar más detalles antes de mandarle a casa.

La idea que tenía aquel hombre sobre el secretismo consistía en mudar la indumentaria militar por la civil. Tal vez esa fuera la razón por la que la gente había acabado por llamarles «soldados sin uniforme».

A Varo no le quedó más remedio que cumplir el mandato, aunque preguntándose el porqué de una cena. Se le antojó una invitación preocupantemente inusual, teniendo en cuenta que con una sencilla citación oficial habría bastado.

Como si un sexto sentido le avisara de su presencia, Calpurnia Scapula salió a su encuentro tan pronto atravesó la puerta trasera.

—Madre —la saludó y... perdió la oportunidad de añadir una palabra más.

—¿Qué haces aquí? —preguntó alarmada—. ¿Estás enfermo?

Igual que si todavía fuera un niño pequeño en lugar de un hombre hecho y derecho, su madre le tomó de la barbilla forzándole a inclinar la cabeza y, como un rastreador experimentado, le escudriñó las oscuras pupilas.

Con una sensación espeluznante, Varo sospechó que de seguir así acabaría por verle el alma. Retrocedió un paso rompiendo el contacto.

—¿Qué te pasa? —insistió Calpurnia.

—No me pasa nada —le aclaró con voz serena—. He recibido una invitación a cenar y quiero cambiarme de ropa.

—¿Una invitación? ¿De quién?

Varo contó hasta diez.

—Madre, no comprendo por qué pertenezco al cuerpo de frumentarios. Deberían reclutarte a ti —se zafó con descaro.

—¡¡¡Cayo!!!

Él depositó un beso en la mejilla materna.

—Voy a cambiarme.

—Tienes una túnica blanca en el arcón, ¡póntela!

—Sí, madre; lo que tú digas, madre.

—¿Te burlas de mí? —Una mirada suspicaz le perforó la nuca de camino al

interior.

—En absoluto —contestó, imprimiendo a su voz un tono supuestamente serio.

Cuando retornó a la calle su guardiana particular había desaparecido.

Suspiró aliviado.

En ese momento no disponía de ingenio para enfrentarse a un complejo interrogatorio maternal. Tentar a la fortuna y salir airoso una vez era el máximo reto que estaba dispuesto a asumir.

Cerca del macelo —el mercado estable de la ciudad— se vio obligado a sortear a un grupo de matronas ataviadas con estolas y coloridos velos que, escoltadas por sus hijas y esclavas, acudían en busca de carne, pescado fresco y otras especies marinas, o quizás para comprar los productos importados y exóticos que allí se despachaban.

Entre ellas distinguió la mirada que una joven de llamativo cabello rojizo le lanzó con disimulada picardía.

Por la impávida reacción de ambos hubiese resultado harto difícil adivinar que se habían conocido de forma carnal, en un acto furtivo, al abrigo de la noche contra el muro trasero de la vivienda de la muchacha.

Él siguió adelante con una sonrisa de medio lado pintada en la cara.

En la travesía contigua un pregonero cantaba las alabanzas de la nueva partida de esclavos ofrecidos por Lucio Sempronio, cuya venta se llevaría a cabo al día siguiente en el Foro de la Colonia.

A veces se cuestionaba cómo era posible vivir en un lugar donde siempre había gente por todas partes.

Sin duda, la vida de Tarraco trascurría en la calle.

Apretó el paso y tan pronto atravesó la zona portuaria el efluvio característico de las factorías de garo^[1] y salazón penetró en su olfato. El eco de sus sandalias sobre el adoquinado de la Vía Augusta se unió a sus pensamientos.

¿Qué sabía de Marco Minicio Druso?

Además de ser uno de los hombres más importantes de la ciudad y de pertenecer a la poderosa tribu Galeria, se le consideraba una persona honesta. Le constaba que como personaje público cumplía con el deber correspondiente a su cargo. Tenía fama de ejercer la munificencia a modo de donativos asignados a obras públicas, desde la construcción al mantenimiento, promover empresas que procuraban trabajo a la población y, por supuesto, destinar los dos mil sestercios reglamentarios a organizar juegos durante el mandato de un año al que se accedía mediante elecciones.

No se explicaba qué podría querer ese hombre de él.

La respuesta se hallaba al final del sendero que le desvió de la calzada principal.

La casa del duunviro formaba parte de un conjunto de villas situadas extramuros, donde residía la élite local. Situada junto al mar, aislada del resto y rodeada por altos árboles que le brindaban protección, le recibió con la singular imagen de Príapo perfilada a un lado de la puerta.

Un esclavo le hizo pasar al vestíbulo.

Mientras esperaba, se entretuvo en observar las paredes pintadas con cestos repletos de frutas y escenas cotidianas en vivos colores de tintura anaranjada y marrón. El artista había dibujado el trazo limpio de unas pinceladas que armonizaban con las finas teselas geométricas del suelo.

—Salve, querido amigo.

Varo giró sobre sus talones y respondió al saludo.

—Salve.

El atractivo hombre que se acercaba con una cálida mirada azul, el pelo castaño peinado con esmero y ataviado con la toga pretexta ornada con la banda púrpura que testimoniaba su rango de magistrado, mostraba una apariencia campechana.

—Celebro que hayas venido —dijo Druso—. Acompáñame a mi despacho.

En cuanto se acomodaron, el anfitrión comentó en tono cordial:

—Los informes que hablan de ti son excelentes. Dicen que eres eficaz en tu trabajo, ¿es cierto?

—Si lo dicen, así será.

El asomo de una sonrisa acudió a los labios de Marco Minicio Druso.

—Destapaste los tejemanejes del cuestor ladrón; te felicito.

Varo asintió con un gesto apenas perceptible.

—Necesito que investigues un tema un tanto... delicado. —En el verbo del duunviro había un sutil deje apagado al mismo tiempo que estudiaba el rostro del frumentario, pero más que sopesar la opción de confiar o no en él, su mirada sugería un cierto pudor a revelar alguna de esas intimidades que uno solo cuenta a sus amigos más cercanos.

Fue en ese instante cuando Varo comprendió que la misteriosa intención del duunviro consistía en la simple pretensión de ganarse su simpatía.

Aguantó el examen sin apartar su propia mirada.

Trascurridos unos segundos el magistrado inclinó la cabeza en señal de aprobación.

—La pasada calendas, la que iba a ser mi segunda esposa se quitó la vida. Por lo que sé y a modo de resumen, te diré que la noche anterior, Aemilia Lépidia alegó sufrir una jaqueca y se retiró pronto. Cuando su esclava personal finalizó sus tareas y fue a ver cómo estaba, había desaparecido. Registraron la casa e incluso enviaron esclavos a buscarla por toda la ciudad. Reapareció bien entrada la mañana siguiente en condiciones... inapropiadas. —Hizo una pausa para tomar aire y añadió—: La teoría generalizada es que escapó para encontrarse con un amante.

—¿Eso es motivo de suicidio?

El dueño de la casa chasqueó la lengua.

—No voy a justificar mis... gustos, pero nuestro contrato especificaba que debía llegar virgen al matrimonio y antes de morir le dijo al padre que había deshonrado su casa. ¿Es preciso añadir más detalles?

—No —replicó—. Sin embargo, no entiendo qué debo investigar.

—Hace dos días recibí la visita de su mejor amiga. Asegura que si tomó esa trágica decisión, tuvo que suceder algo grave que ignoramos. Afirma y reafirma que Aemilia *deseaba* ser mi esposa —al declarar eso, el duunviro tenía los ojos muy abiertos, como si le costara hacerse a la idea—. Que jamás hubiera cometido la locura de incumplir el contrato y mucho menos citarse a hurtadillas con otro hombre. Que era una buena persona, una hija leal y decente, y que hubiera sido una magnífica esposa. Y que si creo lo contrario soy un majadero simplón. —Bufó ruidosamente.

Esta vez le tocó a Varo reprimir la sonrisa.

—Deduzco que no conocías demasiado a tu prometida.

—Cierto —admitió—. Al principio me sentí molesto. Pensé que de no haber sido descubierta hubiera venido a mí con la presunción de que me tragaría el engaño.

—Para eso existe el divorcio —apuntó con incuestionable lógica.

El otro cabeceó.

—Sí. No obstante, ahora me pregunto qué hay de verdadero y de falso en esta historia. Si Aemilia se suicidó presa de la vergüenza, ¿por qué se puso en evidencia? No tiene sentido.

En ese instante una esclava anunció que la cena estaba lista.

Codo con codo ambos hombres se trasladaron a una amplia estancia con vistas al atrio.

—Por favor. —El duunviro indicó el triclinio con un ademán gentil.

Tan pronto Varo se acomodó, el delicioso olor de la carne asada, la pimienta y el laurel procedente de la cocina se fusionó con el aroma de los cojines rellenos de azafrán esparcidos sobre el lecho tapizado con telas de color verde y amarillo.

Un esclavo se apresuró a lavarle las manos y le secó con una toalla entregándole una servilleta antes de iniciar la oración de la mesa y servir la comida.

Un hombre de la categoría del duunviro debía de tener invitados a diario, y tal y como estipulaba la pauta tradicional, el número de comensales oscilaría entre tres y nueve.

«No menos que las gracias ni más que las musas», rezaba el dicho popular.

Indudablemente ese día no iba a ser así, por mucha apariencia protocolaria que le imprimiera a la entrevista.

Una vez a solas, Druso le dirigió una intensa mirada.

—He solicitado que te dispensen del servicio para que te dediques de pleno a este asunto. Cayo Varo —enfaticó—, quiero saber qué pasó, ¿cuento contigo?

—Averiguaré lo que pueda.

Capítulo 8

Al día siguiente, Ricardo tarareaba una melodía romántica mientras subía en el ascensor. Al entrar en la agencia a las nueve y nueve minutos supo que debía ponerse las pilas. ¿Cuál era la pista que acreditaba su refinada agudeza detectivesca? El hecho de cruzarse con una agitada Marta Fabra que pasó a su lado a la velocidad de una bala con un bolígrafo apretado entre los dientes, las llaves del coche en una mano junto a un portafolios, su inseparable mochila en la otra y un breve cabeceo en señal de adiós. Al principio se resistió a contratarla, pero César había apostado por ella y, a la corta, demostró tener razón.

La chica era un buen fichaje. Peculiar, pero capaz. Seguro que ahora corría a cumplir alguna orden de César. En el despacho de este, Abril Barranco tomaba notas con aire eficiente y de tanto en tanto, se ajustaba las gafas de pasta sin perder detalle de cuanto decía el hombre.

Ricardo atravesó el umbral y se sentó sobre la mesa dispuesto a contemplar la escena. Como una absurda manía, cogió un puñado de canicas que César atesoraba en un bonito cuenco de latón y se entretuvo en jugar con ellas. El impacto entre los cristales se fusionó con el recorrido de sus ojos a lo largo de la silueta femenina.

La noche había sido testigo del desenlace de un afán desbordado. Todavía sentía el rumor de la sangre calentándole las venas. Jamás pensó que a los cuarenta y siete años volvería a enamorarse. Pero había sucedido y no lo lamentaba. No tratándose de esa mujer que tenía su misma edad y la capacidad de hacerle reír y soñar al mismo tiempo.

Cuando Abril salió del despacho le brindó una sonrisa fugaz.

Él le guiñó un ojo.

De fondo escuchó un carraspeo.

Ricardo miró a su socio retocando el perfecto nudo de su corbata y preguntó con despreocupación:

—¿Te has pasado la noche aquí?

El aludido se palpó la mejilla. El vello facial, de naturaleza constante, imposibilitaba una negativa.

—Muy perspicaz, Sherlock —respondió—. Supongo que la tuya ha sido bien distinta.

Ricardo puso cara de póquer.

—Bueno, cuéntame tus conclusiones —fue la huidiza réplica.

César le analizó con curiosidad. Treinta segundos después encogía los hombros.

—Me ratifico en la idea de que la amiga de Patricia miente —subrayó en tono convencido—, así que tengo previsto visitarla. Abril está concertando una cita. —Comenzó a quitarse la camisa—. Me ducho, me arreglo y voy para allá.

Ricardo asintió conforme.

—¿Puedo hacer algo?

—Sí. —César sonrió con malicia—. Ve a comprarle unas flores a tu novia.

—No es mi... —Querol se quedó mudo mientras una expresión soñadora alteraba su semblante generalmente serio.

—Madre mía y luego dicen que el amor no atonta —sentenció un César sardónico.

Tomó a su amigo del brazo, le quitó las canicas de la mano y le acompañó a la puerta.

—Anda, deja de toquetear mis cosas y lárgate a hacer algo productivo.

Cuarenta minutos más tarde —desplazarse por Barcelona hasta la parte alta había sido algo así como participar en una yincana— César se presentó ante la verja de los Álvarez. Como era de esperar, le anunciaron que «la señorita Álvarez se hallaba indispuesta y no atendía a nadie», que era poco más o menos la misma respuesta que le habían proporcionado a Abril.

—Dicen que su agenda está repleta y recomiendan que llamemos en otro momento para concertar cita —había dicho esta.

Un eufemismo para: «Chato, espera sentado».

Y eso fue lo que hizo.

Sentado en el coche con las ventanillas bajadas se dispuso a montar guardia delante de la puerta. En un momento u otro la chica tenía que salir, hecho que aconteció alrededor de dos horas después. Por la foto que tenía en su poder, la mujer al volante del Mini color rosa era Chelo Álvarez.

La siguió. Nunca se le habría ocurrido pensar que le guiaría hasta el cementerio.

Tras los vacilantes pasos de la chica, perplejo porque no mostrara signos de advertir su presencia, la vio desplomarse sobre la marmórea losa de un sepulcro coronado por la bella escultura de un ángel con las alas desplegadas y los brazos extendidos que parecía querer acoger al morador de la tumba en un gesto protector.

Le concedió la privacidad del llanto hasta que este se convirtió en un murmullo.

—¿De verdad no quieres saber quién lo hizo? —inquirió a media voz.

Ella se sobresaltó. Giró la cabeza y le descubrió a su espalda.

César reparó en aquellos ojos velados por el dolor y envueltos en oscuras ojeras denunciando un sufrimiento devastador. Entre el corte desgredado de su pelo negro, un mechón de color violeta destacaba de manera extraña, como si el adorno, quizás algún particular símbolo de rebeldía, estuviera fuera de lugar.

Chelo se irguió y se sentó en el borde de la sepultura. Extrajo del vaquero un paquete de cigarrillos y, con mano inquieta, encendió uno.

Antes de decidirse a hablar ya había erigido una barrera defensiva.

—¿Quién eres?

—Me llamo César Valente y soy detective privado. Investigo el asesinato de Patricia.

—Ya le dije a la policía todo lo que sabía —contestó evasiva.

—No —contestó César tajante—. Todo no. Yo sé que mientes; tú lo sabes y la

policía también. Es cuestión de tiempo que te aprieten las tuercas. Yo puedo ser menos... implacable.

—Yo no...

—Mira —la cortó él—, no me trago que dos mujeres modernas, amigas intimísimas, de esas que comparten hasta el chupete, mundanas y estoy seguro de que con muchos tiros pegados, discutan por un tío. Creo que os habríais parado a analizar el tema y hasta es posible que hubierais decidido, o bien pasar o incluso, liaros las dos juntitas con él.

Una luz imprecisa atravesó los ojos de la mujer.

—Eso es ofensivo.

La boca de César se curvó en una mueca suspicaz.

—El rollo de niñas modositas criadas en un colegio de monjas se lo cuentas a tu padre. Y no me malinterpretes, me importa una mierda de qué palo ibais. Lo que digo es que tu versión habla de una pelea inverosímil. Una pelea que curiosamente nadie presencié, pese a suceder en un baño público. ¿Qué pasó? ¿Por qué se marchó sin ti?

—Nos peleamos por un chico y ella se fue —manifestó obstinada.

—¿La mataste tú?

Conque iba a ser menos implacable.

—¿Cómo puedes pensar eso?! ¡Era mi amiga! ¡Yo la quería! —gritó desquiciada.

César no lo pensaba. Comprendió que estaba tan aturdida que ni siquiera cayó en la cuenta de que esa hipótesis era imposible. Y él estaba a punto de rebasar la línea de lo apropiado.

Respiró hondo, echó un vistazo alrededor y al no descubrir más sitio para sentarse que la tumba de enfrente, allí lo hizo.

—Escucha; en cualquier caso, nada puede ser tan importante como para que permitas que el responsable quede libre. Patricia no merece eso. —Aguardó unos segundos y añadió—: Confía en mí. Te prometo que atraparé a ese cerdo.

César sintió en cada una de sus terminaciones nerviosas el titubeo emocional que la obligó a situarse en la frontera del remordimiento. No era tan iluso como para imaginar que su influencia poseyera la facultad de abrir una brecha en la conciencia de la muchacha, pero había que intentarlo; quizás mes y medio fuera demasiado tiempo para un alma arrepentida.

Ella le dirigió una mirada vacía.

Él asintió en un gesto alentador.

—El padre de Patricia es un hombre muy anticuado —Chelo comenzó a hablar despacio, aparentemente sin encontrar las palabras adecuadas—, bastante le costaba asumir que su hija mayor fuera blanco de la prensa. Patricia era la pequeña, la niñita mimada. Para él, nuestras andanzas solo eran cosas de jóvenes. No tuve el valor de contar que su inocente princesita estaba revolcándose con un desconocido en el reservado de una discoteca.

Con los hombros hundidos por la desesperación, las lágrimas contenidas en un

inestable equilibrio se desbordaron.

—Fue culpa mía por dejarla sola —se acusó atormentada—. Me enrollé con un tipo que al cabo de media hora me propuso una juerga con otro colega. Entre que iba más cargada de la cuenta y que soy así de idiota e imprudente, acepté. ¿Cómo decir que mientras agredían a Patri yo me lo hacía con dos tíos dentro de una furgoneta acondicionada igual que un burdel?

César apretó los dientes. Interpretó que aquel hecho era un factor notable, seguramente susceptible de encubrimiento. Pero ¿hasta qué punto la inmadurez justificaba el silencio?

—¿Recuerdas su nombre?

—¿Qué?

—El nombre del tipo que estuvo con Patricia.

Ella se limpió las lágrimas con los dedos.

—Creo que se llamaba Michel. Patri se entusiasmó con él tan pronto le echó el ojo. La sedujo su acento francés. Además, le gustaban mayores y ese tío debía tener unos cuarenta. No paró hasta llevárselo arriba. Entonces yo me marché con los otros.

—¿Crees que fue él?

—No. No fue él.

—¿Cómo lo sabes? —A César le impresionó la convicción que encerraba esa negativa.

La observó sacar el móvil del pantalón, estudiarlo como si fuera algún tipo de ingenio extraño y, finalmente, difundir una grabación.

—Porque esto es lo único que me queda de ella. Su voz en el momento del ataque. Su voz, y una condena al infierno por mantenerlo en secreto. Puedes comprobar por ti mismo que el hombre que la raptó no tiene acento francés.

Capítulo 1

—Así que opinas que el duunviro es un majadero simplón.

Marcia Cesonia, vestida con una túnica color esmeralda, permaneció estática y descalza sobre el césped del peristilo.

El murmullo cantarín del surtidor precipitándose en cascada hacia la pileta de mármol aportaba la suficiente sensación de frescura como para contener el palpitar de una sangre que amenazó con ascender en lenguas de fuego hasta los pómulos.

Un alto ciprés hacía compañía a un peral, una higuera y un almendro. El aroma de la lavanda, la hiedra, el romero y el laurel se mezclaba con el de las rosas que, a su vez, competían en colorido con violetas y gladiolos.

Sin embargo, la presencia del hombre eclipsó por un instante toda la belleza de ese lugar íntimo.

Cuando le avisaron de la llegada de Varo, enviado de parte del duunviro, estaba plantando bulbos de nardo para hacer colirio mediante la destilación de la flor como remedio contra la inflamación de ojos.

No imaginó que el emisario tuviera aquel aspecto.

Altanero en una engañosa postura distendida, ese hombre esbelto y atractivo de aterciopelados ojos tan negros como el cabello, la analizaba con curiosidad.

Marcia parpadeó.

—Solo pretendí ser amable —fue la franca contestación.

Sacudió con un enérgico ademán los posibles restos de tierra que pudieran haber quedado adheridos al vestido mientras dirigía sus pasos hacia el visitante.

La mirada masculina refulgió un breve momento.

Esa hermosa mujer de cabello oscuro recogido en un sencillo peinado de mechones desparramados sobre pómulos y nuca que enmarcaba un rostro de satinada piel era la viuda de Dimas de Megara, médico y ciudadano de pleno derecho de origen griego, fallecido hacía diez meses.

¿Viuda y libre? Umm... Interesante.

—Espero no molestar —se excusó en tono cortés.

—No, no —aseguró Marcia—. Siéntate, por favor.

Señaló el banco ubicado a la sombra de la higuera.

—Me ha pedido que investigue la muerte de tu amiga —explicó Varo aceptando la invitación.

—¿Eres policía? —inquirió, acomodándose a su lado.

—Soy amigo del duunviro.

Marcia captó la sutileza de su tono. El sujeto no tenía la intención de revelar más detalles de los que creyese oportunos. Bien, por lo menos estaba allí y, en apariencia, dispuesto a escuchar.

—Recuérdame que le envíe una cesta de fruta.

Las cejas del hombre se elevaron al unísono.

—Estás enfadada.

Ella esbozó una sonrisa tan triste como irónica.

—¿Por qué? —Quiso saber Varo.

—Si yo no hubiese ido a verle, ¿crees que habría movido un dedo por su prometida? —remarcó el calificativo deliberadamente.

Varo eludió pronunciarse. Su misión no consistía en juzgar las razones de los demás.

—Es obvio que nadie conocía a Aemilia —añadió Marcia—. Y él mucho menos. Aceptar que se suicidó, así sin más, ensucia la dignidad de una mujer honesta y me resulta repugnante. Sí, estoy enfadada.

—Háblame de ella; cuéntame tu versión —propuso él.

Marcia posó la vista sobre el estrecho pedestal que adornaba el centro del jardín, donde una estatuilla del dios Esculapio sujetaba con la mano la vara y la serpiente que le simbolizaban. Durante un segundo se debatió en un mar de turbulentas emociones. El enojo y la pena, el resentimiento y la impotencia, se mezclaban a partes iguales contra hombres y dioses.

—Su padre y el mío son socios en el comercio de aceite, por lo que nuestra amistad se remonta a la infancia; prácticamente nos criamos juntas. Era tan bonita con el brillante cabello rubio y los ojos verdes siempre alegres y vivos... —su voz se quebró—. Una persona dulce y sencilla sin más aspiración en la vida que ser esposa y madre. Es imposible que esa noche saliera para encontrarse con un amante. Aemilia era una mujer íntegra, educada en el seno de una familia estricta y tenía muy asumido su compromiso. —Exhaló un suspiro y continuó—: Además, de existir un hombre en su vida, yo lo habría sabido.

—Entonces —terció Varo—, perdóname la pregunta, pero ¿por qué su familia no hace nada?

—Porque su padre piensa que si alguien recurre al suicidio por otro motivo que no sea el de una enfermedad incurable, la única razón es que siente el peso de la deshonestidad —en su acento, la clara constatación de lo que creía formaba parte de un criterio decadente.

—¿Y su madre?

—Betitia es una mujer que sigue las indicaciones de su marido. En realidad no sé lo que piensa.

Varo la contempló con suma atención.

—¿Y tú, qué crees que sucedió?

—Estoy convencida de que alguien se la llevó y la deshonoró.

—Esa es una presunción arriesgada —observó con un ligero cabeceo.

Ella alzó las manos, como si ese gesto encerrara toda explicación.

—Ayudé a su madre a amortajarla. Tenía la marca de un mordisco en el seno izquierdo y señales de golpes. ¿Qué clase de amante haría eso? —cuestionó rabiosa.

—Un bárbaro —replicó Varo con absoluta convicción—. Pero sí, entiendo lo que

quieres decir.

Aquel detalle cambiaba muchas cosas. Y si tenía que hacer caso a su instinto, este le dictaba que la inquietud de Marcia nacía, no solo de la lealtad y la amistad, sino desde un profundo conocimiento. Él también lucharía para defender a una persona por la que pondría la mano en el fuego con la seguridad de no equivocarse.

—De acuerdo —agregó—; partamos desde la hipótesis de un rapto, ¿quién, por qué y cómo logró llegar hasta ella?

—Si lo supiera le habría matado con mis propias manos.

Varo contuvo una sonrisa. Sí, esa mujer tenía todo el aspecto de contar con el suficiente arrojo como para llevar a cabo la amenaza.

—Marcia, necesito una pista, una idea, cualquier cosa que me sirva de ayuda. Tal vez alguien que la importunara o un enemigo de su padre.

Ella negó frustrada.

—No lo sé; no se me ocurre nadie que pudiera hacerle daño.

—Está bien, no te preocupes.

El hombre se levantó y, sin apenas percatarse, cedió al impulso de alargar el brazo y tomar la mano femenina con la suya.

Marcia permitió el espontáneo gesto reconfortante fijándose en el anillo que Varo lucía en el anular derecho. Un bonito sello de oro rematado con un pequeño topacio azul, ceñido a una mano que trasmitía calor y confianza.

—Volveré a explicarte lo que averigüe —prometió.

—Gracias.

—*Bonum mane.*^[2]

—*Vale.*^[3]

Capítulo 10

Cuatro días después Chelo fue a ver a César para contarle que Patricia sufría el acoso de un hombre. César pensó que aquel caso tenía pinta de ser uno de esos que fluyen a base de sorpresas desveladas con cuentagotas. Pensamiento que no le hizo maldita la gracia.

—¿Quién la acosaba? —inquirió en lugar de preguntarle por qué seguía ocultando detalles.

Esa conversación tuvo lugar en su despacho mientras ella fumaba un cigarrillo tras otro de forma compulsiva sentada en una butaca con un cenicero en la mano. Las volutas de humo se condensaban a su alrededor y, aunque su mirada parecía algo más diáfana, no por ello la amargura, la perplejidad y la culpabilidad se habían desvanecido completamente. Esa muchacha permanecía sumida en un mar de emociones.

—Lo ignoro. Solía bromear diciendo que solo se trataba de un admirador en plan melodramático. Que controlaba la situación. —Meneó la cabeza en señal de frustración—. Cuando le convenía era una maestra en no soltar prenda.

—Deduzco que le conocía.

—Sí, claro. Es más, se hallaba presente en la boda de su hermana.

—¿Qué? —exclamó asombrado.

—Rebeca se casó quince días antes de... —Fue incapaz de completar la frase—. La cuestión es que él estaba allí y volvió a insistir. Patricia se enfadó bastante y por más que lo intenté no hubo manera de sonsacarle la identidad de ese tío.

—¿Por qué no le denunció?

—Porque era muy especial, testaruda e independiente. —Chelo hizo una pausa para encender otro cigarrillo con la colilla del anterior—. Se jactaba de poder mantener a raya a cualquier hombre.

César contó hasta diez. Necesitó esa pauta con la finalidad de reprimir el juramento agolpado en el paladar. Por un horrible momento presintió que sus nervios corrían el riesgo de sufrir altibajos. Se levantó de su sillón y rodeó la mesa para acabar apoyándose al otro lado de la misma.

—¿Eres consciente de que el acosador y el asesino podrían ser la misma persona? Ella encogió los hombros.

—Sí, aunque me cueste horrores creerlo.

—¿Por qué?

Chelo depositó el cenicero sobre la mesa, se puso de pie y recorrió la estancia visiblemente inquieta.

—No puedo concebir que alguien relacionado con ella y su familia la matara; prefiero pensar que fue el ataque aleatorio de un demente.

Quizás la respuesta debería sorprenderle, pero viniendo de Chelo ya todo se le antojaba posible.

—¿Por qué? —insistió.

Ella le dirigió una mirada que reflejaba la particular visión de mundos muy distintos.

Él se guardó muy bien de aclararle que gente mala y peor la había en todas partes.

—Porque hasta donde sé —contestó Chelo—, con todos sus amantes mantuvo un idilio discreto, consensuado, deseado por ambas partes, civilizado y confidencial. Tanto ella como ellos conocían las reglas del juego. Nunca hubo reproches; nunca nadie se enteró y siempre quedaron como amigos, incluido su cuña... do —se le escapó.

Un rojo intenso coloreó sus mejillas. Cesó de caminar y le dio la espalda, como si el calendario colgado en la pared fuera alguna especie de obra interesantísima.

—¿Me facilitarás sus nombres?

La callada por respuesta.

César volvió a contar. Esta vez hasta veinte.

—Chelo... —el letal tono de su voz pareció surtir efecto.

La muchacha se giró y, tras regalarle una mueca plagada de resentimiento, contestó:

—Aparte de su cuñado solo sé de dos más: su profesor de música y el abogado de la familia. Supongo que habrá otros, pero no los conozco.

—¿Todos asistieron a la boda?

—Sí.

Él le tendió una libreta y un bolígrafo.

Ella anotó los nombres con un mohín contrariado.

—¿Tienes algún otro bonito secreto más que compartir? —Quiso saber César en cuanto recibió la libreta.

—No.

—¿Seguro? —Su tono evidenció un recelo que ni se molestó en ocultar.

—Seguro.

En el transcurso de los días siguientes César escuchó la copia de la grabación una y otra vez. Según los técnicos de la policía la voz parecía expresarse en latín, hecho que le obligó a esperar a que un experto en lenguas muertas lo tradujera.

Por lo pronto, contaba con la hipótesis de que el ataque de Patricia no había sido casual como Chelo quería creer y él se abstuvo de refutar. Conforme a la autopsia, todo indicaba que había habido ensañamiento, proceder habitual en un acto cargado de rabia y pasión. Ese factor, unido al hecho de que un acosador hubiera aparecido en escena, apuntaba más que nunca a que asesino y víctima se conocían.

A la luz de esa teoría contactó con Rebeca Sáenz de Heredia y le pidió un registro de asistentes a la boda. Esta le remitió a la empresa organizadora de la ceremonia. Él mismo se encargó de solicitar lo que necesitaba y de ir a recogerlo.

Teo —«asistente servicial»— como se presentó a sí mismo, le entregó un sobre y lo atendió con mucha simpatía. Demasiada. Regresó a la agencia con la curiosa

sensación de haber sido sometido a un tercer grado con fines amorosos.

Una vez en su despacho comprobó las dos listas que le habían proporcionado. En una se detallaban los nombres de los invitados y en la otra el resto de la gente, que comprendía desde camareros a floristas.

Empezó por excluir a las mujeres, las personas mayores de setenta años y los menores de catorce.

Dividió una hoja de papel en dos partes y en cada columna distribuyó a dos tipos de sujetos con características bien definidas. En la primera, los que no quedaba demostrado que tuvieran relación alguna con la víctima y en la segunda, y más importante, los que sí la conocían, bien por parentesco, amistad o trato más o menos habitual.

Esos eran los sospechosos que debía investigar, incluidos los señalados por Chelo. De alrededor de trescientas personas el grupo se redujo a poco más de una cincuentena. Aun así, representaba un número considerable de gente.

—¿Se puede? —Ricardo asomó la nariz.

—Adelante. —Le invitó a pasar con un ademán—. ¿Qué te ha dicho Ojeda?

—Que dentro de esta semana tendremos los resultados de la grabación. —Como de costumbre se sentó en el borde de la mesa mientras fisgoneaba los papeles esparcidos por la mesa—. ¿Cómo vas?

—Acabo de reducir el número de sospechosos a cincuenta y cuatro —replicó César.

—¿Había una reportera? —Su timbre delató sorpresa.

—Sí, vendieron la exclusiva de la boda a una agencia, ¿acaso no lees la prensa del corazón?

La respuesta fue una mirada malintencionada.

—No creo que la policía la haya interrogado —agregó César, ignorando la pulla visual de su compañero—. Estaba pensando en anticiparme y hablar con ella. Tal vez viera u oyera algo que pueda ser de utilidad.

—¿Porque se dedica al cotilleo o porque tienes un palpito?

César ni negó ni afirmó. Tan solo sonrió.

Capítulo 11

«Estoy fascinada con “Letras”. Es un hombre dulce y cariñoso. Nunca imaginé que seducirle sería tan vivificante. Comprendo que mi juventud le perturbe y que mi disposición le excite. Me conmueve cuando me mira con el ansia de un cachorrillo en busca de mimos. Su impaciencia, reflejada en el arco de la boca babeante, me resulta erótica...».

Ese fragmento pertenecía a una de las primeras entradas en el cuaderno de Patricia.

Había leído más de una vez todas las páginas de ese diario, viviendo a través de ella la vorágine sexual compartida con infinidad de hombres descritos con un simple apodo.

Al día siguiente de su muerte fue a buscarlo. Lo quería para sí. Necesitaba conservarlo como quien conserva un tesoro codiciado con ahínco.

Nadie conocía la existencia de aquellas memorias que ella escondía en el pabellón. Y él tampoco lo sabría de no ser porque un día la descubrió mientras lo escribía. A partir de ese momento intentó aprovechar cualquier ocasión para ir a leerlo.

En cada palabra captó su precocidad. Su gusto por el pecado.

Y le encendió.

Comenzó a desearla, a observarla a hurtadillas sintiéndose cómplice de su secreto. Aprendió de memoria cada línea de su cuerpo, desde el cabello rubio y los ojos verdes hasta su lechosa piel y sus pequeños pechos.

Una mañana la acorraló en el pasillo.

La besó. Saboreó sus labios con ardor infinito.

Ella no le devolvió el beso. Tampoco se ofendió.

Solo sonrió.

—Ven conmigo —le dijo emocionado.

—No me hagas reír, por favor. ¿Qué te hace suponer que me apetece acostarme contigo?

Insistió en su acoso, inmune a la páfida manipulación de esa chiquilla enardecedora. A veces la besaba; acariciaba su carne prieta y distinguía en su mirada una chispa impúdicamente traviesa.

Ella nunca le tocaba ni le daba lo que a otros. Le excitaba con su permisividad, su risita ahogada, y después le rechazaba.

Pero aquel asqueroso día le entregó el cielo y el infierno en un mismo beso.

Ella le amenazó con denunciarle si no la dejaba tranquila.

En realidad no le dolió la advertencia, eso era una tontería, sino la idea de que por más que lo intentara nunca la tendría de forma voluntaria.

La actitud egoísta de aquella zorrita le forzó a tomar una resolución definitiva.

Todavía podía verla, esta vez, doblegada. Y desde luego mucho más procaz a

juzgar por el brillo de sus pupilas. Donde cualquiera interpretaría pánico, él percibía con claridad la voluptuosa enajenación producida por la pasión. Sin duda disfrutó que la tratara como a la furcia que era antes de mandarla a los felices Campos Elíseos saciada y, por supuesto, agradecida.

Algo inusitado se adueñó de su espíritu. Algo quizás olvidado, aunque latente en algún lugar íntimo. Algo que, ahora, latía al compás de sus manos mientras se dejaba llevar envuelto en el exquisito *Kyrie* de Mozart. Exaltado por los embriagadores acordes y su propio desvarío, entró en un estado de virulento delirio catatónico en esa placentera tarde en la que otra descastada ramera imploraba piedad con los ojos verdes plagados de terror.

Capítulo 12

—No, no, la cintura no, ¡me haces cosquillas! —protestó risueño—. No seas mala y bésame.

Y le besó.

De hecho, le lamió toda la superficie de la cara.

—Marcia, eres una mujer muy traviesa —señaló con el rostro húmedo—. Mira cómo me pones.

Varo, con los ojos cerrados en ese duermevela que precede al despertar, acusaba la clara excitación del jugueteo matinal. El placer recorría sus arterias. Sentía el cuerpo duro, la mente relajada y una deliciosa presión aposentada en el bajo vientre.

Levantó los párpados para llenar su horizonte con la visión de aquella retozona compañera.

Brincó espantado.

La perra, una podenca blanca de aspecto robusto, permanecía sentada cómodamente sobre el estómago de su dueño. La muy desvergonzada parecía sonreír al tiempo que meneaba la cola y le colmaba de lametones.

—¡¡¡Albata!!! —puso el grito en el cielo, quitándosela de encima a empujones—. ¡Maldito bicho!

En respuesta, Albata le enseñó los dientes. Susceptible a los insultos, le dirigió una mirada cargada de antipatía y se marchó con aire herido.

Él se colocó bocabajo con el corazón encrespado. Desde que conociera a la viuda un ejército de hormigas le recorría las venas soliviantándole la sangre.

Esa mujer le había hecho cosas extrañas a su libido.

Recordaba detalles de los que ni siquiera era consciente que almacenaba en su conspirador cerebro. Evocó las delgadas manos de largos dedos y uñas meticulosamente recortadas. La blancura de los pequeños dientes, cuidados con esmero. La palpitante vena que cruzaba el elegante cuello. La turgencia de los senos perfilados bajo la tela del vestido. La expresividad de los ojos marrones. Los tentadores labios.

Y su aroma.

Sobre todo, recordaba su aroma.

Olía a una mezcla de flores y plantas, a fruta y a miel; pero por encima de ello, destacaba ese tipo de fragancia que un hombre detectaba hasta lo más hondo de las fosas nasales y que acababa por instalarse en los sesos.

Olía a mujer.

¡Por todos los dioses!

Se tiró de la cama con la retina todavía plagada de imágenes y la sana intención de enfrascarse cuanto antes en otros menesteres y así evitar pensar en lo que no debía.

Procedió con la rutina diaria de aseo y ofrendas para arrellanarse acto seguido en la diminuta estancia que hacía las veces de despacho.

Aquel era el aposento perfecto donde hallar inspiración. Rodeado por volúmenes de papiro enrollados en cilindros de madera que contenían las obras de filósofos y poetas que tanto amaba su progenitor, el tintero medio lleno de tinta negra, las finísimas tabillas y su correspondiente pluma con la punta de hierro, aquel lugar todavía conservaba en cierto modo la esencia de su padre.

Cayo Andronico, *primus pilus* de la *VII Gemina Felix*, condecorado con una lanza de plata, había fallecido cuatro años antes en un absurdo accidente al ahogarse con una espina de pescado. Y, aunque la Sombra —mencionar a la Muerte por su nombre se consideraba un mal augurio— se llevase a los seres queridos y se incineraran sus restos, el rostro del difunto permanecería en la que fue su morada como uno más de sus guardianes.

Contempló durante un minuto el cofre que guardaba la máscara de cera de Andronico mientras una esclava se afanaba en la limpieza del patio, espantando a gallos y gallinas. El ris ras de la escoba al rozar el suelo parecía una composición musical continua.

Ya que el día anterior la entrevista con el padre de Aemilia no había producido ningún fruto, Varo tenía que enfocar la investigación desde otro ángulo. El caso era cómo enfocarlo.

Publio Aemilio Lévido, poco dado a la indulgencia, era de esas personas cuya autoritaria opinión resultaba difícil refutar. Nada importaba tanto a un romano como el ideal de virtud, respeto y compromiso. Virtud basada en la voluntad, la seriedad y la abnegación social y familiar. Respeto a ritos y costumbres que restablecían el orden natural, y compromiso con la buena fe que garantizaba la óptima relación con los demás. Así que, desde el punto de vista del obstinado Publio, el trasgresor comportamiento de su hija no merecía otra interpretación que la suya.

Se negó a hablar de ella, como si se tratara de una criatura infame.

Varo entendió que intentar discutir con ese hombre sería lo mismo que pretender dialogar con un muro. Y con idéntico desenlace: un bonito porrazo en su nariz de sabueso.

Regirse por determinadas creencias era algo que él respetaba, aunque jamás alcanzaría a comprender el poco afecto de algunos hombres por los retoños que, en definitiva, eran sangre de su sangre.

Su propio padre fue un hombre que amó incondicionalmente a su familia. Por eso le hubiera encantado partirle la cabeza a aquel asno testarudo incapaz de proporcionar el mínimo detalle útil.

Después de darle muchas vueltas, decidió que empezaría a investigar por las termas.

Mucho más allá de una limpieza corporal, aquel lugar representaba una vasta fuente de información. Los baños cumplían una función social y cultural donde la gente solía murmurar con conocimiento de causa o sin él. Un variopinto repertorio de historias, reales y falsas, intrigas y alianzas se habían engendrado en más de una

ocasión al amparo de un placentero masaje.

—Varo, hijo, una tal Marcia Cesonia quiere verte —anunció su madre, asomando la cabeza por la puerta—. ¡Qué descaro, presentarse en casa de un hombre sin esclava que la acompañe!

Él maldijo por lo bajo.

—Hazla pasar y... madre, ni se te ocurra acosarla a preguntas.

La mujer abrió mucho los ojos.

—¿Qué te hace pensar...?

—Madre —la interrumpió—; que nos conocemos. Es testigo en un caso, te ruego que no saques conclusiones precipitadas.

—¿Conclusiones? ¿Yo? —masculló ofendida—. Yo ya he visto otros vientos y he afrontado otras tempestades.

Maravilloso, ahora se ponía a citar a Cicerón sin venir a cuento para desaparecer acto seguido dejando atrás una sarta de improperios.

—Tienes mala cara —fue el saludo de Marcia.

Varo sintió que algo en el aire cambiaba de repente.

—He pasado una mala noche —murmuró—. Siéntate, por favor.

—¿Estás enfermo? —aceptó la silla que le ofrecía.

—Tengo retortijones de estómago —mintió impávido.

—Deberías ponerte una lavativa de comino cocido en aceite —le recomendó.

—Lo tendré en cuenta. —Agradeció el consejo con una inclinación y añadió—: ¿Qué te trae por aquí? Y más importante aún, ¿cómo me has encontrado?

—Preguntando aquí y allá —esquivó encogiendo los hombros.

—Ya.

—Me gustaría participar en la investigación, dime qué tengo que hacer.

La miró asombrado. Para su consternación descubrió que lo decía en serio.

—Ah, no —se opuso con firmeza.

—¿Qué te contó el padre de Aemilia?

—¿Cómo sabes que he hablado con él?

—Yo me entero de muchas cosas —replicó ella en tono fingidamente enigmático—. Puedo serte muy útil.

—No.

—No soy capaz de quedarme esperando noticias —arguyó persuasiva.

—Pues tendrás que hacerlo porque no quiero que te inmiscuyas.

La postura de Marcia denotó una inequívoca indignación henchida de agresividad.

—¿Tú también eres de los que piensa que las mujeres somos del género tonto?

Él abrió la boca, pero no llegó a contestar.

—No, no digas nada. —Le frenó con un aspaviento—. Siento haberte molestado.

Y se largó por donde había venido.

Varo resopló igual que un buey. Todavía no había puesto un pie en la calle y ya

había ofendido a tres féminas. Era imposible que le sucediera nada más; ya había agotado su cuota de infortunios.

Junto a una madre que tenía todo el aspecto de rumiar algún tipo de truculenta venganza, tomó un ligero almuerzo antes de salir en dirección a las termas, emplazadas cerca del Teatro.

La hora sexta acostumbraba a ser el mejor momento para frecuentar los baños, ya que era cuando se congregaba el mayor número de gente.

Nada más llegar dejó su ropa en una hornacina del vestuario a cargo del esclavo que cuidaba las pertenencias de los bañistas y, desnudo, se dirigió a la palestra. Tras una hora de agotadora gimnasia fue al cuarto de baño tibio, cuya función consistía en aclimatar el cuerpo frente a los distintos cambios de temperatura.

Luego se trasladó al caldario. Hombres desnudos o a medio cubrir por una toalla se relajaban sentados en los escalones de la piscina en aquella preciosa estancia presidida por el mosaico policromado de un Neptuno rodeado de peces con el agua a la altura de los tobillos. Otros, en cambio, paseaban alrededor del recinto, descalzos sobre las teselas blancas, departiendo entre susurros.

La temperatura del agua era deliciosamente agradable. Podía imaginar a los esclavos alimentando sin cesar el fuego del hipocausto mientras se remojaba y más tarde imitaba al resto de usuarios aposentándose en los escalones.

Conversaciones de todo tipo fluyeron +alrededor durante la media hora que permaneció allí.

Escuchó la historia de un hombre que la noche de bodas no pudo cumplir con sus deberes maritales a causa de la bebida, y obligó a la novia a desflorarse a sí misma con una figurilla de madera del dios Príapo.

El narrador se ayudaba de gestos explícitos para enfatizar el relato, provocando la risa de los oyentes. Aquel chismoso se explayó después en las aventuras de una distinguida matrona cuya debilidad eran los gladiadores. Se rumoreaba que la mujer tenía cierta predilección hacia las musculaturas sudorosas, por lo que retribuía con generosidad a los luchadores que no se lavaban al finalizar el combate.

Al parecer, todo Tarraco sabía de sus andanzas, excepto el marido.

—Hablando del rey de Roma... —concluyó el cronista ante la aparición de un conocido tratante de trigo.

Varo se marchó a tomar un baño de vapor seguido de una profunda limpieza.

En la sala de masaje un esclavo le cubrió de aceite aromatizado y usó el estrígilo para quitarle la piel muerta. Un buen masaje realizado por manos expertas no solo aportaba satisfacción, sino que era una práctica vital, higiénica y curativa.

Con los ojos entornados en pleno ejercicio de relajación advirtió que alguien entraba. Reconoció a los jueces Sexto Numisio Sura y Décimo Naevio Capito. Ambos hombres se acomodaron en sendas mesas de madera dispuestos a disfrutar de sus propios masajes.

—Me han dicho que hace unos días apareció una prostituta muerta en el

cementerio —dijo uno de ellos.

—Muy apropiado —replicó el compañero con sorna.

—Una zorrita muy popular.

—¿La conocías?

—Sí. Lástima, era una *felatora* estupenda.

El otro estalló en estruendosas carcajadas.

—¡Eso es porque no has probado a Turia! —sentenció entre risas—. Esa pelirroja de Massalia es capaz de sacarte el alma con los labios.

—¿Dónde puedo encontrarla?

—En el lupanar de Paullianos.

—¿El que está cerca del Colegio de Obreros de la Construcción, tocando la muralla?

—El mismo.

—No tengo el gusto de frecuentarlo.

—Pues ve; no te arrepentirás.

—Lo haré, gracias.

La conversación de los hombres versó sobre el mismo tema durante unos minutos y Varo, en vista de que no había obtenido ninguna información interesante, pasó por la piscina de agua fría casi a hurtadillas antes de marcharse.

Cuando salió de allí decidió visitar a un amigo.

Nunca llegó a su destino.

Capítulo 13

Pulsó el timbre y aguardó.

Un minuto después resultó evidente que se había equivocado.

¿Cómo no confundirse si no existía ni un triste indicador de que esa era la dirección? El quinto pino debía ser aquel sitio, porque información no, pero pinos; un bosque lleno.

Maldita sea.

Aún no había completado el giro para largarse cuando escuchó el chasquido de la puerta. Si por un momento hubiese presagiado el terremoto emocional que se le vino encima quizás habría podido agenciarse una bombona de oxígeno con que restituir el que perdió de un plumazo. La mujer que apareció en el umbral era lo más... lo más... lo más...

«Dios mío, ¿adónde se han ido las palabras?».

Distinguió con absoluta claridad cada uno de los silbidos lanzado por sus desvergonzadas hormonas. Al notar el correr de la sangre como un fluido de camino al punto de ebullición calculó que faltaba muy poco para que se liaran a aplaudir. Desconcertado, entrevió los llorosos ojos marrones de la mujer. La rojez de la nariz congestionada. El pelo negro revuelto. La bata de color negro y topos blancos mal atada a la cintura. El exiguo camisón a juego que transparentaba los pechos, donde destacaban los oscuros pezones. Sin duda la había sacado de la cama.

Escenas que no deberían ocupar su mente se perfilaron de forma pecaminosa. Por pura suerte encontró la voz antes de hacer el ridículo.

—¿Marcela Cobo?

Ella levantó un dedo y puso una cara muy peculiar.

—¡¡¡Achís!!! —Estalló con estrépito—. Perdón. Sí, soy yo.

—Salud —dijo de modo maquinal—. Me llamo César Valente y quisiera hablar con usted. En su agencia me han dicho que estaba indispuesta y... ¿Se siente mejor?

Marcela moqueó.

—Bueno —contestó con un vil gangueo—; considerando que la fábrica de pañuelos de papel propone erigirme un monumento, los virus se están montando una juerga a mi costa y mis pérfidas neuronas juegan al pimpón... sí, estoy bien.

—No tiene buen aspecto —adujo en tono dudoso—. Creo que volveré en otro momento.

—No hay problema —rebatía presurosa—. ¿Qué puedo hacer por ti, César?

«Si me miras así, lo que tú quieras».

Tomó una bocanada de ese aire que parecía negarle su función y luego lo expulsó despacio. Muy, muy despacio.

—¿Dejarme pasar para que podamos hablar? —replicó, conteniendo la voz del pensamiento.

—Sí, por supuesto, adelante —le invitó.

—Gracias. Investigo la muerte de Patricia Sáenz. La agencia me ha facilitado tu dirección; espero que no te moleste.

—Para nada.

Ya en el comedor un vago movimiento atrajo su atención. Se paró envarado.

«Por favor, que no sea un gato negro», suplicó aprensivo.

En contra de su ruego, un minino renegrido de apenas un palmo apareció persiguiendo una especie de ovillo desmadejado. El gatito, con el aspecto de una pequeña bola peluda parecía llevar cuatro calcetines blancos en sus diminutas patas. Detuvo su juego y le dedicó una atenta mirada con sus penetrantes ojos dorados. Debió intuir que su presencia desagradaba al extraño y, consciente de su flamante poder, se sentó muy tieso a la espera de acontecimientos.

—Se llama Calígula —apuntó la dueña.

El gato, al escuchar su nombre, movió las orejas.

—¿Calígula?

—Significa algo así como «botitas»; pero siéntate, no te quedes de pie. —Él se acomodó en el sofá—. ¿Eres poli?

—Soy detective privado, y como te dije antes, investigo la muerte de Patricia Sáenz.

—Pobre chica, qué espanto —lamentó, sentándose a su lado.

Un soplo de aroma femenino le invadió la nariz.

La supuesta lucidez de la que solía hacer gala se puso en modo inactivo; sin contar con que la capacidad de comprensión parecía haber huido como una novia arrepentida.

—Sí —declaró con esfuerzo—. Huelga decir que esta conversación es estrictamente confidencial.

—Desde luego —garantizó ella, mientras vencía el cuerpo sobre el respaldo y cruzaba las piernas.

Los ojos de César fueron a parar al tobillo desnudo para luego ascender de forma perezosa.

—Tengo entendido que te encargaste del reportaje en la boda de su hermana Rebeca —dijo en una voz laboriosamente neutra.

—Así es.

—Me preguntaba si es posible que me echaras un cable.

—Claro, aunque no veo en qué puedo ayudarte.

—¿Recuerdas si sucedió algo inusual?

Marcela lo pensó un instante.

—Ahora mismo no caigo —concluyó.

—Tengo motivos para sospechar que el asesino asistió a la boda.

Así, a bocajarro.

—Me consta que Patricia sufría el acoso de un tipo y ese día discutieron —continuó, aliviado al centrar su atención en el caso.

—Y tú opinas que acosador y asesino son la misma persona —interpretó con perspicacia.

Él cabeceó en sentido afirmativo y después añadió:

—Necesito que intentes recordar si sucedió algo que llamara tu atención y que me permitas ver el vídeo. Rebeca me comentó que tú guardabas el original.

—Espera; ahora que lo mencionas; vi a Patricia salir del bosque muy alterada.

—¿Estaba con alguien? —indagó esperanzado.

La mujer encogió los hombros.

—No, lo siento, no vi a nadie más.

Fue entonces cuando César se percató de su palidez.

—Te encuentras mal, ¿verdad?

—Tengo un dolor de cabeza horroroso y creo que me está subiendo la fiebre. Debería volver a la cama —admitió con una mueca.

—¿Qué puedo hacer? ¿Te preparo algo caliente? —se ofreció, sorprendiéndolos a ambos.

Ella le observó de arriba abajo.

—No, no te preocupes; ya lo hago yo —señaló en un sí es no.

César se lo tomó como una puerta abierta.

—En serio, no importa. Acuéstate, yo me encargo —insistió persuasivo.

Ante la amable firmeza de ese hombre perturbador, Marcela se vio incapacitada para rechazar el ofrecimiento. ¿Cómo oponerse si parecía francamente preocupado?

—Está bien, ¿me preparas un poleo? —accedió—. Déjame tu teléfono en la mesita, mañana te llamo y continuamos charlando, ¿vale?

—Vale.

En la cocina, César preparó la infusión y registró los armarios en busca de un analgésico. Después recorrió la casa hasta dar con el dormitorio.

Contempló a Marcela tendida sobre las sábanas. Se había dormido. El brillo de la fiebre perlaba su piel y la oyó murmurar de manera incoherente.

De pronto tuvo muchas ganas de proteger a esa mujer.

Fuera cual fuese el origen de aquel loco palpitar seguro que tenía alguna explicación lógica, pese a no atinar a verla ni con lupa.

Capítulo 14

En el camino de Varo se cruzó un incendio.

Al doblar una esquina un penetrante olor a chamusquina le provocó un picante lagrimeo. Algo se quemaba dos o tres calles más abajo. Una columna grisácea comenzaba a verse por encima de los edificios y se escuchaban voces angustiadas.

Echó a correr.

Llegó al lugar para ver como el cuerpo de *vigiles* combatía las llamas que devoraban el cuarto piso de una ínsula. El áspero tufo de la madera quemada irritaba las gargantas obligando a toser y escupir al tiempo que la piel adquiría poco a poco el color negruzco del hollín.

Algunos bomberos bregaban con mangueras mientras sus compañeros se afanaban con las bombas de mano sumergidas en el depósito acoplado al carro tirado por caballos en un intento por alcanzar la máxima altura. El relincho de los asustados animales se mezclaba con el lamento de las personas que veían impotentes como ardían sus pertenencias, cuyo visible ejemplo era tristemente personificado por el tendero de una de las tabernas de la planta baja. El hombre se tiraba de los cabellos con los ojos arrasados en lágrimas, desesperado por el inminente desastre. La panadería que encarnaba el sustento de su familia y la vivienda situada en el adjunto piso superior corrían el riesgo de desaparecer. Muy poco se podía hacer frente a aquellos incendios que arrasaban unos bloques contruidos con materiales baratos, basados en un armazón de madera relleno de piedras, cal y arena.

Un brasero mal apagado y la catástrofe estaba servida.

Y todos los presentes eran conscientes de ello.

De pronto, en el sexto piso, se asomó una mujer lanzando espantosos chillidos con una criaturita en brazos. Rodeada por la ceniza y el humo, mantenía la mitad superior del cuerpo colgada sobre el alféizar de la ventana.

—¡Mi niño, salven a mi niño! —clamaba atormentada.

Un rumor horrorizado se extendió en la calle.

Varo ni lo pensó. Se abrió paso hasta llegar ante el jefe de la cohorte, se presentó y salió disparado perdiéndose en el interior tras un bombero que le llevaba un metro de ventaja.

Subir los dos primeros pisos resultó relativamente fácil.

El tercero varió de forma radical.

La estrecha escalera oscurecida por la densa humareda dificultaba tanto la visión como la respiración.

Adelantado, el otro hombre caminaba a tientas en aquella especie de laberinto de escaleras verticales y departamentos que debían atravesar para acceder al contiguo.

En el cuarto piso, origen del incendio, el fuego rugía, envalentonado y provocador, conocedor de su poder frente a aquellos seres que osaban invadir un terreno conquistado. Llamaradas de ardiente resplandor dibujaban grotescas figuras al

mismo tiempo que ellos, pegados al muro, contemplaban a ese monstruo dotado de vida propia.

—Si no pasamos ahora no habrá posibilidad de volver —apuntó un enronquecido bombero.

Varo asintió con un gesto. Preocupado por la situación, un enorme nudo le estrujó el estómago.

Los tabiques crujían conforme avanzaban.

El hedor se hacía insoportable.

El calor amenazaba con achicharrar los pulmones.

Intimidantes lenguas de fuego se cernían alrededor, jugaban a acercarse y alejarse en una suerte de burla grotesca y retadora.

De fondo, el clamor de las fuertes voces que continuaban batallando desde la calle en una guerra perdida.

Proseguir representó poco menos que un sacrificio.

Un sacrificio que ambos llevaron a cabo sin medir las posibles consecuencias aun cuando la sensación de peligro se tornaba cada vez más tangible.

La quinta y sexta planta parecían la mismísima puerta del Tártaro.

—¡A la derecha, a la derecha! —exclamó Varo—. ¡La oigo!

—¡Señora, háblenos! —gritó el otro.

—¡Aquí, aquí! —replicó la mujer.

Una nube espesa, negra y opresiva, cubría la estancia donde madre e hijo se habían refugiado.

Dentro de muy poco el fuego se adueñaría de toda la zona.

—¡Vamos, vamos; deprisa! —el bombero apremió a la mujer.

Ella, como congelada en el tiempo, fue incapaz de dar un paso. Aferrada al bebé miraba a los dos hombres con los ojos desorbitados mientras el niño hipaba, cambiando el llanto por la necesidad de respirar. En su carita, el reguero de lágrimas surcaba el tizne de las mejillas igual que diminutos ríos.

—Mujer, ¿cómo te llamas? —preguntó Varo.

—Severina Faustina —contestó asustada.

La tomó de la mano y se la apretó con firmeza.

—Severina Faustina —le habló con toda la serenidad que fue capaz de imprimir a su voz—, tenemos que salir de inmediato. Permite a mi compañero que se haga cargo del niño y tú, agárrate a mí. No va a ser fácil, pero saldremos de aquí. Te lo prometo.

Y salieron.

Agotados y temblorosos. Medio ciegos y ahogados. Aterrados y aliviados. Sucios como nunca nadie podría estarlo, con alguna quemadura que en aquel instante apenas importaba.

Pero vivos.

En cuanto Varo se vio en la calle, vomitó.

Capítulo 15

Moría la tarde cuando Marcia se hallaba en el despacho que hacía las veces de *medicatrina* particular.

Enfrascada en la tarea de cumplir con el encargo de una clienta, mezclaba en un morterillo a partes iguales, tierra de *cimolita* y raíz de *pánax* con agua. Con obligado sosiego y poco a poco la mixtura adquiriría un aspecto pegajoso que, una vez aplicado con lana suave insertada en el cuello vaginal, actuaba de anticonceptivo.

En momentos como ese se congratulaba de la instrucción recibida por parte de un esposo paciente y afectuoso. Dimas fue un cirujano extraordinario y un marido ejemplar durante los tres años que duró su matrimonio. Su herencia no solo representaba holgura económica, sino que le proporcionaba los medios para sentirse útil y gozar de independencia. Por ese motivo siempre le recordaría con respeto, cariño y admiración.

A su alrededor, los útiles empleados por él le producían una agradable sensación de bienestar. En aquella habitación lograba relajarse entre morteros, balanzas, cajas de madera para guardar plantas, botellas y tarros de vidrio, espátulas, cucharillas, tijeras y tenazas, agujas, punzones, instrumentos quirúrgicos y vendas, vegetales, minerales, libros de consulta y un sinfín de material casi imposible de enumerar.

Una estancia abarrotada en un desorden ordenado que conservaba tal y como Dimas la dejó el día que le falló el corazón.

Allí podía meditar a solas.

El dolor, la rabia y la frustración habían sido compañeros inseparables durante los últimos meses. Una amistad desagradable, insidiosa y, ante todo, corrosiva.

Pero ahora todo parecía distinto.

Cada nuevo amanecer traía consigo un remedio con el que paliar la tristeza, alguna panacea contra el resentimiento y un consuelo para el ánimo.

La vida continuaba pese a una misma.

Repentinamente, notó un escalofrío. Una horrible premonición sacudió sus sentidos.

¡Por Júpiter, qué extrañísima sensación!

Algo malo sucedía.

Un inquietante grito acabó de ponerle los pelos de punta.

—¡Dómina, dómina!

Alarmada, echó a correr.

Varo se hallaba en su vestíbulo.

Tenía un aspecto deplorable, estaba sucio y olía a humo. Su cara era una mancha en la que se distinguía poco más que el blanco de los ojos. En el antebrazo derecho, de la muñeca al codo, la piel en carne viva destacaba terriblemente.

Se trataba de una fea quemadura.

—¡¿Qué te ha pasado?!

—Había un incendio y... —Calló y se tocó la frente con el dorso de la mano en un fatigoso ademán—. ¡Dioses, qué mal me siento!

Marcia le tomó del brazo izquierdo.

—Vamos, te llevaré a mi dormitorio. Feronia —le dijo con voz urgente a la muchacha que contemplaba sobrecogida la escena—, trae agua fría, paños limpios y vinagre.

—Sí, dómina —contestó, y salió corriendo hacia la cocina.

Marcia acostó a Varo mientras observaba su anatomía con ojo crítico.

A primera vista no parecía haber más lesiones, si bien la suciedad dificultaba una valoración correcta.

—¿Te duele algo? —preguntó palpando con cuidado el resto de extremidades y la cabeza.

—No —replicó con un gesto negativo—. Gracias por atenderme, yo...

—Chsss —le silenció—. Solo cuéntame lo sucedido.

Varo la puso al corriente con un escueto resumen.

—Cuando salíamos del edificio se desprendió una viga; supongo que paré el golpe con el brazo —concluyó.

—Bien, no te preocupes; yo me encargo.

Feronia apareció con un recipiente y varias toallas.

—Trae una clara de huevo y busca en mi armario de las medicinas el bote de la semilla de acacia —pidió Marcia—. Ah, y tráeme también un cuenco y una espátula.

La joven regresó a una velocidad pasmosa, incluso para ella.

Marcia limpió la quemadura con esmero y luego, para evitar la posible aparición de ampollas, aplicó un apósito embadurnado con clara de huevo mezclada con semilla de acacia.

—No te muevas, voy a buscar algo para el dolor.

Varo la observó con ojos agradecidos.

En su despacho, presurosa, consultó el manual de farmacopea de Dioscórides hasta dar con el analgésico que le pareció más apropiado. Revisó su farmacia y tomó el bote de pastillas de beleño blanco preparadas por ella misma. El beleño calmaría el dolor y al mismo tiempo actuaría de sedante.

Feronia, plantada en el umbral de la habitación, aguardaba atenta la siguiente petición.

—Trae un vaso de leche y otro cuenco de agua limpia.

Obligó a un Varo reacio a tomarse la bebida junto a la pastilla.

—No me gusta la leche —protestó con un quejido.

—Me da igual —le habló como quien habla a un niño desobediente—. Esto te ayudará a dormir. Voy a quitarte la ropa y a lavarte un poco.

Él consintió resignado.

Marcia cortó en jirones la mugrienta túnica y, sin titubear, le quitó también el *subligar*, dejándole totalmente desnudo. Añadió al agua unas gotas de aceite de rosas

y, con un paño limpio, se dedicó a eliminar todo rastro de suciedad del cuerpo masculino.

No cabía duda de que los dioses habían bendecido a ese hombre con una belleza singular. En el núcleo femenino de Marcia, algo muy íntimo reaccionó ante esa manifiesta virilidad.

Él, por su parte, fue sosegándose y al cabo de unos minutos, el sueño le venció.

—Gracias —musitó adormilado.

Aún no había anochecido cuando empezó a roncar.

Ella le contempló en silencio.

—Ten piedad de él, Febris.

Capítulo 16

Soñó un sueño muy extraño.

Se vio en un escenario donde el agua de una bonita fuente producía una sensación de frescor. Donde había árboles frutales, donde el color de las flores brillaba esplendoroso y la fragancia de las hierbas aromáticas le llegaba desde algunos manojos colgados entre columnas.

Inexplicablemente se vio junto a César. Pudo sentirle. Pudo escucharle. Pudo olerle. Parecía distinto y, sin embargo, ella sabía que era el mismo.

Abrió los ojos y comprobó la hora en el reloj digital de la mesilla: las doce y media. Había dormido cerca de dos horas y se sentía ligeramente mejor. Acurrucado a su lado, Calígula dormía con una pata tapándole la cara. Parecía una mancha sobre las sábanas blancas, arrugadas en un desordenado montón a los pies de la cama y jaspeadas de luces y sombras por la claridad que se colaba entre las rendijas de la persiana medio cerrada. No recordaba haberla dejado así. Lo que sí recordaba era la indescriptible impresión que la había invadido al conocer al detective. Vale, tenía fiebre y quizás ese hecho había influido. Aunque eso no explicaba el raro vínculo experimentado en su sueño.

Contrariada, percibió el pulso irregular al evocar su bochornosa reacción.

¿Cómo era posible que un pedazo de hombre nacido del hálito de dioses incomparables llamara a su puerta y, en lugar de brindarle una ovación, se dedicaba a escupirle a la cara una pandilla de microbios gamberros?

Un chiste malísimo, obviamente.

E injusto.

Muy injusto.

Y, encima, le había recibido con una pinta para echar a correr y no mirar nunca atrás, cuando él destilaba un aspecto de lo más sexi vestido con aquel atuendo semiformal. El traje gris acero, la camisa de un gris más oscuro, sin corbata y perfectamente rasurado, le conferían una apariencia insuperable. El destino, ese miserable canalla, tenía un perverso sentido del humor.

De repente, una silueta se perfiló en el marco provocándole un sobresalto.

—Todavía sigues aquí —musitó asombrada.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó César.

—Creí que te habías ido.

Él atravesó el cuarto, se sentó en el borde de la cama y le tocó la frente.

—Parece que la fiebre ha remitido.

Ella percibió el afectuoso tacto de su piel y la calidez de sus ojos... Del mismo modo que advirtió una sensación de intimidad que impresionaba por su naturalidad. César se había quitado la chaqueta y aparentaba cierto regocijo en su improvisado papel de cuidador.

—Sigues aquí —repitió.

—Quería asegurarme de que estabas bien, ¿cómo se te ocurrió instalarte en un lugar tan aislado?

—Esto no es un lugar aislado; el pueblo está a un kilómetro, y te recuerdo que existe el teléfono —contestó con rapidez.

César compuso una mueca escéptica.

—¿Y si no puedes llamar?

—Hay un par de vecinos.

—Insisto, ¿y si por cualquier razón no puedes pedir ayuda?

Marcela le observó con curiosidad.

—Eres un típico urbanita, ¿verdad?

—De la cabeza a los pies —declaró tajante—. ¿Tienes hambre?

—Ahora que lo mencionas...

—Prepararé algo —decidió levantándose.

—Lo dudo.

—¿Dudas de mi capacidad culinaria?

—Dudo que puedas cocinar ingredientes imaginarios.

Esa vez le pilló desprevenido a juzgar por su expresión confusa.

—A menos que seas capaz de multiplicar un par de patatas —añadió.

—¿No tienes comida en casa? —inquirió con un deje crítico.

Ella le miró de través.

—Primero: suelo comer fuera —argumentó en su defensa—. Y segundo: tenía que hacer la compra ayer, pero me puse enferma. Eso sí, te puedo ofrecer un café con leche.

—Antes muerto que tomar un sorbo de leche —lo afirmó con tal convicción que Marcela esbozó una sonrisa.

—¿Intolerancia a la lactosa?

—Intolerancia al asco que me produce ese bebestiaje —replicó envuelto en visibles escalofríos.

Ella no pudo contenerse. Se le escapó la risa. Estaba en su cama medio desnuda manteniendo una conversación surrealista con un tío al que acababa de conocer. ¿Adónde rayos había ido a parar la comedia mujer que solía acompañarla?

—Recuérdame que nunca te prepare leche frita.

—Te lo recordaré —aseguró en tono solemne—. Voy al pueblo a buscar algo de comer.

—Espera, te daré dinero —señaló, emprendiendo el gesto de levantarse.

—Pago yo —rechazó con una sonrisa maliciosa—, así me deberás una.

A Marcela la asaltó un cosquilleo inesperado.

—Pues date prisa porque cierran a la una.

Capítulo 17

Le veló durante toda la noche.

Varo fue consciente de ese hecho todos y cada uno de los momentos en que entreabrió los ojos. Marcia siempre estaba allí, de guardia, como una madre preocupada o una gata cuidando a su cachorro.

Solo que en su presencia, ni se sentía como un hijo y mucho menos como un animalillo desvalido.

Con insólita claridad revivió aquellos intervalos regulares en los que, con una dulzura casi musical, Marcia le había obligado a saborear la combinación un tanto amarga y picante del vino con comino.

La siguiente ocasión que despertó la descubrió sentada en una silla. Se había soltado el pelo y vestía una sencilla túnica. Parecía abstraída, muy lejos de allí, melancólica y a la vez etérea bajo la tenue luz de las lucernas. Por un segundo tan efímero como un suspiro deseó saber a quién tendría en mente.

Apenas se dio cuenta de que los párpados se le cerraban de nuevo.

Le desveló una pesadilla de humo y fuego.

Desorientado, tardó un minuto en reconocer el lugar y recordar lo acontecido. El dolor del brazo contribuyó a reactivar el recuerdo. Le dolía mucho menos, pero le dolía.

Y estaba solo.

Decidido a erigirse en vencedor abordó la tarea de levantarse.

Un desagradable vahído estuvo a punto de tumbarle otra vez.

Despacito, se puso de pie mientras examinaba la habitación en busca de algo con que cubrir su desnudez. Lo único que encontró fue el cobertor de la cama y eso fue lo que se echó sobre los hombros.

A paso cansino se dirigió en busca de Marcia.

En la casa había un extraño silencio, dado que a esa hora, cuando el amanecer ya era remoto, cualquier hogar se hallaría sumido en los quehaceres cotidianos.

Aguzando el oído distinguió el mortecino sonido de voces.

Si le hubieran dicho que un ejército de bárbaros arremetía contra las puertas de la ciudad le hubiera sorprendido menos que la escena que le esperaba en el despacho.

Marcia y Calpurnia conversaban en un tono bajo y relajado.

Parecían muy animadas.

—Tienes una piel preciosa —le decía a su madre la mujer que había velado por él—, pero me gustaría recomendarte una crema que preparo yo misma a base de cera blanca derretida en aceite de oliva y capullos de rosa triturados.^[4]

—¿Para qué sirve? —preguntó una interesada Calpurnia.

—Para hidratar tu piel y estar aún más guapa.

Calpurnia enrojeció de placer.

—Permíteme que te aplique un poco y verás el resultado —añadió, cogiendo del estante un pequeño unguentario de cristal verde. De pronto, se quedó quieta y exclamó—: ¡Varo, estás despierto!

La cosmética perdió su atractivo en beneficio de un Varo que no salía de su asombro. Marcia le tomó de la mano y le condujo hasta un sillón de alto respaldo, entre cuyos brazos descansaba un mullido cojín de llamativo color rojo.

—Ven, siéntate. ¿Cómo estás? —Quiso saber con voz expectante. Varo amontonó el cobertor en su regazo y respondió con una mueca dudosa—. Me has tenido muy preocupada.

Al mismo tiempo que hablaba, sus manos se ocupaban del vendaje y sus ojos estudiaban la herida con profundo esmero.

—Estupendo, parece que la primera cura ha funcionado, no hay ampollas ni signos de humores. —Cambió el unguentario por un morterillo que había dejado sobre la mesa con antelación—. He preparado una cataplasma de raíz de martagón, nos ayudará a curar esa herida.

Mientras ella se dedicaba a la tarea, Varo abrió la boca por primera vez:

—¿Qué haces aquí? —La pregunta iba dirigida a Calpurnia.

—Marcia me mandó llamar, lo cual agradezco mucho.

El cabeceo masculino no sugirió ni acuerdo ni desacuerdo, tan solo una leve contrariedad.

—¿Ahora es tu amiga? —apuntó con la perversa intención de avergonzar a su madre.

—¿Y a ti qué te importa? —replicó esta con aire desabrido—. Estás en buenas manos, así que me retiro. Mañana volveré a verte.

—¿Mañana? —inquirió anonadado—. Yo me voy a casa ahora mismo.

—Eso ni lo sueñes. —Calpurnia utilizó ese tono que él tanto detestaba. Ese que te hacía pensar en un cordero con piel de lobo—. Marcia cuidará de ti un par de días... Y te aconsejo que seas amable y sigas sus instrucciones.

No pudo evitar un sonoro resoplido.

Marcia debía de pasárselo en grande. Una sonrisa divertida bailaba en su boca. Sonrisa que se ensanchó al mirarle directamente a los ojos.

«Conque esas tenemos, ¿eh?».

—Está bien, madre, te haré caso. La verdad es que aquí estoy muy a gusto.

Y deslizó la vista sobre su anfitriona con absoluto descaro sensual.

Ella contuvo el aliento.

Capítulo 18

La sobremesa trascurrió lenta conversando de todo y nada. Vista desde fuera, a cualquier persona ajena a la escena le resultaría intrigante comprobar que parecían entenderse de modo tácito, como si se sintieran cómodos incluso entre silencios.

Marcela se había vestido con un vaquero y una camiseta y, salvo el color rojo de su nariz que continuaba destacando igual que un candil, su aspecto había mejorado, aunque César siempre recordaría el sugerente atuendo con el que le había recibido.

—¿Reportera del corazón? —se interesó después de apurar su taza de café.

—Es que me encanta meterme donde no me llaman —contestó con una mueca burlona—. ¿Detective?

Aquel sentimiento de comodidad no era ficticio. Al contrario, era real, muy real. Decir que se trataba de una mera atracción sexual que persistía más allá del primer minuto de su encuentro sería reducir a lo insignificante el conjunto de emociones que César acusaba en cada una de sus terminaciones nerviosas. Sentía una impresión cálidamente emotiva, casi de unión espiritual, y se preguntó cómo era posible.

—Pues no sé, desde pequeño me atraía la idea, supongo que al igual que a ti, también me mueve la curiosidad —adujo al tiempo que desenrollaba las mangas de su camisa y volvía a abotonarlas alrededor de las muñecas.

Sin motivo aparente, Marcela fijó la vista en el bonito sello de oro rematado con un pequeño topacio azul que César lucía en el anular derecho. Le gustó esa mano de esencia puramente viril y mucho más al evocar el calor de su tacto. ¿Por qué le resultaba tan *normal* sentirse bien junto a él? Por Dios, era un extraño y, sin embargo, no podía dejar de notar un raro torrente de sentimientos encontrados. Como si entre ellos existiera un nexo invisible.

—Investigar asesinatos es muy distinto a cotillear —objetó convencida.

Él sonrió y a ella le dio un vuelco el estómago.

—En realidad, los asesinatos son asunto de la policía, aunque hay excepciones en las que se nos permite colaborar. Ser detective no es tan fascinante como parece; te dedicas a husmear infidelidades, estafas al seguro, espionaje industrial y, de vez en cuando, buscas a alguien que no desea ser encontrado —aseguró, paseando la mirada por la boca femenina.

—¿Alguna vez te han pillado en flagrante delito?

—Claro, nadie es infalible. Por mucho que pretendas pasar desapercibido siempre corres el riesgo de que alguien se dé cuenta de que le vigilas. Varias veces me he tenido que identificar ante la poli en pleno seguimiento.

Marcela pensó que debía centrar su atención en cualquier otra cosa que no fuera ese hombre irresistible, de otro modo se veía como la flamante dueña de una orden de alejamiento. En un gesto mecánico jugueteó con las puntas de su pelo mientras se decidía por la opción más drástica.

—Háblame de Patricia, ¿por qué crees que acosador y asesino son la misma

persona?

César agradeció el cambio de rumbo; su mente amenazaba con aventurarse en sendas plagadas de peligrosos besos y lo último que deseaba era que esa mujer cautivadora le echara a patadas.

—Las pruebas forenses apuntan a un crimen pasional y personal, lo que suele ser signo de que asesino y víctima se conocían. El muy cabrón se ensañó hasta el punto de dejarle la marca de un mordisco en el pecho —dijo a media voz.

Ella le miró de hito en hito.

—Voy a buscar el vídeo —anunció abrumada.

Aquella reacción tuvo una consecuencia inmediata.

Ambos necesitaban un momento a solas, necesitaban ese minuto apaciguador que permitía cierto control sobre los pensamientos.

Control que César recuperó trasladándose al sofá y Marcela de camino al dormitorio. Reapareció con su maletín de trabajo, acondicionó la cámara para ver la película en la televisión y antes de sentarse a su lado, comentó:

—Esta es la grabación sin editar. Solo utilicé el material necesario para montar el reportaje definitivo de unos cinco minutos, así que hay muchos descartes.

En la primera toma que había hecho a modo de ensayo se veía la panorámica general de un lugar dispuesto para una ceremonia. De fondo, el sonido de un piano se mezclaba con el rumor de la gente.

—Ahí está Patricia —indicó.

La figura de la joven quedó capturada un instante cuando se dirigía a paso ligero hacia las primeras filas de sillas.

—Espera —apuntó César—. Rebobina un poco.

La escena se volvió a repetir.

—Otra vez.

Marcela le observó con un manifiesto interrogante en los ojos.

—¿Qué buscas? —le preguntó.

—Escucha. —Él inclinó el cuerpo hacia adelante y prestó atención.

Ella aguzó el oído y, tras media docena de reiterados pases, al final captó vagamente una voz masculina en segundo plano. Una voz que se expresaba de forma inteligible.

—¿Entiendes lo que dice?

—No —reconoció contrariada—, aunque juraría que proviene de algún lugar detrás de mi posición. Y diga lo que diga, es evidente que lo hace con desprecio.

—Sé que Patricia discutió con alguien. —Señaló la tele—. ¿Fue en ese punto cuando la viste salir del bosque?

—Ajá.

—Hay que llevar la grabación al laboratorio, los técnicos aislarán la voz.

—Por supuesto —accedió de inmediato.

—Gracias, podría tratarse de una pista fundamental.

Marcela aprovechó la coyuntura.

—Me gustaría participar en la investigación.

Él elevó la vista al techo, como quien busca apoyo.

—Eso no es posible.

—Se trata de una noticia importante —insistió.

—Precisamente porque eres periodista no puedo permitirlo —alegó con firmeza.

—Vaya, el buen rollo tiene límites —se quejó.

—¿Cómo sé que si lo publicas no será contraproducente? Pese a todo, hasta ahora hemos mantenido a la prensa a raya y debería seguir así.

—No lo sabes, tendrás que confiar en mí.

—Te mantendré informada.

Ella cabeceó en un gesto discordante.

—Mira, prometo seguir tus instrucciones, no molestar y no tomar decisiones por mi cuenta —aclaró en tono solemne—. Es un caso que se presta a especulaciones, por lo que prefiero tenerlo atado y bien atado antes de hacer nada. Solo lo publicaré cuando esté resuelto y con tu aprobación, así que a partir de ahora vamos a trabajar como una unidad. Donde tú vayas, voy yo.

—Yo trabajo solo, además, ¿qué te hace suponer que tiene solución?

—Esto va a sonar muy raro, pero confío en ti.

A César se le ocurrieron infinitas razones para rechazar la idea. Razones de peso que, misteriosamente, acabó por descartar una tras otra.

—Está bien, pero como no me hagas caso, te largas —su voz surgió desde la vertiente más profesional.

Marcela asintió risueña.

—Y no tiene nada que ver con mis sentimientos —agregó pensativo.

Capítulo 19

Su mano apretaba más y más fuerte.

Se regodeaba en soltarla un instante para que se creyera liberada. Después volvía a oprimirle la garganta mientras contemplaba embriagado la crueldad de su acto.

Con las postreras gotas de semen deslizándose por la comisura de sus labios, asfixiada por la presión de su agarre, le miraba con los ojos desorbitados. En el fondo de sus pupilas brillaban la súplica y el terror.

Como si a él le importara.

—No comprendo de dónde procede tanta fama, las he probado mejores —dijo insensible—. Admito que tu boca es obscena, aunque nunca alcanzarás el lascivo virtuosismo de...

Entonces, apretó, apretó y apretó.

Cayó inerte a sus pies. La observó sin emoción durante un segundo.

—¡Artemio! ¡Cástulo!

Ambos esclavos aparecieron de inmediato.

—Lleváosla —añadió.

—Sí, domine —respondieron unánimemente.

—Toma. —Entregó a Cástulo un puñado de monedas que extrajo de un pequeño cofre—. Id a distraeros con alguna *lupa*^[5].

Los siervos esbozaron una amplia sonrisa. El amo no les enviaba con cualquier prostituta que ejerciera en la calle, sino que les invitaba al lupanar, donde había preciosas britanas de pelo cobrizo, exóticas nubias de piel oscura y rechonchas galas a un precio que oscilaba entre los seis y ocho ases. Todo un festín al que no estaban dispuestos a renunciar.

Ya a solas, el hombre se arrellanó en la cama junto a una copa de vino.

Una preciosa luna enmarcaba la ventana. Suspiró decepcionado al tiempo que la miraba, como si ella fuera la responsable de negarle un gozo imposible. Se cuestionó si algún día esa sensación en parte eufórica y en parte vacía desaparecería. Aquel ejercicio de lúgubre sabor yermo no lograba saciarle. Atrás quedaron los tiempos en que acostarse con una esclava resultaba placentero. Sentir el abrazo de un cálido útero era suficiente para satisfacer su joven sexualidad recién estrenada.

Pero todo cambió la noche de su decimocuarto cumpleaños. Suponiendo que todavía era inocente, su padre le regaló el servicio de una *delicatae*, la meretriz de más alta categoría, refinada y entrenada en el arte de la lujuria.

Aquella putilla le practicó una felación.

Algo olvidado de manera instintiva despertó en él. Un odio visceral nació para no morir jamás.

Apartó el pensamiento alzándose bruscamente de la cama y se dirigió al peristilo.

Desnudo, paseó a través de la vegetación podada de forma artística. Figuras

mitológicas destacaban entre la multitud de plantas y árboles que, al relente de la noche, despedían su aroma frutal.

Lamentó de nuevo la pérdida de su última favorita. Ya no sabría si ella habría logrado colmar su anhelo. Aquella primera y única oportunidad casi vislumbró la perfección, aun tratándose de una novicia. Podría haberla adiestrado hasta convertirla en una sublime experta.

Ahora, a través de una espía infiltrada en casa del duunviro, se había enterado de que este se dedicaba a investigar su muerte.

Poco o nada le preocupaba que ese tipo emprendiera cualquier gestión.

El dinero compraba voluntades y silencios.

Y él era un avezado corruptor.

Capítulo 20

—Ha vuelto a hacerlo —dijo el policía.

El inspector Ojeda suspiró al agacharse para examinar el cadáver cubierto con una sábana.

—¿Qué sabemos de ella?

—Mariya Spivak, veinticinco años, ucraniana... aunque ya sabe que este documento puede ser falso. —Agitó el pasaporte—. Y por su aspecto sospecho que no era turista.

—Prostituta —dedujo Ojeda.

—Tiene todas las papeletas —afirmó el otro.

—¿Qué indicios hay?

—Aquí poca cosa. Como a las demás, todo apunta a que la trasladaron, y la marca del pecho es la misma.

—Malnacido —Ojeda renegó entre dientes.

Pensar que existía un sujeto del que no tenían ni una remota pista le produjo acidez. Su úlcera gástrica se resentía cada vez más con ese caso.

Perra vida.

Levantándose, buscó un antiácido en el bolsillo de su chaqueta. Después encendió un cigarrillo mientras observaba con detenimiento el lugar del hallazgo. Un sitio extraño para dejar un cadáver, máxime cuando aquella solía ser zona turística.

—¿Testigos? —preguntó, a sabiendas de que la respuesta sería negativa.

—No.

Qué clase de nexo había entre dos prostitutas y una niña bien era algo que se le escapaba. Las edades de las víctimas oscilaban entre los veinte y los treinta años. Todas rubias. Dos originarias del este de Europa y una nacional. Semejanza más o menos física, violación, un mordisco en el pecho izquierdo y estrangulación, representaba todo cuanto de común había entre las tres, puesto que la posibilidad de que Patricia Sáenz de Heredia se dedicara a la prostitución quedó descartada casi desde un principio.

Según los entendidos, aplicando la ley del mínimo esfuerzo, se consideraba que un asesino solía atacar a sus víctimas en un área próxima a su domicilio. Quizás habría que darle la vuelta a la teoría y plantearse que, en lugar de atacar en su zona de residencia, el sujeto se dedicaba a hacer justo lo contrario. Era allí donde dejaba el resultado de su crimen, ya que las víctimas habían sido asaltadas en distintos puntos y encontradas después en diversas zonas del Barrio Gótico.

El calor comenzaba a notarse y el inspector lo percibió en las axilas y en la parte baja de la espalda. Tiró la colilla al suelo para después meter las manos en los bolsillos del pantalón con un gesto visiblemente contrariado.

Aquel asunto le estaba tocando la moral, por no mencionar que la presión ejercida por sus superiores le tocaba otras partes que preferiría mantener a salvo.

Juan Luis Ojeda emitió un gruñido airado.

Capítulo 21

Un gran revuelo se armó en la ciudad: ¡Turia había aparecido muerta!

En una pequeña habitación con vistas al peristilo que Marcia había habilitado como espacio donde gustaba pasar sus ratos de ocio, Varo se disponía a desayunar sin enterarse de la noticia. Supuestamente, su convalecencia en la casa iba a ser de un par de días. Trascurridos cuatro no parecía tener intención de moverse. Conforme avanzaban las horas se sentía mejor. El dolor remitía y, si bien debía mantener el brazo inmóvil el mayor tiempo posible, el resto de su cuerpo funcionaba a la perfección.

Feronia le sirvió un vaso de roja cerámica lleno de vino de granada y un plato de higos, tratamiento que Marcia había aconsejado como remedio para rematar la fiebre y contra la posible aparición de humores. La joven lanzaba miraditas audaces a un Varo que apenas le prestaba atención. Su interés discurría en la contemplación de la mujer morena sentada a su vera. Con los codos sobre la mesa, Marcia pelaba escrupulosamente la fruta de su desayuno.

—Dile a tu esclava que deje de mirarme como si quisiera comerme —señaló tan pronto la muchacha se retiró.

Ella le dirigió una parva mirada de intenso color marrón.

Delgado, con el pelo negro corto y perfectamente rasurado, como marcaban las buenas costumbres, tenía una expresión de lo más retozona.

—Feronia no es mi esclava. Yo no tengo esclavos, tengo sirvientes. Los liberé cuando murió mi marido y les pago un salario.

—Eso es un desatino. Nuestra sociedad se sostiene gracias a la esclavitud.

—No pretendo sostener ninguna sociedad, tan solo manejar mi casa a mi manera.

—Qué visión tan singular.

—Gracias —enfaticó como si fuera un cumplido.

Él gruñó en señal de discordia.

—¿Cuándo podré retomar mis tareas? —preguntó, comiéndose el último higo.

—Te puedes ir cuando quieras, siempre que vuelvas a curarte cada día.

—Creo que continuaré abusando un poco más de tu hospitalidad.

—Como desees —accedió encogiéndose los hombros.

Varo, con talante puramente deportivo, se había propuesto irritarla, pero salvo alguna mueca áspera, apenas consiguió nada. Aquel era su desquite por tratarle como a un mero paciente, por aliarse con su madre y por provocarle unas enormes ganas de besarla. A momentos se sorprendía contemplando la boca femenina y en respuesta, su cuerpo reaccionaba como si por dentro rodaran piedras calientes.

—Vamos a curarte —anunció Marcia.

Al dirigirse hacia el despacho vieron a Feronia en el vestíbulo. Cuchicheaba con una mujer cargada con una cesta de verduras en la cabeza.

—¿Qué pasa? —Quiso saber Marcia.

—Han encontrado muerta a una meretriz, estaba tirada como un despojo en un callejón —informó la sirvienta.

—Pobre muchacha —se compadeció.

—Dicen que la estrangularon y que tenía un mordisco en el pecho —agregó Feronia.

Marcia palideció.

—¿Dejaste en mi cama lo que te pedí? —inquirió apabullada.

—Sí, dómina.

—Gracias. —Con un leve toque empujó a Varo hacia el despacho.

—Es posible que se trate del mismo hombre —conjeturó él, sentándose en el sillón que perteneció a Dimas.

—Sí —contestó distraída mientras deshacía el vendaje.

—Tenemos que guardar en secreto el detalle del mordisco —repuso en tono quedo.

—Sí.

—Y no debemos discutir nuestro asunto en público.

—Sí. —La herida quedó al descubierto.

—Tengo que continuar indagando.

—Sí. —La limpió con raíz de azucena cocida en aceite de rosas.

—¿Sabes? Se me ocurre una idea. Ven conmigo, ayúdame a investigar y así de paso te aseguras de que no arriesgo el brazo.

—Sí. —Luego le aplicó una nueva cataplasma de martagón.

—Esta noche te haré el amor.

—Sí.

A Varo le dio un ataque.

Comenzó a reír y durante dos interminables minutos no pudo parar bajo la airada mirada de Marcia que, recobrándose al fin, le amenazó con el índice.

—No le veo la gracia —masculló enojada.

—Yo sí —replicó jovial—. No te has enterado de nada de lo que he dicho, ¿verdad?

De una frase en concreto sí que se había enterado, aunque no iba a ser ella quien la repitiera. Desde que Varo se había instalado en su casa estaba en trance. Extraña, como si su presencia le recordase lo sola que se hallaba sin compañía masculina. Intentó tratarle desde la distancia apropiada para un paciente y, sin embargo, no podía evitar sentirse secretamente atraída. Que Varo resultaba atractivo desde un punto de vista femenino no desafiaba ninguna ley terrenal. No obstante, había multitud de hombres por toda la ciudad con similares características y ella no pensaba en meterlos en su cama. Con él apenas podía pensar en otra cosa que tenerle cerca, tocarle, mirarle, descubrir su temperamento...

Y provocarle una sonrisa.

Poderosa Venus, ¡cómo le gustaba su sonrisa!

Y sus ojos siempre llenos de vida. Y sus manos, esas manos que se moría por sentir en la piel.

Si hasta le había cedido su dormitorio para que estuviera cómodo, trasladándose ella a una habitación diminuta amueblada con una sencilla cama y un arcón.

—Perdona —se disculpó—. La noticia me ha impresionado.

—Lo sé. Hay que volver al trabajo. —Hizo una breve pausa y continuó—: ¿Me contarás ahora lo que averiguaste? ¿O solo se trataba de una treta para que te permitiera acompañarme?

Marcia se obligó a poner orden en sus pensamientos.

—Un esclavo desapareció de la casa de Aemilia la misma noche de su muerte. Se da por hecho que huyó.

Varo frunció el ceño.

—¿Había intentado huir antes?

—Que yo sepa no. —Terminó de vendarle y él se puso de pie.

—Tenemos que averiguar si hay conexión entre ambos hechos.

Recorrió el despacho con aire pensativo mientras ella ocupaba su lugar en el sillón.

—Empezaremos por ir a ver a Milicus —decidió.

—¿Empezaremos?

—Sí, te lo dije antes; investigaremos juntos.

—¿Por qué has cambiado de opinión?

—¿Puedo mentir? —sugirió con descaro.

—Ni te atrevas.

Él sonrió.

—Porque no quiero separarme de ti —declaró en voz baja.

Ella abordó la siguiente pregunta con un tremendo ejercicio de contención:

—¿Quién es Milicus?

—Un liberto amigo mío. Tiene un *thermopolium* en el barrio portuario y está al corriente de cualquier cosa que sucede en Tarraco.

—De acuerdo, iré a vestirme. Tienes la ropa que te trajo tu madre en mi armario.

Se levantó con la intención de ponerse en marcha.

—Marcia —la detuvo.

—¿Qué?

—No soy de los que opinan que las mujeres son tontas. El tonto sería yo si lo pensara.

—Bien.

Capítulo 22

Marcela examinaba la pizarra que César tenía en su despacho.

Con un escueto «ahora vuelvo» la había dejado allí mientras él iba a tratar algún asunto.

Su atención se centró en las fotos de la escena del crimen y de la autopsia. Sin duda eran espeluznantes. ¿Qué clase de motivación conducía a un hombre a realizar un acto así? Mirar cara a cara el rostro de una Patricia plena de vida y luego contemplar su estampa lívida e inerte, se le antojó un sinsentido, como si ambas no fueran la misma persona.

Movió la cabeza en un intento por captar las imágenes desde otro ángulo, igual que haría con una cámara.

Al instante frunció el ceño.

«Qué lugar más singular», pensó al mismo tiempo que sacaba el portátil de su maletín y se sentaba en el sofá de dos plazas dispuesta a informarse sobre aquella necrópolis. Situada en la plaza Vila de Madrid, correspondía a una vía secundaria de entrada a la antigua Barcino romana. A ambos lados, tumbas, estelas y aras, destacando los *cupae*, sepulcros de forma semicircular y de construcción sencilla.

Una información interesante desde un prisma histórico que no le reportó idea o pista alguna.

—Perdona la espera —se disculpó César.

—Tu sofá es incomodísimo —alegó levantándose—. ¿Es para que tus clientes no se apoltronen?

Él esbozó una sonrisa socarrona.

Del bolsillo delantero del pantalón Marcela extrajo un paquete de pañuelos de papel y se sonó la nariz. Aunque había mejorado mucho, aún le quedaban algunos restos de resfriado.

—¿Por qué crees que la dejó ahí? —Apuntó con el índice la foto en cuestión.

—Supongo que porque es un cementerio y el tipo se considera original —contestó al azar—. ¿Estás lista para ir a comisaría?

—Por supuesto.

En el Área de Investigación Criminal, el inspector Ojeda les recibió en su mesa abarrotada de carpetas y documentos. Casi oculto tras semejante montonera, como si pretendiera pasar desapercibido al mundo, aquel hombre tenía una estampa agobiada. En su rostro huraño, la marca de una profunda inquietud dibujaba ojeras bajo los ojos marrones y, en el rictus de su boca, la línea apretada que acusaba una evidente desazón le confería un aspecto más allá del cansancio. Últimamente debía de haber perdido peso ya que el traje azul marino parecía quedarle un tanto holgado.

Tras las presentaciones, César le puso al corriente sobre el papel de Marcela y le entregó la copia de la grabación en la que creía haber encontrado otro discurso en latín.

—Vayamos a una sala, tenemos que hablar —le dijo a César—. Si nos disculpa un momento...

—Te agradecería que ella estuviera presente.

En el rostro de Marcela se dibujó una sonrisa angelical.

Ojeda observó detenidamente a la mujer y luego al hombre. Conocía a Valente lo justo como para confiar en su criterio, discreción y profesionalidad. Su aprobación se tradujo en un elocuente ademán mientras cogía una carpeta de la mesa.

A través de un entramado de pasillos los condujo hasta una habitación que Marcela imaginó sería algo así como una sala de interrogatorios. Desde luego, distaba mucho de las que solían verse en las series tan de boga en la televisión. Una mesa, tres esmirriadas sillas y una cámara colgada en una esquina componían todo el mobiliario apiñado dentro de cuatro paredes desportilladas de color gris. El ambiente resultaba irrespirable.

—Este es el informe sobre el contestador de Chelo Álvarez. —Mientras tomaban asiento, el inspector extrajo algunos documentos de la carpeta—: Según esto no cabe duda, la voz recita en latín y dice así: *Hoc volo, sic iubeo, sit pro ratione voluntas*; no sé si lo he pronunciado bien. En cualquier caso, significa «lo quiero, así lo mando, baste mi voluntad como razón», y su autor es Décimo Junio Juvenal, un poeta romano. —Torció los labios en una mueca que evidenció su disgusto—. Todavía no hace ni media hora que he vuelto del escenario de un asesinato. He hablado con mi jefe y estaba a punto de llamarte cuando habéis aparecido. Las pruebas de este nuevo crimen coinciden con el caso de Patricia Sáenz de Heredia y de una prostituta rumana muerta hace un par de semanas.

César se quedó pasmado.

—¿Insinúas que nos enfrentamos a un asesino en serie?

Juan Luis Ojeda resopló sombrío.

El asiento de Marcela crujió. Aquello formaba parte de una realidad tan verídica como los personajes de moda a los que estaba acostumbrada. El bien y el mal, la frivolidad y el crimen tenían cabida en un mismo mundo y, sin embargo, había realidades que superaban el entendimiento.

—Hemos decidido compartir esta información con tu agencia para intentar aunar esfuerzos —expuso Ojeda—. Tenemos tres mujeres muertas; dos prostitutas y una joven entre las que no existe vínculo alguno. No obstante, las autopsias muestran que la manera de operar es idéntica, aunque ahora mismo soy incapaz de encajar las piezas. —El policía suspiró rascándose la coronilla—. Mira, no me preguntes por qué, pero tú entenderás la razón si te digo que mi instinto me susurra que los casos están relacionados.

—¿Qué quieres que haga? —se ofreció César, consciente de la seriedad del asunto.

—Te enviaré todos los expedientes de que dispongo y contrastaremos datos. Es fundamental que trabajemos juntos.

—Claro, cuenta con ello.

—¿Barajas alguna hipótesis?

—De momento solo una intuición. Creo que el asesino de Patricia es alguien cercano a ella.

César le contó su conversación con Chelo.

—Meteré prisa a los técnicos e investigaré a fondo las listas que me enviaste —aseguró Ojeda.

—A los tres amantes me gustaría interrogarlos a mí.

—De acuerdo; mantenme informado.

De camino a la salida, un chorro de voz imperiosa los dejó clavados al suelo.

—¡Eh, vosotros!

Una mujer de presencia excéntrica, cabello negro e intensos ojos verdes se interponía entre ellos y la puerta.

—Coño, Sagana —el gruñido de Ojeda chirrió igual que una bisagra mal engrasada—, que me espantas a las visitas.

La aludida le despidió con un gesto grosero. Las numerosas pulseras que portaba en ambas muñecas tintinearón como un conjunto de armoniosas campanillas al tiempo que caminaba hacia la pareja envuelta en un halo místico.

—Lo siento —se excusó en tono suave—, habéis despertado mi curiosidad. —Tendió la mano presentándose—. Soy Sagana y me dedico a la videncia.

—De vez en cuando colabora con nosotros —apuntó el inspector—. A veces hasta acierta.

La torva mirada femenina fue una clara demostración de desdén.

—Vosotros dos sois muy antiguos —declaró con énfasis.

César miró a Marcela.

Marcela miró a César y luego se miró a sí misma. Inspeccionó el pantalón negro, el jersey aguamarina de cuello barco y las cómodas sandalias planas. Una vena le latió en la sien.

—Pero si esta ropa me la compré la semana pasada. —Se atragantó con su propia indignación.

La vidente soltó una carcajada.

—No, no me refiero a eso —negó divertida—. Digo que pertenecéis a un tiempo mucho más remoto y percibo que entre vosotros hay un asunto pendiente —explicó con una seguridad admirable—. Escuchad a vuestro instinto, permitid que fluyan las emociones y todo irá bien.

—Disculpe, pero no creo... —terció César.

—Vuestras almas están vinculadas —le interrumpió Sagana— del mismo modo que ese nexo os relaciona con la maldad. Debéis completar el círculo.

Marcela le cogió de la mano y tiró de él.

—Vámonos.

Ya en el umbral la oyeron decir:

—Y hacedme un favor; id a Tarragona con la mente abierta.

Capítulo 23

En el dormitorio, Varo abrió el armario. Encontró una túnica blanca y un *subligar* doblados con pulcritud junto a su muñequera y el puñal que siempre portaba escondido en esta. En otro estante, ropa femenina. Acarició la tela y una sutil sonrisa se dibujó en su boca. Al lado de esa mujer había olvidado con mucha facilidad que tenía obligaciones.

Suspiró mientras se cambiaba de ropa y salía en su busca.

Como siempre, Marcia vestía una túnica, esta vez de color rosado y llevaba el pelo recogido con peinetas.

—¿Nos vamos?

—Sí, te sigo.

En aquella hora prima, las calles, lavadas todas las noches, mostraban su acostumbrado ajetreo. Calles en las que cualquier extranjero podría perderse, puesto que ni tenían nombre ni en sus edificaciones constaba ninguna distinción, y la única manera de hallar un lugar concreto era tomar como punto de referencia algún monumento, templo o fuente.

—¿Te duele el brazo? —preguntó Marcia apenas recorridos unos pies.

—No, tranquila, puedo aguantarlo. Tu medicina es prodigiosa —apuntó complacido—. Y tus cuidados, claro.

A Marcia le dio un vuelco el corazón y siguió adelante en un estado ligeramente abstraído. Unas cuantas manzanas más allá, Varo la sacó de su ensoñación:

—Mira, este es el edificio incendiado.

Ella contempló la estructura medio carbonizada. La parte alta parecía un triste esqueleto descarnado, no así las dos primeras plantas y los bajos, donde las tabernas continuaban en funcionamiento. El aspecto general era desolador, pero, afortunadamente, no hubo que lamentar víctimas y un equipo de trabajadores ya había iniciado la reconstrucción. Sortearon la grúa a cuyos pies, el ingeniero y el propietario del inmueble discutían los pormenores del proyecto. Sentada en la acera, una mujer contemplaba arrobada los tambaleantes pasos de su hijo.

—Ave, Severina —saludó Varo.

El niño alzó las manitas en su dirección.

—Hola, pequeñín, ¿me has reconocido? —dijo, tomándole en brazos.

El bebé emitió un gorgorito saturado de babas.

—Empezó a caminar ayer —explicó la madre con una sonrisa—. ¿Cómo te encuentras?

—Muy bien, ¿y tú?, ¿dónde te alojas?

—Aquí. —Señaló el edificio a su espalda—. El mismo casero me ha alquilado otro apartamento. —La mujer le miró con afecto y añadió—: No se me ocurre cómo agradecerte...

—No lo hagas —rechazó con prontitud—. Para mí es suficiente comprobar que

estáis bien, ¿a qué sí? —se dirigió al pequeño en tono festivo.

En respuesta, el crío le metió los dedos en la boca, dedicándose a intentar atraparle la lengua.

Ambas mujeres se echaron a reír.

—Marcia —balbució Varo—, esta es Severina, la mujer de la que te hablé.

Severina la tomó de la mano en un espontáneo gesto.

—Marcia, no sabes lo agradecida que le estoy a tu marido —declaró con voz afectuosa.

—No soy su...

—Tenemos que irnos —cortó él—. Severina, celebro que estéis bien —reiteró, entregándole al niño—. Espero volver a verte.

A una distancia segura de no ser oída, Marcia no pudo evitar preguntar:

—¿Por qué no has aclarado que no somos matrimonio?

—Porque a nadie le interesa nuestra relación.

La ceja femenina se alzó con sorpresa.

—¿Tenemos una relación?

—Varias, en realidad —puntualizó con sorna—. Una, como investigadores, otra, como sufrido paciente y cuidadora, y una más íntima que muy pronto empezaremos.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—¡Y yo sin enterarme!

—Sí te enteraste cuando dije que voy a hacerte el amor —imprimió a su voz un timbre conspirador.

Marcia carraspeó.

—Esta noche —agregó con soltura.

—Será si yo quiero, ¿no?

De improviso, la cogió del codo y la arrastró a una estrecha calleja entre dos casas.

La arrinconó contra la pared.

—¿Quieres?

A lo largo de esos días, la memoria de Marcia había representado numerosas escenas en las que ambos eran protagonistas. Situarlas en un contexto real se le antojó una opción natural.

—Sí, pero...

—No, sin peros.

La besó.

Aislados en un universo nuevo, los labios se entregaron igual que ánimas sedientas. Con los párpados cerrados perdieron la noción del tiempo y del espacio, olvidando dónde se hallaban, sin poder hacer nada más que sentir la escalada de emociones que les arrasó.

A Varo, estar pegado a ella le provocó una sensación febril. Percibió el roce de

sus manos recorriéndole la espalda y todo él se incendió. En un acto pasional introdujo la lengua, incitándola a responderle.

Ella lo hizo. Paladeó la boca masculina como si se tratara de un exquisito manjar. Las rodillas le flaquearon de ansiedad mientras notaba el tacto de su palma en la cintura y la quemazón general que desprendía su cuerpo.

El beso, fuera de control, se tornó codicioso.

Fuego contra fuego se abrasaron juntos.

Varo se apartó un centímetro y, en un gesto turbado, unió sus frentes. Tomó aire para después expulsarlo con forzada lentitud.

—Esta noche —musitó como un eco de sí mismo.

Marcia recobró con un esfuerzo sobrehumano el aliento fugado hacía mucho.

—Antes de que me besaras iba a decir que si estabas seguro de encontrarte bien. —Su timbre delató un rastro a medio camino entre el gemido y la preocupación.

—Deja de preguntarme si me encuentro bien, estoy fenomenal, ¡solo es un brazo! —garantizó con firmeza—. Te deseo, Marcia. Desde el instante que te vi.

—Y yo a ti. Cada vez que te tengo cerca siento que mis pechos se endurecen —contestó sin pudor.

—¿Cerca como ahora? —Quiso saber acariciándole la curva de los senos a modo de constatación.

—No, no tan cerca. Basta con que te halles a unos cuantos pies. Si te acercas un poco más, juro que organizaré un espectáculo de tal magnitud que nos desterrarán a los dos por indecentes.

A Varo se le escapó la risa.

—Será mejor que recobremos la compostura y continuemos con nuestra tarea.

—Sí, será mejor.

Al llegar al puerto varios barcos recién atracados descargaban mercancía destinada a los almacenes. El aire, impregnado de salitre, llegaba en frescos soplos procedentes de un mar en calma, donde los rayos solares acariciaban la superficie como un amante acaricia la húmeda piel de su amada.

El *thermopolium*, establecimiento donde se servía bebida y comida caliente, con su barra de mármol y sus recipientes de barro incrustados en ella concebidos para mantener los guisos a temperatura óptima, despedía un delicioso aroma.

—Hombre, ¡mira quién está aquí! —exclamó una voz estridente.

Marcia observó al tipo que salió de detrás del mostrador. Escaso de pelo y rebosante de carne y músculos, resultaba patente que le satisfacía la buena comida, a juzgar por su prominente barriga. Difícilmente debía de verse los pies, ni siquiera cuando se tumbaba. Lo curioso era que parecía moverse con soltura y su presencia chulesca engendraba un cierto respeto.

Respeto que para Marcia se esfumó en cuanto el olor viril le impregnó el olfato, arruinando su primera impresión. El fulano apestaba a una mezcla de pescado y sudor rancio. Arrugó la nariz y, con disimulo, se desplazó un par de pasos hacia atrás.

Ambos hombres se estrecharon las muñecas.

—Ave, Milicus —dijo Varo.

—Me alegra verte —replicó el otro—. Hace más de un mes que no te acercabas por aquí.

—Ando ocupado.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó, señalando el brazo vendado.

—Un accidente —fue la sucinta explicación—. Tenemos que hablar.

—¿Y ella?

—Mi compañera —tampoco ofreció más aclaración.

El tabernero no insistió.

—¿Queréis comer algo?

—Yo no —rechazó Marcia.

—Yo tomaré vino —aceptó Varo.

—¡Rufo! —el dueño alzó la voz—. Trae un par de vasos de vino bueno —después se dirigió a Varo—. Cuéntame.

—¿Qué sabes de Turia?

Milicus miró de reojo a Marcia y movió la cabeza de forma expresiva.

—Puedes hablar con franqueza —le animó Varo.

—Sí, ya, pero es una mujer —alegó, como si eso lo explicase todo.

Varo deslizó la vista a lo largo de la silueta femenina.

—Lo es —concordó con un cabeceo afirmativo.

Marcia percibió la ternura de sus ojos mezclada con la pasión que todavía latía allí.

—Pero insisto, habla tranquilo —continuó—, ella no se ofenderá.

—Como quieras —cedió Milicus—. Turia, según cuentan, era una de las mejores *felatoras* de la ciudad. Entre sus clientes había desde plebeyos a patricios. Todo lo que se sabe por el momento es que anoche salió a cumplir un servicio y no regresó.

—¿Solía dedicarse a los servicios a domicilio?

—Sí, y era habitual que no revelase la identidad del cliente.

—Así que pudo matarla cualquiera —intervino Marcia.

—Sí —admitió el hombre, dirigiéndose a ella por primera vez.

—Me cuesta creer que no le dijera a nadie adónde iba o con quién estaba —señaló Varo—. ¿Ni siquiera a una compañera o al encargado del lupanar?

—Turia era muy discreta, su reputación dependía de ello. Si el cliente exigía reserva, un intermediario cerraba el trato, ella misma cobraba y luego entregaba el dinero al encargado.

—Precisamente, alguien tuvo que realizar ese contacto —hizo notar Varo.

Milicus meditó un instante.

—¿Conoces a Paullianos?

—No. He oído hablar de su lupanar, pero no lo frecuento.

Esa vez fue Marcia quien le miró.

—Me gusta más el de Graco —replicó él con desparpajo.

Que la libertad sexual era normal no escandalizaba a nadie, sin embargo, Marcia experimentó un súbito ataque de celos que no logró explicarse.

—Claro, las meretrices ofrecen aquello que otras mujeres no debemos —se le escapó.

—Eso es una estupidez —Varo puso de manifiesto su desacuerdo—. El placer forma parte de la realización personal, reconócelo.

—Yo no reconozco nada —rebatí en tono ácido.

—Estás siendo irracional.

—Por supuesto. Ahora mismo me voy en busca de un prostituto para que me practique un *cunnilingus* —desafió rabiosa.

—Si ese es tu capricho, adelante —sentenció Varo—. Pero no olvides que hemos quedado esta noche.

Aquella frase, dicha en un tono insinuante, sugirió un mundo de promesas.

Y Marcia lo dedujo así. Abrió la boca con la intención de argumentar ya no recordaba qué... y volvió a cerrarla.

De golpe.

Capítulo 24

—¿En serio? —exclamó con sarcasmo.

—¿Qué? —inquirió César.

—No sabía que esta gente tuviera mayordomo —susurró Marcela mientras seguían a aquel hombre de aspecto pulcro y refinados modales que los conducía a su cita con el flamante miembro de la familia.

Que el patriarca de los Sáenz de Heredia era un hombre de gustos peculiares ya tuvo la ocasión de comprobarlo el día de la boda, aunque nunca se le habría ocurrido pensar que llegaría hasta el punto de ser recibida por la versión actualizada de un personaje de época victoriana.

—El señor Balderrama espera en la biblioteca —había dicho el sujeto en tono solemne.

Borja Balderrama o BB, como se le conocía popularmente, representaba el prototipo de galán triunfador que hacía las delicias de sus admiradoras. Actor de profesión y seductor por afición encendía pasiones con aquel aspecto de niño malo y dulce a la vez que él sabía explotar a la perfección.

—Marcela Cobo, es un placer volver a verte —ronroneó.

La besó en la mejilla, demasiado cerca de la boca para el gusto de César.

—Lo mismo digo —contestó esta, y después añadió—: Te presento a César Valente.

—Ah, sí, tú eres el detective que ha contratado mi suegro. —Extendió la mano con gesto formal.

—En efecto —confirmó César respondiendo al saludo.

—Sentaos, por favor. —Borja señaló un cuarteto de aparatosas butacas estilo rococó—. Gracias, Octavio.

Ninguno de los dos se había percatado de que el mayordomo todavía permanecía apostado ante la puerta en una tiesa postura de apariencia casi marcial. El hombre inclinó la cabeza y se marchó.

—¿Qué tal estás? —Quiso saber ella en cuanto se acomodó.

—Deseando acabar el rodaje y volver a Madrid. En esta casa no hay nada más que tristeza desde que...

—Lamento lo de tu cuñada —terció Marcela.

—Sí, yo también. —Sus párpados cubrieron por un instante aquella mirada avellana que causaba estragos dentro y fuera de la pantalla—. ¿En qué puedo ayudaros?

—Me gustaría que me hablase de su relación íntima con Patricia. —César entró en materia sin ningún tipo de rodeo.

El actor palideció. De repente parecía un tanto descolocado.

—¿Cómo os habéis enterado de eso?

Ella estuvo a punto de sonreír al comprobar que le había faltado muy poco para

perder la compostura. El tipo le caía fatal, a pesar de verse obligada a fingir lo contrario. Su profesión requería habilidad y mano izquierda si pretendía conseguir resultados, lo cual no significaba que ese hecho determinara su simpatía por ciertos individuos.

—Lo siento, no puedo revelar mis fuentes —declaró César—. Entonces, la relación existió.

—Espero que guardes silencio sobre esto —se dirigió a Marcela en tono hosco.

—Descuida, he venido en calidad de espectadora —improvisó con desparpajo.

Balderrama maldijo por lo bajo.

—Por mi parte no había voluntad de mantener una relación estable más allá de mi matrimonio con Rebeca —confesó disgustado—. Amo a mi esposa y Patricia lo sabía.

—El temor a que una amante se vaya de la lengua es una poderosa razón para matar —adujo César.

—Nuestra aventura empezó y acabó de mutuo acuerdo. Fue algo temporal; un pasatiempo, nada más. —Realizó un paréntesis y agregó muy serio—: Admito que soy un mujeriego y que me dejo persuadir fácilmente, pero no tengo estómago para hacerle a nadie lo que ese animal le hizo a Patricia.

—¿Conocía sus devaneos con otros hombres?

—No hay que ser un lince para suponer que yo no era el único.

—¿Le importaba?

—En absoluto; como digo, solo se trataba de un juego.

César consideró varios factores. En líneas generales, Borja mostraba los rasgos clásicos de alguien que no tiene nada que esconder. Se refería a Patricia por su nombre respondiendo a las preguntas de forma directa. No evitaba el contacto visual y, en su lenguaje corporal, advirtió el rechazo que le producía semejante crimen. Era actor, desde luego, pero no tan hábil como para encubrir sus emociones ocultas, delatadas a través de una serie de mecanismos que podía leer sin problema.

—En ese caso, hemos terminado. —Se levantó, tendiéndole la mano—. Gracias por atendernos.

Estaban cerca del coche cuando Marcela preguntó:

—Crees que es inocente, ¿verdad?

—¿Te enrollaste con él? —dijo de repente en un extraño tono, como si las palabras hubieran escapado de su boca sin permiso.

—¿A qué viene eso?

—No sé, es un tío muy guapo.

Ella sintió curiosidad y consideró la posibilidad de echar leña al fuego.

—Es más que eso —hizo constar con ojos soñadores y un largo suspiro—. Está más bueno que una rebanada de pan con aceite.

—Sobre gustos no hay nada escrito —rebatía en tono abiertamente irónico.

—Se rumorea que es un amante de ensueño.

Y se quedó contemplando como fruncía el entrecejo.

Él la miró con un silencioso interrogante pintado en el rostro. Le llevó un rato descifrar el mensaje.

—¿Se rumorea? ¿No lo sabes?

Marcela se mordió el labio. La risa amenazaba con arruinar la pantomima.

—No, no lo sé —confesó al fin—. La verdad es que me cae muy mal. Detesto a los tipos que van por la vida de quitabragas.

—¿Quitabragas?

—Sí, ya me entiendes, esa clase de sujetos que porque se creen estupendísimos esperan que babees en cuanto te mortifican con su divina presencia.

César frenó en seco con los ojos muy abiertos.

Al momento estallaba en carcajadas.

Capítulo 25

La noche, clara y cuajada de estrellas, caía apaciblemente y ellos seguían allí, estirados sobre el triclinio colocado en el peristilo.

Las llamas de los altos candelabros, de cuyos brazos curvos pendían las lamparillas de aceite, brillaban con un suave resplandor creando un reservado juego de sombras.

Salvo un par de horas que dedicaron a las termas, donde Marcia aprovechó para hacerse una depilación integral a manos de un experto *alipilarius*^[6], habían pasado el día juntos. Comieron en el local de Milicus y después del baño fueron a visitar a Calpurnia con el propósito de que Varo recogiera ropa y algunos útiles personales. Marcia le regaló a la mujer un frasco de perfume. La matrona, extasiada, aceptó la fragancia con sincero regocijo. Varo alabó la sagacidad de Marcia con un beso robado a espaldas de Calpurnia. Con ese obsequio había logrado desviar la atención de su madre y evitar cualquier tipo de interrogatorio.

Esa jornada, por muy extraño que pareciera, les brindó la oportunidad de conversar sobre ellos mismos.

Marcia ya conocía la verdadera naturaleza de la profesión de Varo. Las circunstancias sobre el fallecimiento de su padre. Que su hermana pequeña —a la que adoraba— estaba casada con un fabricante de tiendas de campaña y esperaba su primer hijo.

Por su parte, él supo que el padre de Marcia era un tipo estricto y terco, aunque en realidad, adoraba a sus hijas. Que era la pequeña de tres hermanas. Que la mayor vivía en Baelo Claudia, donde su esposo se dedicaba a la industria de la salazón, y que la mediana estaba casada con un reputado artesano del vidrio. Y que su madre murió al parirla.

—Cuéntame más cosas de ti —propuso ahora.

—Pregunta —le alentó ella.

—¿Tu matrimonio fue feliz?

—Lo fue.

—¿Le amabas?

—¿Acaso el amor es una condición del matrimonio? —cuestionó con naturalidad.

—No; pero eso no responde a mi pregunta —hizo constar apoyando los codos encima del triclinio.

—Le respetaba y admiraba. Si eso significa que le quería, la respuesta es sí.

Se tumbó de espaldas, situándose a pocos centímetros de la faz masculina y, con un ademán suave le acarició el labio inferior. Fue en ese momento cuando descubrió que aquella boca tenía visos de convertirse en una obsesión.

—Dime, mujer, ¿cómo has logrado seducirme de este modo?

Sus ojos, oscuros como un cielo nocturno, unidos a su tono suave e íntimo,

provocaron en Marcia un torrente de emociones que ni pudo ni quiso eludir.

—Yo podría preguntarte lo mismo —admitió con un jadeo emergente—. Desde que te vi aquí parado he sido incapaz de dominar tanto mi furia como mi anhelo. Y ambos fueron dirigidos a ti.

—¿Tu furia? —preguntó intrigado.

—Llegaste a mí cuando me hallaba en una situación delicada —confesó en voz baja—. Por un instante sentí que la vida me enviaba una señal. Por eso fui a buscarte, pero me despediste.

—Aquella noche había soñado contigo.

Esa vez le tocó a ella saciar la curiosidad:

—¿Qué soñaste?

—Esto.

Varo inclinó la cabeza y la besó.

Comenzó como una caricia suave, como un sutil tanteo en un moroso paseo por la curvatura de la boca.

Fundidos por la naturaleza de los deseos se dejaron guiar en un tránsito a los sentidos, donde manos y labios, aliados de miradas pasionales, se confundieron en una rapsodia de suspiros desordenados.

De pronto, todo se tornó urgente.

Al unísono se arrancaron la ropa en busca de la piel ajena.

Varo se trasladó de un triclinio a otro y aterrizó junto a ella, en una sublime estrechez que no hizo sino incrementar el frenesí.

Desnudos frente a la noche acudieron a la primitiva llamada de la lascivia.

—Mira, tus pechos tienen el tamaño perfecto para mi mano —dijo en un murmullo.

Lamió ora uno ora otro con la punta de la lengua, provocando la inflamación de los inquietos pezones mientras escuchaba el latido frenético del corazón femenino como si de un reflejo del suyo se tratara. Vagó por aquel cuerpo, extraviándose en la ondulación de la cintura. Sus manos se trocaron en un puñado de brasas al palpar la humedad que le esperaba. Entre los pliegues libres de restricciones, se entregó como un mendigo hambriento.

Borracho de excitación, la miró.

La miró y algo en su mente estalló.

El labio superior tiritaba en aquel semblante casi irreal de párpados entornados por el placer.

Elevó una plegaria: «que la muerte no me llegue aún».

Marcia vibró en esa noche perfecta.

Sentía el incipiente aroma del deseo agolpado en el olfato. El viaje de sus manos dibujando cada contorno de aquel escultural apolo amante del goce. Advirtió la contracción de la musculatura, la tensión creciente a intervalos cada vez más irregulares. El curso de la sangre que prendió en llamas la lumbre de su vientre.

Y suplicó ahogada:

—Por favor...

Su espíritu partió en busca de las estrellas al mismo tiempo que su cuerpo se debatía en temblores cuando Varo le alzó las piernas y, colocado entre sus muslos, la penetró hasta lo más hondo de su ser.

Arrollador y rígido.

Exigente y subyugado.

Empujó lento, tan lento, que Marcia creyó morir.

—Ven. —Le oyó decir con los ojos llenos de lujuria—. Ven conmigo. Acompáñame en esta travesía hacia la locura.

—Te sigo —gimió voluptuosa.

Con la luna como testigo y la fragancia de las flores como un recuerdo que jamás cae en el olvido, solo fueron aquello para lo que habían nacido.

Un hombre.

Una mujer.

Capítulo 2

—No tengas miedo, no voy a hacerte daño.

—No tengo miedo —contestó confiado—. ¿Quién eres?

—Me llamo Cethega y soy una *somnia*.

César no podía apartar los ojos de la hermosa figura femenina ataviada con una liviana túnica negra entretejida con hilos de plata. Rodeada por una melena de color rojo igual que un manto ígneo en el que aterraba abrasarse, emanaba una luz irreal desde sus pupilas cristalinas, tan negras como los asombrosos apéndices que surgían de su espalda: un par de prodigiosas alas que le fascinaron por su envergadura y su impresionante belleza.

—¿Una qué? —preguntó enronquecido.

—Soy una del millar de hijos de Hypnos y Pasítea, y he venido a decirte algo.

—¿Estoy soñando?

—Por supuesto. —Sonrió con franqueza—. Pero, créeme, cuando despiertes recordarás lo importante.

—¿Lo importante? —repitió como un eco.

—Que ella es tu Destino —declaró en tono enigmático.

De pronto, contempló un escenario sorprendente. Le resultó acogedoramente familiar al mismo tiempo que confuso. Desde los aromas que percibía con nitidez, los colores, texturas y sonidos, hasta los rollos de papel, los recipientes de cristal y las singulares herramientas que no logró identificar con precisión, todo se le antojó de un realismo apabullante.

Miles de alfileres asaetearon su piel al descubrir a la mujer sumida en alguna clase de tarea cotidiana. Su pelo negro, recogido en un delicado peinado, ponía de manifiesto la tersura de su blanco cuello y la redondez de los hombros bajo las cintas de un largo vestido. No podía verle la cara, aunque, si prestaba atención, oía su tarareo, entonado de forma baja, como si de un rezo se tratara.

La mujer giró el cuello y a él se le cortó el aliento.

—¿Marcela? —murmuró sobrecogido.

El nombre se le pegó al paladar como el sabor de un vino añejo.

—No la abandones —susurró Cethega, desvaneciéndose en la nada.

Despertó envuelto en temblores. Se levantó de la cama y fue a la nevera a coger la botella de zumo de naranja. Con ella en la mano contempló la ciudad a través de la ventana del comedor. Las luces de las farolas sombreaban las calles mientras, trago a trago, apuraba la bebida.

Tenía la garganta tan seca como aturdido el cerebro.

Normalmente, se consideraba un hombre seguro de sí.

Normalmente.

Ahora, con el paso de los días, sentía la tensión acumulada en los huesos, en cada tendón y arteria, resistiéndose a exigirle una explicación racional a sus sentimientos.

Era indiscutible que su órgano mental había decidido consagrarse a la anarquía, cediéndole el control a las emociones.

Y encima su subconsciente se dedicaba a soñar con extraños seres alados.

¿Recordar lo importante? ¿Qué era lo importante?

¿Lo que latía en alguna parte recóndita de su ser?

¿Lo que empezaba a asumir, aun sin tener sentido alguno?

Capítulo 27

El día siguiente despertó indeciso.

Dentro de la sala de reuniones, César y Marcela apenas advertían que durante un instante lucía el sol y al siguiente un nubarrón pasajero lo cubría en un caprichoso entretenimiento.

Habían trasladado la pizarra allí por una cuestión de comodidad y espacio. Ahora el esquema había cambiado de forma notable, dividido en partes para cada una de las tres víctimas. En común: unos rasgos físicos parejos, una edad similar, unas lesiones prácticamente calcadas y un final idéntico.

César, con un marcador fluorescente entre los dientes, examinaba todos y cada uno de los documentos esparcidos encima de la mesa. Ante semejante despliegue de papeles y carpetas, Marcela, que había hecho un alto en el camino de su labor habitual para dedicarse en exclusiva a ese tema, había optado por agenciarse un rinconcito y defenderlo con uñas y dientes. De reojo, seguía los movimientos masculinos cuestionándose por qué estaba tan meditabundo. Parecía inquieto y esa inquietud la podía percibir en su propio ánimo, hecho que unido a su razonamiento caótico resultaba perturbador.

—¿Te has fijado en el detalle del agua de rosas? —inquirió con la esperanza de que su voz sonase natural.

—¿Cómo dices? —César tardó unos segundos en levantar la vista para mirarla con ojos vidriosos.

—Todas olían a agua de rosas.

Él sacudió la cabeza como si buscase un soporte de concentración.

—Lavó los cadáveres antes de deshacerse de ellos —ratificó en voz baja.

—Sí, y todos olían a agua de rosas —insistió, recalcando cada sílaba—. No se trata de perfume o jabón.

César rebuscó en aquella especie de sistematizado desorden.

—Aquí está; ajá, efectivamente, es agua de rosas. —Caviló un instante antes de concluir—. Pero no especifica los componentes.

¿Cómo había pasado por alto ese detalle?

«¡Espabila!», se regañó antes de coger el móvil para llamar a Ojeda.

—¿Podrías encargarte un análisis sobre el agua de rosas que encontró el forense? Me gustaría saber la composición exacta e identificar el origen. —Aguardó la respuesta y luego contestó—: Gracias, házmelo llegar cuando esté.

Al colgar le dirigió una sonrisa plagada de reconocimiento.

—Buen punto.

—No se me da mal investigar —repuso complacida.

—Ya lo veo —admitió—. Lo que no veo es el nexo entre las víctimas, salvo el propio asesino.

Se plantó ante la pizarra con los brazos cruzados sobre el pecho.

—De momento tengo claro que este tipo siente debilidad por las rubias. Que tiene entre treinta y cinco y cincuenta y cinco años. Que es un depredador inteligente, organizado, sádico... Violarlas no es el objetivo, sino la consecuencia de sus prácticas. Le excita el control, la humillación y le gusta estampar su firma. Para él, matarlas es tan solo el desenlace. —Suspiró, frotándose los ojos—. Este tío es perro viejo.

—Es un hijo de puta, querrás decir. —Se le cayó de la boca con rabia contenida.

—Sí, con todas las letras.

La respuesta quedó amortiguada bajo el estallido de un sonoro trueno.

Capítulo 28

La despertó el canto lejano de las golondrinas.

El brazo de Varo le rodeaba la cintura mientras su cálido aliento le reportaba calma.

Minuto a minuto revivió el transcurrir de la noche.

Los besos morosos de carácter impúdico. Los detalles de la arrebatadora anatomía. El tacto húmedo y caliente. El fallo de la respiración.

El sabor sexual.

Relajada, se acurrucó contra él y volvió a cerrar los ojos.

Una hora más tarde, en el despacho, contemplaba el retrato de Dimas con cariño y un cierto sentimiento azorado. Estaba convencida de que su marido había alcanzado los Campos Elíseos en su viaje a través del Inframundo. Era impensable que un alma bondadosa como la suya no hubiera superado el Juicio.

—Necesito tu bendición —musitó—. Nunca pensé que después de ti, otro hombre me conquistaría. Y no hablo de sexo, lo sabes, ¿verdad? Es mucho más que una sencilla cuestión de alivio físico o un capricho erótico. Varo me conmueve.

Sin apenas percatarse, deambuló por la estancia con los pies desnudos, concentrada en su yo interno al mismo tiempo que intentaba encontrar las palabras precisas para dar voz a sus emociones.

—Le anhele. Hay algo en él que no logro definir y, no obstante, le siento aquí dentro. —Se tocó el pecho con firmeza—. Me estimula de mil formas y tan solo puedo seguirle como un animal sigue su instinto. Aprendí a quererte día a día, ahora dime, esposo mío, ¿por qué este sentir es distinto?

Detuvo su paseo para clavar la vista en la pintura. Acudía a su marido cada vez que un asunto la inquietaba y, por alguna extraña razón, siempre hallaba consuelo. Supo que era del todo imposible, pero ese día, Dimas pareció encoger los hombros en respuesta a su pregunta.

—¿Estás lista? —El responsable de aquella conversación asomó la cabeza por el vano.

—Sí, voy.

Tenían previsto dirigirse al Pretorio para ver a Tito Natali, natural de Asturica Augusta y amigo de Varo, que pertenecía a las cohortes urbanas realizando funciones de policía.

El Foro Provincial, de acceso público, aunque controlado, era el lugar donde estaba ubicada la sede administrativa del Consejo encargado de las gestiones de la Citerior y donde se encontraban el archivo y el arca del Estado. Una vez al año, representantes de trescientas colonias y municipios se reunían allí para elegir al sacerdote provincial y discutir numerosos asuntos.

En la parte más alta, el impresionante Templo de Augusto destacaba contra el cielo raso.

El día había amanecido caluroso y el ejercicio de subir la empinada pendiente hasta allí no hizo sino aumentar la impresión de sofoco.

—Ahí está. —Varo apuntó con un dedo al tipo vestido de uniforme que permanecía plantado ante la puerta del Pretorio.

—¡Parabienes! —le deseó el hombre con un vivo abrazo.

—¿Por qué me has citado aquí? —preguntó Varo tras el efusivo recibimiento.

—Hoy se celebra la asamblea anual de delegados co-coloniales y estoy de refuerzo para vigilar el acceso.

Natali tartamudeaba como si su pensamiento fluyera más rápido que su lengua. «Acceso» había sonado más parecido a un siseo que a una palabra.

—Esta es Marcia, una amiga —explicó mientras ella observaba a aquel apuesto soldado de aspecto hercúleo, con su cabello castaño y sus ojos azules como el mar que había al otro lado de la muralla.

Natali inclinó la cabeza a modo de saludo.

—Te-tengo la información que me pediste.

—Cuenta.

—Según el censo, Turia de Massalia estaba inscrita, a diferencia de Secundilla, que carecía de li-licencia. Se sabe que procedía de Gades, y que su condición de *felatora* era un reclamo para ciertos cli-clientes, pero no hay más datos.

—¿Servía en algún lupanar? —quiso saber Varo.

—Lo dudo —razonó—. Es más probable que trabajase en la calle.

Esa vez su verbo surgió sin contratiempos, lo que despertó la curiosidad de Marcia.

—Sí puedo decirte que fue es-estrangulada y que el cadáver presentaba signos de violencia y una marca de di-dientes en un pecho. Una lástima, porque era una rubia muy bo-bonita.

—¿En el izquierdo?

—¿Qué? —Los ojos azules se abrieron en señal de incomprensión.

—Que si el mordisco estaba en el pecho izquierdo.

Natali pareció rebuscar en su memoria.

—Creo que sí.

A Varo se le pusieron los pelos de punta.

—¿A nadie le ha llamado la atención que dos putas aparezcan en circunstancias similares? —masculló rabioso.

El policía alzó los hombros.

—Se trata de personas de escaso interés.

El frumentario soltó un ruidoso bufido.

—¿Qué puedes decirme del esclavo? —inquirió disgustado.

—Encontré una denuncia sobre la de-desaparición de un tal Rutilio; era ese, ¿no? Marcia y Varo asintieron de forma simultánea.

—Sin embargo, ya sa-sabes —continuó Natali—; en los casos de fuga de esclavos

lo habitual es que el pro-propio amo se encargue de perseguirlos ofreciendo a algún captor una es-estupenda suma para que los traiga de vuelta.

—¿Hay más denuncias por parte de ese hombre?

—No.

La confirmación de que Publio Aemilio Lépido notificó la desaparición de su esclavo y no la de su hija resultó un amargo trago que digerir para Marcia. Solo los dioses supieron el esfuerzo que le costó controlarse para no patear.

—Está bien, Natali, has sido de gran ayuda, te lo agradezco. —Varo tendió el brazo—. Si descubres algo más, ¿me lo dirás?

—Desde luego —afirmó el otro, aceptando el gesto—. En-encantado de conocerte —le dijo a Marcia.

Ella esbozó algo parecido a una sonrisa.

—¿Qué tenemos hasta ahora? —murmuró Varo como para sí mismo después de guardar silencio durante varios minutos.

Cuando eso sucedió ya estaban cerca del cuartel de bomberos.

—Dos *felatoras* estranguladas con un mordisco en el pecho y que Rutilio y Aemilia desaparecieron la misma noche —contestó una Marcia medio ahogada debido al esfuerzo de seguir los rápidos pasos del hombre.

Él se percató de su jadeo.

—Perdona —señaló contrito—. No me había dado cuenta de que caminaba tan deprisa. Sentémonos allí.

«Allí» era un banco de piedra bajo la generosa sombra de los árboles plantados en un transitado parque público. Del caño de la fuente decorada con vistosas aves manaba el agua procedente del acueducto, donde algunos pajarillos se refrescaban las alas confundidos entre sus semejantes de mármol.

Varo tomó la mano de Marcia.

—¿Estás bien?

—Sí —suspiró—. Es solo que no logro imaginar quién puede regocijarse en hacer algo así. Y, menos aún, qué tiene que ver Aemilia en todo esto.

Él no supo qué contestar.

—No dejo de pensar en la amargura que debió sentir para hacer lo que hizo —su voz surgió lejana—. ¿Sabes? La enterraron de noche, igual que si fuera un vulgar indigente.

Ninguno de los dos parecía percatarse de que continuaban cogidos de la mano. De tanto en tanto, el dedo de uno u otro acariciaba inconscientemente un trocito de piel ajena.

—Hay que averiguar si las mujeres se conocían y si tenían relación con el esclavo. —Varo tomó aire y agregó—: Tengo que ir a ver a Paullianos.

Capítulo 29

Deambular por la noche en una ciudad como Tarraco era un riesgo que no todo el mundo estaba dispuesto a asumir. Pese al alumbrado que ofrecían las antorchas públicas, las calles tenían un aspecto oscuro y, en determinadas zonas, incluso siniestro.

El comercio carnal era evidente en ciertas casas.

Desde luego, el propietario del lugar ni aparecía ni figuraba, si bien parte de sus ingresos dependían de la prostitución de sus esclavas. Tras un simple hueco oculto por una cortina, mujeres vendidas por un ínfimo precio satisfacían los caprichos de hombres en camas de piedra cubiertas de paja, mil veces gastadas y mil veces sucias; mientras que otras, que ejercían libremente, atendían a los clientes al abrigo de sórdidos callejones.

Varo se internó en el local de Paullianos. Allí el ambiente era distinto. Las meretrices, acicaladas para atraer a los hombres, poseían un aspecto seductor. Sus pechos bailaban al compás de cada paso con los pezones visibles bajo la fina tela de la corta túnica. Las piernas, desnudas, despertaban la lujuria junto al balanceo incitante de las caderas mientras ojos descarados y labios pintados estimulaban la fantasía perversa del deseo.

—¿Qué quieres?

Varo se sobresaltó. Giró sobre sí mismo en busca de la acerada voz.

El sujeto que ocupó su campo visual tenía la estampa de un patricio. En su mirada arrogante vislumbró una sombra cautelosa.

—Ver a Paullianos; me envía Milicus.

—¿Eres Varo?

—Sí.

—Bienvenido a mi casa, soy Paullianos, ¿puedo ofrecerte algo? —Señaló a las mujeres.

—No, gracias, solo quiero hacerte unas preguntas.

—De acuerdo, sígueme.

Le condujo a una pequeña habitación amueblada con una mesa, dos sillas y un armario lleno de rollos. Sobre la mesa, tablillas, punzones y un tintero se mezclaban con plumillas y cajas que Varo supuso serían de caudales.

Las lucernas de bronce desprendían un suave aroma a oliva.

—Siéntate, por favor —convitó Paullianos—. Milicus me ha dicho que investigas la muerte de Turia.

—De ella y de otra prostituta que apareció en condiciones similares.

El otro alzó la ceja.

—Turia era una buena trabajadora, mas no veo la necesidad de investigar. A veces, a un cliente insatisfecho se le va la mano y suceden estas cosas. Es la parte arriesgada de la profesión.

—¿No te importa quién la mató?

—Tengo otras putas igual de competentes.

Varo se quedó sin palabras. Por supuesto no iba a decirle a aquel tipo que una mujer decente estaba implicada. Y menos ahora, que demostraba un manifiesto desdén.

—¿Te suena una tal Secundilla de Gades?

—No.

—¿Y un esclavo llamado Rutilio?

—Aquí no admito a esclavos como clientes —replicó, a todas luces ofendido.

—¿Quién fue el último cliente que visitó Turia? Tengo entendido que acudió a su casa.

Paullianos se tensó.

—Prefiero no hablar de ellos; suelen ser gente importante y me juego el cuello —declaró en tono molesto—. Tengo principios.

Varo puso en duda aquella afirmación.

—La persona que reclama la investigación también es importante; tanto que podría cerrarte el negocio —le advirtió—. Allá tú y tus principios.

El dueño del lupanar le miró irritado. Al final optó por claudicar.

—Algunos acuden sin disimulo —contestó—. Otros exigen reserva y la mayoría de las veces solicitan el servicio de manera tan discreta que ni yo mismo sé quiénes son. Acostumbran a enviar un mensaje a través de un esclavo contratando a la prostituta y es el mismo esclavo el que la lleva a la cita.

—¿Y tú no preguntas?

—¿Debería?

Varo comenzó a alterarse.

—¿Aquella noche vino un esclavo?

—No.

—¿Entonces?

Paullianos tardó un minuto entero en responder:

—Un niño trajo el recado de un hombre que requería el servicio de Turia y que la esperaba tres calles más abajo. Me entregó una bolsa con una generosa cantidad y, por supuesto, accedí. Ignoro si el que la esperaba era esclavo o noble.

Varo reprimió las numerosas emociones que le invadieron. La ira y el desprecio se unieron a la impotencia y la frustración.

—Gracias por nada —espetó, largándose de allí tan rápido como le permitieron las piernas.

Al salir, casi arrolló a una matrona y a su esclava.

—Perdón —se disculpó.

La mujer le regaló una sonrisa coqueta y Varo la reconoció.

Se trataba de la esposa de un destacado importador de mármol numídico. Según contaban las malas lenguas, el marido le había concedido permiso para ejercer la

prostitución cuando él marchaba de viaje y, por ese encuentro en aquel lugar y a aquella hora, resultaba incuestionable que el rumor era cierto.

Varo se encaminó de vuelta a casa de Marcia.

Estaba deseando tenerla entre los brazos y hacerle el amor.

Sin duda, ese lupanar con sus vistosas meretrices no había logrado excitarle. Tal vez ayer... o anteayer. Pero no hoy, la noche que una mujer especial le aguardaba.

Apretó el paso.

Capítulo 30

A media mañana entrevistaron a Daniel Camilo. El bufete del abogado, situado en pleno Paseo de Gracia, poseía ese carácter pomposo, cargado de lujo y arrogancia de los sitios con pedigrí. Y lo mismo se podría pensar de aquel sujeto que había rebasado la cuarentena hacía mucho, con ese porte majestuoso dentro de su costoso traje, su cabello negro repeinado, su sonrisa de anuncio y su bigote fino.

Una vez formulado el motivo de la visita, sentados frente a la excesiva mesa de despacho en sendos butacones que parecían tronos, el rostro del letrado se ensombreció.

—La muerte de Patricia fue una desgracia —se lamentó con expresión fúnebre.

—¿Cuándo comenzó su relación amorosa con ella? —preguntó César.

Camilo no se molestó en rebatirlo.

—Hace dos años —confesó con naturalidad.

—¿Sabía que veía a otros hombres?

—Sí, lo sabía.

—¿No le incomodaba?

—No veo por qué —replicó alzando los hombros—. Patricia era un espíritu libre y yo no era nadie para ponerle cadenas. Si nos apetecía estar juntos, lo estábamos, sin compromisos ni reproches.

—¿Conocía a los demás?

—No. —Cabeceó en un gesto negativo—. Tener la oportunidad de disfrutar de esa muchacha era todo cuanto me interesaba.

Marcela reprimió el comentario que saturó su boca clavando los ojos en la placa colgada a espaldas de Camilo. Si la vista no la engañaba, se trataba de una frase escrita en latín cuya traducción al pie rezaba: «La buena fe siempre se presume si la mala fe no se prueba».

—¿Habla latín? —intervino.

—No. Por supuesto conozco los términos jurídicos propios de mi profesión y algunas frases populares, pero no, no lo domino.

—¿Dónde se citaban? —continuó César.

—Casi siempre en hoteles, excepto una tarde que quedamos en un local del barrio de San Antonio, creo que pertenecía a algún conocido suyo.

—¿Es usted de los que acuden a los servicios de prostitución?

—De vez en cuando —contestó en tono esquivo.

A Marcela le pareció que el abogado manejaba con soltura el incesante bombardeo que César, de forma deliberada, realizaba sin tregua. Hasta ese momento, en que advirtió un leve signo de nerviosismo.

—¿Conocía a Ileana Celac o a Mariya Spivak?

Por su tono, César también pareció darse cuenta.

—Pues no. ¿Qué tiene eso que ver con Patricia?

—¿Dónde estuvo los días cuatro y veintitrés de mayo?

Aquel debió de ser el minuto en el que Daniel Camilo tomó conciencia de que las cosas podían ponerse feas.

—Déjeme consultar mi agenda. —Se colocó las gafas y tecleó en el ordenador—. Veamos; el día cuatro estuve todo el día en el juzgado, en esos casos suelo retirarme temprano a descansar y evito cualquier cita. El día veintitrés... Sí, fin de semana, estuve en Ibiza.

—¿Y la noche que desapareció Patricia?

—Eso sí lo recuerdo; estaba en su casa. Su hermana acababa de llegar de la luna de miel y me invitaron a cenar. Patricia y Chelo se fueron de fiesta y yo me quedé a pasar la noche allí.

—¿Hace eso a menudo?

—Abelardo Sáez de Heredia no solo es mi cliente, sino también mi amigo.

«Claro, por eso había confianza para tirarse a su hija», pensó Marcela.

La segunda entrevista consiguió sumirla en un estado de pura perplejidad.

Alejo Durán, el profesor de música de Patricia, era un hombre desprovisto de gracia e interés. Cejijunto, y con un afectado aire de suficiencia, seguramente adquirido a lo largo de los cincuenta y dos años de su vida, los globos oculares del tipo le quedaban a la altura de los pechos, circunstancia que él aprovechó con descaro.

Como resultado de esa inspección, Marcela descubrió un cierto babeo en la curva de su grosera boca, provocándole la imperiosa necesidad de arrearle un guantazo.

Y, encima, olía a rancio, igual que esa vieja vivienda del Barrio Gótico.

Estuvo a punto de dar media vuelta y largarse, pero pudo más la curiosidad por saber qué clase de atracción debió impulsar a Patricia para liarse con ese canijo lascivo.

—¿Le gusta la música? —preguntó el fulano en tono seductor.

Ni bajo tortura hubiera respondido afirmativamente, aunque en su interior apreció la belleza del piano situado en un rincón del pequeño saloncito.

—No, lo mío es el levantamiento de pesas, soy un poco machorra. —Salió por peteneras y a su espalda escuchó el contenido jadeo de César.

Inmune al rechazo, el tal Durán se sentó frente al instrumento decidido a exhibir su talento. Al instante, Marcela reconoció el *Kyrie* de Mozart. Se dejó llevar por la melodía, ejecutada, tuvo que admitir, con exquisita elegancia.

Cuando el improvisado concierto finalizó, el intérprete le dedicó una caída de ojos digna de un Oscar.

—Aggg. —Se escuchó decir.

—¿Podemos tratar el asunto que nos ha traído hasta aquí? —El timbre de César sonó agrio, hecho que el músico no pareció entender.

—Desde luego —accedió con una sonrisa impostada—. Siéntense.

En el sofá tapizado con una horripilante tela floreada, Marcela se pegó a César

igual que un pin.

—¿Qué relación tiene con la familia Sáenz de Heredia?

—Me encargué de la formación musical de las niñas —dijo, como si aquel puesto fuera un cargo vitalicio.

—¿Cuánto tiempo duró su aventura con Patricia?

El tipo ni pestañeó.

—Empecé a darle clase a los siete años. A los quince me regaló su virginidad —se jactó, magnificando su indiscreta vulgaridad—. Lo nuestro fue puro romance.

—Era una menor.

—Discrepo, era una mujer.

—Una mujer menor de edad.

—En algunas culturas antiguas se consideraba a las jóvenes de doce años aptas para el matrimonio.

—En algunas culturas antiguas le rebanaría los huevos y me quedaría tan ancho.

Marcela casi aplaudió. Reprimió su alborozo por la sencilla razón de que ese despreciable individuo al fin tenía la atención centrada en César.

Él se percató de su contenida reacción y le dirigió una mirada en la superficie ambigua, pero intensísima en el interior, que ella recibió con secreto placer.

—¿También se lio con Rebeca? —añadió.

—No; Rebeca ni era tan entusiasta ni tan seductora.

—¿Sabía que Patricia mantenía relaciones con otros hombres?

Una vena latió en la sien del profesor.

—Me lo reveló una semana antes de morir —declaró con voz opaca.

—¿Cómo se lo tomó usted?

—La reprendí. Ella sabía que era mía y se lo hice notar.

—Acláreme eso.

—La castigué sin vernos durante los siguientes quince días —explicó en tono envarado.

A Marcela le costó domeñar la lengua. A ese paso se haría una llaga.

—Un castigo durísimo —acotó César.

Resultó patente que Durán tenía algún defecto de fabricación que le imposibilitaba captar el sarcasmo.

—*Dulce puella malum est* —precisó desafiante.

—¿Eso es latín? —El profesor asintió—. ¿Qué significa?

—La mujer es un dulce amargo.

Al salir, ella proclamó su estupor:

—Está claro que Patricia tenía un gusto ecléctico. Pasaba de Borja a tíos que podrían ser su padre, incluido ese ejemplar de fósil cuaternario. —Bufó de manera muy poco femenina—. Para que luego digan que no hay nada nuevo bajo el sol.

Capítulo 3

Calendas de junio. Carnaria.

En el día consagrado a la ninfa Carna, la diosa del gozne, que «abre lo que está cerrado y cierra lo que está abierto», como rubricó Ovidio en sus *Fastos*, y que además cuidaba de los órganos vitales, la tradición determinaba que debían comerse habas y tocino.

En casa de Marcia la cocina funcionaba a toda marcha. Había invitado a Calpurnia y quería esmerarse, por lo que se encargó de supervisar la preparación del convite. Al mismo tiempo que las habas hervían a fuego lento en agua y sal, Feronia molía algunos granos de mostaza y ella preparaba una salsa compuesta de vinagre, miel y eneldo. Un platillo con comino y piñones tostados permanecía a la espera encima de la mesa.

Helvia, la cocinera, tenía un ojo puesto en el tocino cocido en agua sazónada con eneldo y el otro en el pan redondo metido en el horno. Una vez hecho el tocino había previsto añadir un condimento de aceite y garo justo antes de servirlo.

A punto estuvo de organizarse una trifulca por esa decisión.

Marcia detestaba el garo. Protestó, y su reproche solo obtuvo una áspera respuesta.

—A ti te pongo otra salsa si quieres, pero a Varo le gusta esa y no hay razón para privarle de ella —subrayó Helvia en un tono que no admitía réplica mientras daba unos golpecitos con el gastado cucharón de madera sobre la mesa.

A su lado, los recipientes que esperaban una capa de membrillo, otra de queso fresco y otra de manzana asada, adornado todo con pasas, pimienta negra y hebras de azafrán, temblaron como si tuvieran vida propia y amenazasen con salir huyendo.

A Marcia no le quedó más remedio que morderse la lengua so pena de arruinar el postre. Refunfuñó por lo bajo y siguió con su tarea.

A la hora de la comida, Calpurnia, vestida con una estola de un vivo color azul y una palla de un azul más claro tenía una apariencia sofisticada. Su peinado, arreglado en un laborioso moño trenzado con cintas, le confería un aspecto elegante. Incluso Varo se había puesto una toga sencilla, y Marcia se vio obligada a contener el impulso de quitársela. No porque aquella prenda le sentara mal, sino porque se le antojó demasiado vestido y a ella le gustaba desnudo.

—La comida está deliciosa —alabó la invitada—, y tú, preciosa. Me encanta esa estola blanca.

Junto al vestido bordeado con un ribete amarillo, Marcia había elegido un brazalete en forma de serpiente y un collar dorado que, en conjunto, destacaban su

silueta.

—Cierto —concordó Varo—. Me cuesta mucho concentrarme en la mesa y no pensar en la cama.

—¡¡¡Cayo!!! —clamó Calpurnia, con los ojos idénticos a los de su hijo echando chispas.

—¿Qué? —respondió en tono inocente.

—No la avergüences —le regañó.

—¿Te molesta? —la pregunta iba dirigida a Marcia.

—No, porque yo pensaba lo mismo de ti.

—Insolente juventud —se quejó la matrona—. En mis tiempos éramos más comedidos.

—No te alteres, mujer —objetó Marcia, conciliadora—. Tu hijo es un hombre apasionado y me seduce, ¿no te parece bien?

De repente, Calpurnia esbozó una sonrisa pícara y sentenció:

—Es igual que su padre. Todo lo que tenía que hacer era rozarme y yo me derretía como la manteca. ¡Dioses! Cada vez que recuerdo nuestras travesuras caigo en la cuenta de cuánto echo de menos su calor.

Varo carraspeó.

—Tú te lo has buscado —señaló Calpurnia con marcada intención—. ¿O acaso crees que por ser madre una ya no es mujer?

Tras el almuerzo fueron al Circo; las carreras de bigas y cuadrigas eran un espectáculo que toda la ciudad quería presenciar. Los juegos habían empezado a primera hora de la mañana con una pausa a mediodía para comer. Adrede, ellos habían faltado al tedioso desfile, el sacrificio y, según el programa previsto, a un par de carreras. Cuando al fin ocuparon sus asientos, el siguiente sorteo estaba a punto de comenzar. Las cuatro facciones —blanca, verde, roja y azul— representadas por una bola con cada color se hallaban dentro de la urna. Al volcarla, cada esfera caía en una ranura que determinaba la posición de salida de las cuadrigas.

—¿De qué facción eres? —quiso saber Marcia.

—*Russata*^[7] —replicó Varo, sentado entre ambas mujeres—. Corax es mi favorito.

—Me temo que hoy vamos a ser rivales; yo soy *Praesina*^[8], me gusta Sila.

Varo resopló.

—Ese tío es un perdedor —declaró con voz arrogante.

—Porque tú lo digas —contestó en idéntico tono.

—Apostemos —sugirió él, frotándose las manos.

Marcia le miró de arriba abajo.

—¿Cuánto? —aceptó.

Varo cabeceó con un gesto negativo.

—Cuánto no; qué.

Ella lo pensó lo suficiente para que su imaginación se desbordara.

—Pide —dijo llena de curiosidad.

Su impetuoso frumentario; su amante perverso, inclinó el torso y le susurró una frase que consiguió enrojecerla. Luego la desafió con la mirada.

—¿Y si gano yo? —inquirió sofocada.

—Tú dirás.

—Lo harás tú para mí.

—Justo es.

Cerraron el trato con un fuerte apretón y la carrera comenzó.

Corax al borde de la espina y Sila pegado a las gradas. En medio, los corredores que representaban a las facciones blanca y azul.

A Marcia la distrajo el hombre sentado a su lado. El tipo movía los brazos como si él fuera quien manejaba las riendas. Le supuso un esfuerzo reprimir la risa, ya que el exaltado, inmerso en su afán ganador, apenas se percataba de lo que hacía. Sudaba y chillaba agarrado a las imaginarias bridas hasta el punto de quedarse afónico.

Se libró de un tortazo por la sencilla razón de que animaba a Sila.

—Marcia... Tercia... —Escuchó su nombre mezclado entre el griterío del público, el ruido de los cascos de los caballos y el estruendo de los carros.

Giró el cuello y vislumbró una figura conocida.

—¡Dómine! —exclamó—. ¡Qué alegría verte!

Sorteó a sus acompañantes, acercándose a aquel hombre esbelto de porte regio y pelo negro.

—Cayo Varo y Calpurnia Scapula, os presento a mi padre, Quinto Marcio Cesonio. Dómine, ellos son mis amigos.

Quinto deslizó una penetrante mirada sobre la mujer mayor. No hubo duda de que Calpurnia captó su atención, hecho que se tradujo en una sonrisa tentadora y un patente lenguaje corporal legible para todos los presentes.

La reacción fue inmediata; las mejillas de Calpurnia se tiñeron de grana.

Varo entornó los ojos con aire inquisidor, apretando la mandíbula.

—He venido con tu hermana y su marido, están allí. —Quinto señaló un lugar de la grada.

Marcia hizo visera con la mano y escrutó el gentío. Al percibir los efusivos gestos de su hermana levantó el brazo y la saludó.

—Vamos a verla —propuso.

—Id tranquilos —terció Quinto—. Yo le hago compañía a Calpurnia, que, por cierto, huele maravillosamente.

El rubor de la aludida se intensificó.

—Sí, sí —acertó a decir—. Id, os esperamos aquí.

Ese «esperamos» a Varo le sonó a ficción. Contempló a su madre con detenimiento. Calpurnia, en tan solo unos minutos, parecía haber rejuvenecido, y aquel hombre simbolizaba la causa. Afirmar que la idea de un amorío entre aquellos dos le resultaba un desatino no definía ni por asomo lo que pensaba, pero ¿qué podía

hacer? Tal y como su madre había proclamado, se trataba de una mujer con los mismos anhelos y necesidades de cualquier otra persona. Negárselo a sí mismo era poco menos que una estupidez.

—Está bien, vamos —aceptó resignado para anunciar una vez se alejaron de la pareja—: He ganado.

Marcia frenó en seco y observó la arena en el instante en que Corax levantaba los brazos de forma triunfal.

—Espero que tu madre se haya depilado —rezongó, continuando su camino con la espalda muy tiesa.

Él estalló en carcajadas.

Capítulo 32

Dies Irae saturaba una atmósfera rasgada por el sonido intermitente de la fusta.

Cuanto más pensaba, más se acentuaba la ira y más fuerte azotaba a la muchacha atada de pie entre dos columnas del insonorizado recinto.

Su rabia obedecía a un presentimiento. Aquel condenado detective sería el causante del hundimiento de un renovado estilo de vida forjado a base de astucia y pasiones. Dentro de sí habitaban tendencias y emociones cuyo origen representaba un misterio recibido con infinita alegría. Un don que ahora peligraba a causa de la aparición de ese hombre anunciado.

—Tu esencia renacerá de su letargo y la venganza comparecerá ante ti en forma de ley —le dijo la adivina que había consultado tres años atrás, cuando su vida cambió de forma radical—. El vínculo entre vuestras almas está escrito aquí, en las cartas. No podrás hacer nada para controlar tus apetitos, revivirán quieras o no, pero solo depende de ti que tu talión logre el éxito. Deberás anticiparte.

Ahora estaba seguro de que ese augurio hablaba de César Valente.

Suponer que entre ese hombre y él existía algún tipo de vinculación se le antojaba la siniestra burla de un destino manejado por seres rencorosos.

La chica emitió un quejido.

—Basta —rogó en un murmullo roto.

—¡Calla! —gritó al tiempo que la abofeteaba—. Solo te oigo gimotear sin poner nada de tu parte.

A veces le gustaría saber de dónde procedía ese sofisticado rencor hacia las mujeres en general y las rubias en particular. Otras veces simplemente se limitaba a disfrutar dando rienda suelta a ese odio sin cuestionarse nada ni sentir nada más allá que el regocijo desencadenado por su naturaleza.

Ahora comprendía que Patricia solo había sido el eslabón de una remota cadena, la mensajera de un estallido insospechado e infinito enviada para renovar su espíritu mostrándole el camino de la Verdad. Gracias a ella había descubierto que existía un universo maravilloso donde el placer físico y mental se convertía en una exaltación cristalina, casi inmaculada.

Amparado por la supremacía inherente de su género había liberado su alma de absurdas convenciones sociales cogiendo aquello que le pertenecía por derecho. Un derecho basado en el voluptuoso gozo que solo los intelectos notables comprendían cuando se trataba de servirse de seres mediocres apenas dotados de uso de razón.

Con el brazo cansado, soltó a la mujer para verla desplomarse de rodillas.

Criatura estúpida. Rendía culto a la lujuria y cuando se enfrentaba a ella se acobardaba sin comprender que en el último hálito de vida radicaba la auténtica cima del placer.

Ese pensamiento acabó de calentarle la sangre. Se regodeó en el apetito emocional del que sabe adónde le conduce el siguiente acto.

—Abre la boca —exigió mientras bajaba la cremallera de su pantalón.

Al introducirse en la garganta femenina, sonrió apaciguado.

Pronto, tras acabar con el obstáculo que se interponía en su camino, se erigiría en el adalid de un nuevo orden.

Como había dicho la adivina, solo debía anticiparse.

Capítulo 33

Aquella misma noche, la casa del juez Décimo Naevio Capito se hallaba inmersa en un soberbio festejo.

Para hacerse notar, los hombres prominentes de la ciudad organizaban fiestas en las que los invitados daban rienda suelta a sus caprichos.

Caracoles salpimentados salteados en aceite y vino, cordero asado con romero y lechón relleno de hojaldre y miel. Salazones y salsas elaboradas con distintos ingredientes. Sabrosas tortillas de leche y lentejas con castañas. Pasteles, dulces y frutas componían un ágape de lo más distinguido.

El vino fluía como la corriente de un río desenfrenado. Sin descanso y sin medida.

Los asistentes, exclusivamente de género masculino, se entretenían con las danzas de muchachas semidesnudas. Estas bailaban al compás de tambores y flautas, ejecutando los pasos de una estudiada seducción.

Se podía vislumbrar, sin el más mínimo signo de decoro, la unión de comensales que, osados, gozaban de licenciosos coitos junto a meretrices contratadas para la ocasión.

La atmósfera resultaba electrizante.

El duunviro Marco Minicio Druso se deleitaba con la presencia de Briseis de Burdigala, exquisita *delicatae*, que en ese momento desplegaba sus encantos con el aire de una diosa coqueta. La mujer de bucles rubios y esmeraldas por ojos sonreía bajo el manto de una promesa amorosa, y él se dejaba conquistar.

En el triclinio contiguo, el senador Pomponio había perdido el rostro entre los turgentes pechos de otra costosa furcia.

—Te vas a ahogar —señaló en tono jocoso un tal Fusco, patricio de la familia Quirina.

El senador levantó la cabeza y su nariz, enrojecida por el exceso de vino, husmeó el aire en busca de oxígeno.

—Eso quisieras —replicó desdeñoso.

Resuelto, tomó entre los dientes uno de los pezones femeninos, y lo mordió. La mujer emitió un quejido.

—Tú calla —protestó—. Te pagan para hacerme feliz.

—Por favor, amigos, tengamos la fiesta en paz —intervino el anfitrión—. Regocijaos con bailarinas y putas. Comed hasta vomitar y fornicad sin pudor, pero no enturbiéis el ambiente con tonterías.

—Yo prefiero un joven lampiño —expresó su opinión Tulio Mamerto, legado y único militar presente—. ¿Tienes alguno por ahí?

—Por supuesto —garantizó el juez, haciéndole una señal a un esclavo—. ¿Te lo traigo o prefieres intimidad?

—Intimidad, gracias —aceptó el otro.

—Ve a buscar a Voconio y dile que se reúna con el legado en la habitación azul —ordenó al esclavo—. Y adviértele que como tarde más de dos minutos o reciba alguna queja le marcaré a latigazos. —Hizo una pausa y añadió—: El muchacho es todavía demasiado inmaculado, necesitarás una buena dosis de aceite.

Tulio esbozó una sonrisa arrobada.

—Esta mañana me han dicho que Trajano ha emprendido un amplio programa de construcción —repuso el senador Apolinar mientras se llevaba a la boca una ciruela.

—Sí —respondió el edil Domitio—. Un Foro nuevo que incluirá un mercado y una columna conmemorativa.

—Me consta que tienen que excavar las colinas Quirinal y Capitolina para poder construirlo —subrayó Apolinar—. Va a ser una obra monumental.

—Pues habrá que ir a verlo —intervino Druso al tiempo que Briseis le lamía el lóbulo de la oreja.

—Todavía faltan años para eso —hizo notar Domitio.

—¿Tienes otra habitación disponible? —le preguntó el duunviro al dueño de la casa—. Esta gatita y yo vamos a retozar un rato.

—¿Te has divertido con él? —inquirió el hombre con voz indescifrable.

Quizás la mujer hubiera respondido de no ser por la tela que le cubría la boca impidiéndole hablar y el pánico que atenazaba sus cuerdas vocales. En su cuerpo desnudo, las marcas de los azotes, golpes y mordiscos comenzaban a revelar un tono púrpura.

Él, irritado, la tomó del pelo, obligándola a inclinarse sobre la cama en la postura de los animales.

—Si hubieses dedicado tu atención a mi persona ahora no te hallarías en esta situación —declaró despechado—. Pero no, te empeñaste en provocar mi cólera.

Tiró la túnica encima de una silla, se untó de saliva la mano, la deslizó a lo largo de su rígido miembro y la penetró como si fuera un hombre.

Ella aulló dolorida.

—¿O era eso lo que buscabas? —Puso de manifiesto su rabia con un enérgico pellizco en las torneadas nalgas—. Estoy seguro de que sí. Tú, con toda tu supuesta categoría y tus ojos de gata, no eres más que una zorra en celo como todas las demás.

Inició un violento balanceo cada vez más encendido. Cada vez más intenso e implacable.

De pronto, se apartó, conminándola a arrodillarse en el suelo y enfrentarle. Le arrancó el trapo, exigiendo en tono rotundo:

—Abre la boca.

Ella negó con la cabeza y a cambio recibió una lluvia de bofetadas.

A la fuerza invadió su boca quedándose quieto en una demostración de poder hasta que ella empezó a ahogarse.

—Chupa, y será mejor que lo hagas con dedicación o te juro por los dioses que te arrancaré la piel. ¿Por qué lloras? —dijo con el aliento excitado al contemplar las lágrimas que surcaban el rostro femenino—. Un falo en la boca es la máxima ofrenda que un hombre puede brindarle a una putilla. La coloca en el lugar que le corresponde, en el suelo, dócil y complacida.

Se retiró con la intención de permitirle hablar.

—Agradécemelo.

No recibió respuesta.

La atrapó de la garganta con una mano y apretó.

—Dame las gracias —repitió intransigente.

—Gracias —contestó en un murmullo.

—Perfecto; continúa, intuyo que la noche va a ser larga y me apetece correr en busca del placer.

La mujer obedeció.

Él inclinó la cabeza hacia atrás, cerró los ojos y, preso de la lujuria, soltó una corta carcajada arrastrada por un gemido.

Capítulo 34

Maldita pesadilla.

Necesitaba algo mucho más fuerte que un zumo de naranja y en casa no tenía ni gota de alcohol.

¿Qué demonios le pasaba? ¿A qué venían aquellos sueños tan raros?

Entumecido y con el cuerpo perlado de sudor se dirigió a la ducha, se vistió y cogió las llaves del coche. El rótulo luminoso de una farmacia anunció la medianoche mientras conducía en busca de un bar.

Pensaba en el sueño.

En una suerte de esperpéntica ilusión se había visto en un horrendo trance. Oyó apagarse el latido de su corazón. La lenta desconexión de sus sentidos. El dolor físico y mental producido por la impresión de no haber estado a la altura. De dejar las cosas a medias. De sentirse incompleto.

Y durante esa agonía no pudo quitarse a Marcela del pensamiento.

Ella, que olía a flores y plantas. A fruta y a miel. A liberación. A bienestar... A mujer. Ella, que le hacía sonreír como un tonto con su chispa y su empeño. Ella, que cuando posaba los ojos en él le desnudaba el alma, le había mostrado un sentimiento que nunca pretendió experimentar.

Estaba enamorado, no cabía otra interpretación, aunque no lo concebía como un nuevo descubrimiento, sino como un sentir permanente y longevo.

¿Cómo podía algo así anidar en el pecho con semejante intensidad y que cuerpo y mente lo asumieran de aquella forma tan natural?

Extraño, aunque sabía muy bien lo que sentía.

Provocadora certeza para un hombre que siempre había pensado que el amor era un concepto irreal.

Un vacío acostumbrado.

Una constante cómoda.

Y ahora todo se amontonaba en un millón de sensaciones increíbles.

Percibía en la piel el mensaje escrito con la tinta de esa mujer. Un mensaje aferrado a su corazón como un hecho conocido y largamente añorado.

La tenía presente en cada pensamiento. En cada gesto. En la sangre caliente. En su fría cama. En su pasado pueril. En sus sueños de porvenir.

Junto a ella parecía sencillo sentir.

Sentir que más allá del razonamiento subyacía algo que tenía afinidad con una sensación de pertenencia.

Esclavo y dueño en un solo sentimiento.

Parado frente a un semáforo en rojo, esa copa que salió a buscar perdió su atractivo. Seguía teniendo sed, pero sed de ella.

Capítulo 35

Le despertó una voz de mujer. Marcia hablaba en sueños, aunque su discurso era inteligible. Sonrió ya despejado mientras respiraba la fragancia dulce, fresca y especiada del cilandro, saturando su olfato en espirales procedentes de la piel femenina.

Durante dos noches consecutivas, Marcia esperó que le exigiera liquidar la apuesta. Él remoloneó sin intención de hacerlo. Cobraría cuando creyera oportuno y ella no lo esperase.

Feronia, cautelosa, apareció en la puerta, capturando su atención con un aspaviento.

—Han traído un mensaje para ti —susurró en un intento por no hacer ruido.

Varo se levantó despacio. Tomó la túnica y cubrió su desnudez.

Salió en pos de la sirvienta:

—¿De qué se trata?

Feronia le tendió una tablilla.

Él la tomó, sorprendiéndose al leer su contenido: el duunviro le invitaba a su villa de las afueras. Tenían que hablar. La sugerencia poseía un matiz que Varo presintió importante.

Volvió al dormitorio y, con mucho cuidado, despertó a Marcia.

—*Bonum mane* —musitó esta, parpadeando.

—*Ave, mea dulcis*^[9] —la saludó con un beso—. Tenemos que salir de viaje, ¿estarás lista en una hora?

Marcia se incorporó asombrada.

—¿Adónde vamos?

—A la villa del duunviro.

Ella abrió los ojos un poco más.

—¿Ahora?

—Sí, pero no te preocupes, se trata de una visita informal.

Con el pelo revuelto, ojos de sueño y desnuda como vino al mundo, se levantó a regañadientes.

—Voy —se quejó con un bostezo.

—Si no quieres ir, puedes quedarte, aunque preferiría que me acompañaras —precisó con un mohín intencionadamente desvalido.

—Estaré lista.

Antes de una hora, Varo había alquilado un carro tirado por una mula.

Recorrer las poco más de siete millas que separaban la ciudad de la villa rústica del duunviro les llevó toda la mañana. Al llegar, Marcia se felicitó por no haber cedido a la pereza.

El paraje era portentoso.

Incluso la tierra y el cielo parecían distintos allí. Más radiantes y luminosos. El aire más puro y fragante. Se sintió arrobada frente a aquella hermosa naturaleza y un tanto celosa por la imposibilidad de vivir en un lugar como ese.

La villa, situada sobre una pequeña colina que caía suavemente hacia el mar, dominaba una extensa llanura comunicada con la Vía Augusta, que conectaba el tramo entre Tarraco y Barcino.

Incrustada en el mosaico de la entrada, la figura de un perro con la advertencia *Cave canem*^[10] acogía a los visitantes.

Marco Minicio Druso salió a recibirles en persona.

—Celebro que hayas venido —se dirigió a Varo—, y en deliciosa compañía por lo que veo.

Inclinó la cabeza ante Marcia y ella correspondió con una sonrisa.

—Me alegro de verte, aun sabiendo que opinas que soy un... ¿Cómo dijiste?

—Majadero simplón —terció Varo.

Ella le fulminó con la mirada.

—Yo... —pretendió disculparse, sintiendo el fuego de la vergüenza en las mejillas.

—Tranquila —la consoló Druso—. Supongo que tenías razón, pero no nos quedemos aquí plantados, seguidme os enseño esto.

Bajo la sombra de los árboles recorrieron la villa en un rápido paseo.

El jardín con estanques. El huerto, la bodega, los almacenes de cereales, la enorme cisterna que contenía el agua destinada al riego de los cultivos y la zona industrial con sus hornos y herrerías.

«Cuidado con el perro» resultó un eufemismo cuando vieron a los tres impresionantes animales que ladraban atados con cadenas sujetas a la tierra. Un esclavo les ordenó callar y los canes gruñeron contrariados.

—Pobre del desgraciado que intente colarse aquí —murmuró Varo.

—Están entrenados para el ataque —corroboró el dueño—. Esta propiedad es muy lucrativa y hay que cuidarla.

Un largo corredor, decorado con estatuas de deidades y columnas coronadas por capiteles corintios, les condujo a los baños.

Marcia se obligó a cerrar la boca, abierta por el asombro.

Aquello era el paraíso, ¡termas privadas!

—La piscina descubierta contiene agua de mar —comentó Druso, provocando con ese dato un apagado murmullo femenino.

En las paredes del caldario, Talía, Euterpe y Mnemosine se entremezclaban con dibujos relacionados con el mundo marino. Una estatua de Cupido presidía la sala.

Si el exterior resultaba imponente, Marcia casi sollozó al descubrir el interior de la casa.

Coloridos frescos embellecían las paredes junto a un retrato de Druso y una estela que proclamaba su cargo. El mosaico que pisaba, de colores beis, castaño y azul

suave, con sus nudos salomónicos, sus cuadrados y su geometría perfecta, era un prodigio de la artesanía, mientras unas escaleras conducían a la parte inferior, donde el propietario les explicó que se hallaban las habitaciones y una de las cisternas que proveían de agua a la casa, oculta tras un muro.

El lujo se respiraba en cada rincón.

—Confío en que tengáis hambre; mi cocinero se ha esmerado y no tengo agallas para decirle que despreciamos su comida.

A la hora de los postres, tras un almuerzo que ciertamente resultó de lo más sabroso, Varo preguntó:

—¿Qué tenías que decirme?

—Te he citado aquí porque sospecho que se me ha colado algún soplón en casa —apuntó Druso.

—¿Es grave?

—Espero que no, pero hasta que averigüe quién es, prefiero desconfiar.

—Pues tú dirás.

El dueño de la villa carraspeó. Marcia adivinó su pensamiento.

—¿Me retiro? —se anticipó.

—No. —Varo la detuvo con un ademán—. Quiero que te quedes.

—La noche de la Carnaria —comenzó a explicar Druso, conforme con la decisión del frumentario—, el juez Décimo Naevio ofreció una fiesta en su casa. Ya podéis imaginar; excelentes manjares, agradable compañía y refinadas mujeres. Mi velada fue más grata de lo esperado debido a una preciosa *delicatae* rubia con unos increíbles y complacientes ojos verdes llamada Briseis.

Se interrumpió con un velo apesadumbrado en la mirada azul.

—Ayer apareció muerta cerca del río Tulsis. Apaleada, estrangulada y con un feo mordisco en el seno izquierdo.

—Contando a Aemilia van tres y una pelirroja —señaló Marcia, sin percatarse de que ponía voz a su razonamiento al tiempo que miraba a Varo—. Está claro que le gustan las rubias.

Druso la examinó boquiabierto.

—Disculpa, ¿cómo dices?

—Briseis es la tercera prostituta muerta en idénticas condiciones —contestó decidida.

—¿Y qué te hace suponer que mi prometida forma parte de tamaña aberración? Ella se quitó la vida y hasta donde yo sé no hay relación alguna —replicó molesto.

Consciente de que quizás había hablado más de la cuenta, Marcia ejecutó un significativo gesto, cediéndole la palabra a su compañero.

—Tu prometida también tenía un mordisco en el pecho y señales de golpes —reveló este—, por lo que creemos que el mismo hombre que está matando a las prostitutas es el responsable de su secuestro.

—Eso no es posible. —Druso parecía incapaz de asimilar aquel planteamiento.

—Por alguna razón se encaprichó de Aemilia y, según nuestros datos, fue a partir de su suicidio cuando empezaron las demás muertes —agregó Varo.

—Cuanto más lo pienso, más me convengo de que Aemilia fue el origen —intervino Marcia sin poder contenerse.

El rostro del magistrado se tornó cetrino. Necesitó algunos minutos y varios tragos de vino para retomar la palabra.

—Había pensado encargarte también el asunto de Briseis —habló con un timbre apagado y una patente incertidumbre en los ojos—, sin embargo, admito que no imaginaba esto.

—¿Sospechas que el autor estaba en aquella fiesta?

La presunción de Varo llevaba implícita mucho más que una simple curiosidad.

—Lo he considerado, sí.

—¿Sucedió algo destacable que te hiciera pensar eso?

—Pomponio se comportó de forma grosera con una meretriz; le mordió los pezones —declaró con un titubeo.

Varo hinchó los pulmones y después soltó el aire despacio... muy despacio.

—Me gustaría investigar a esa gente —propuso.

Druso le contempló durante un interminable minuto.

—De acuerdo, déjame ir a buscar algo para escribir.

El duunviro se levantó y abandonó el comedor para regresar un instante después con tablillas y punzones.

—Anota —rogó, entregándole los útiles—. Anfitrión y juez Décimo Naevio Capito. Senador Tiberio Gavio Pomponio. Publio Julio Fusco, patricio de la familia Quirina —enumeraba tan deprisa que Varo apenas podía seguirle—. Legado Tulio Mamerto. Senador Lucio Apolinar. Edil Curcio Domitio y juez Sexto Numisio Sura.

Al terminar, Varo repasó la lista.

—A dos de ellos les oí hablar de Turia. Creo que acabamos de dar con una buena pista.

Capítulo 36

Marcela consideraba que tarde o temprano el amor dolía. Quizás por ese motivo durante toda su vida se había guardado muy bien de enamorarse. En circunstancias normales le resultaba hartamente difícil sentir algo más que afecto por cualquier hombre. En cuanto sospechaba que corría el riesgo de tropezar con un latido accidental, ponía los pies en polvorosa.

Y ahora, en contra de cualquier lógica, descubría que sus sentimientos por César no se medían por días, ni siquiera por horas, sino por minutos.

Seguía sin entender la procedencia de esas emociones, aunque en un ejercicio de pura sinceridad había admitido que existían. Apenas podía pensar en otra cosa que no fuera ese hombre moreno y enjuto de ojos siempre llenos de vida y manos que se moría por notar en la piel.

Pero la reflexiva sinceridad poseía una curiosa cualidad. La de obrar como una pérfida impertinente destinada a desnudar las almas.

Que sentía deseo sexual parecía evidente hasta para un ciego. El factor emocional era harina de otro costal.

Y también se hallaba allí. Como un bufón riéndose a carcajadas.

Lo sentía en el corazón. En cada soplo de aliento. En la piel expectante. En el pesimista ayer. En la apuesta futura. En la noción de pertenencia. Y lo sentía con una intensidad y profundidad enloquecedoras. A cada segundo que pasaba percibía con mayor fuerza un inexorable lazo de unión. ¿Cómo era posible? ¿Cuándo había nacido si el sentir dictaba que siempre estuvo presente? ¿Y por qué resultaba tan real que no cabía la posibilidad de cuestionarlo?

—¿Quieres respuestas?

El precipitado grito murió tan pronto la imagen de una asombrosa criatura destacó en su campo visual. Al instante advirtió la laxitud que recorrió sus músculos en una apacible oleada.

—¿Quién eres? —preguntó en voz baja.

—Cethega.

—Ah —fue todo lo que se le ocurrió.

—Ese hombre es tu Destino.

—¿Perdona?

—Sois como el mar y la tierra. Indivisibles. No renunciéis a él.

Despertó tirada sobre el sofá. En la televisión, los créditos de una película desfilaban al compás de una vibrante melodía.

Se había dormido sin darse cuenta.

Sentado encima de la mesita, Calígula la contemplaba con un gesto astuto, como si fuera el guardián de algún secreto que solo su percepción gatuna comprendía.

Capítulo 37

Nona de junio

El viento de levante sacudía la ciudad. Violentas rachas arrastraban polvo, hojas e incluso, prendas de ropa huidas como a hurtadillas de alguna lavandería.

En el peristilo, el susurro de la vegetación se escuchaba del mismo modo que un conjunto de instrumentos desafinados al compás de la impulsiva ventisca.

En el interior, Marcia se sentía orgullosa de su trabajo.

El brazo de Varo estaba casi curado. Ya sin vendaje, la piel recuperaba su color y textura habitual.

—¿Qué vamos a hacer hoy? —inquirió frente al larario donde ambos habían realizado la habitual ofrenda a los lares domésticos.

—Hablar con Milicus y Natali sobre esa lista.

—Con este día no apetece salir a la calle.

—Cierto —concordó él—, pero no queda otro remedio.

—Pues vayamos a ver a Milicus y envía un mensaje a Natali invitándole a comer.

Las cejas de Varo se elevaron en sendos arcos idénticos.

—¿A qué viene ese repentino interés por él?

Marcia sintió la tentación de pincharle.

Y cedió a ella.

—Es un hombre guapísimo —replicó muy seria.

Él entornó los párpados con suspicacia.

—Hum —murmuró pensativo—. ¿Planeas un acto impuro?

Ella fingió asombrarse.

—¡Por las furias! —exclamó.

Del interior de Varo nació un ruidito. Empezó como un murmullo sordo para acabar en una risa escandalosa e ingobernable.

—Era justo lo que pensaba, ¿cómo lo has adivinado? —añadió ella, reacia a dejarse vencer.

Varo enjuagó las lágrimas de sus ojos y le dirigió una mirada perpleja.

—¿En serio? —preguntó en tono dubitativo.

A diferencia de él, Marcia logró contener la risa.

—Claro —afirmó impávida—. ¿Qué otro motivo tendría para invitarle a mi casa?

Y se quedó contemplando como le mostraba los colmillos igual que un perro rabioso.

—Olvidalo —siseó amoscado.

—Aunque mi idea consistía en estudiar su tartamudez. Sinceramente creo que

puedo ayudarle.

El Panteón romano al completo debía de estar partiéndose de risa al distinguir las variopintas emociones que atravesaron la faz de aquel hombre. Del blanco más pálido al rojo más intenso, pasando por un matiz verdoso, el rostro masculino irradió una patente gama de colores.

—Dómina. —La presencia de Feronia atajó la conversación y su bochorno—. Ha venido a buscarte una mujer; su hijo pequeño se ha cortado en la pierna con un pedrusco y no para de sangrar.

—Si ya lo decía yo, ¡un día nefasto! —se lamentó Marcia.

—Ve a atenderla —propuso Varo—. Yo iré a hablar con Milicus y despacharé esa invitación.

—De acuerdo —accedió ella—. Tráeme el botiquín de madera y el canuto de bronce con los instrumentos de urgencia —le pidió a Feronia.

Las inscripciones pintadas en letras rojas a modo de reclamo publicitario destacaban en las paredes junto a otras menos propagandísticas y más elocuentes.

«Fabio Reburro, ladrón».

«Quien lea esto es un idiota».

«Salonina la Tuerta proclama que si pagas un as la tendrás».

Varo no podía dejar de sonreír.

Y no porque le hiciesen gracia aquellos grafitos que tiznaban las paredes, sino porque no paraba de pensar en Marcia. Se la había jugado bien jugada y lo único que podía hacer era sonreír como un tonto. Si creía que él tenía talento para fastidiarla, ella tampoco se quedaba corta, hecho que, en el fondo, le encantaba. Tanto como su arrebatadora admisión del placer, su confianza o su ingenio.

Cada día a su lado descubría nuevas emociones.

Se estaba enamorando.

Y, pese a que la suya fuese una sociedad que se burlaba del amor sosteniendo que se trataba de una sensiblería propia de poetas y filósofos, nadie se hallaba a salvo de ese sentimiento inexorable. Él era el primero en reconocerlo, puesto que sabía muy bien lo que sentía.

Llegó a casa de Milicus con el pelo revuelto y la sensación de tener la boca llena de arena.

El otro le recibió con una sonrisa socarrona.

—¿Hoy no traes a la fiera?

Varo gruñó.

La sonrisa de Milicus se amplió.

—¿Quieres vino?

—Agua, gracias, tengo la garganta seca —y sin dilación—: ¿Sabes de algún esclavo que tenga orden de buscarle meretrices a su amo?

Milicus soltó un sonoro bufido.

—Montones —replicó cogiendo una jarra de agua y un vaso.

—Te traigo una lista de nombres sobre los que me gustaría que recabaras información. Necesito que hables con el mayor número posible de esas mujeres para preguntarles si han tenido algún percance con alguno de ellos. Empezando por el senador Tiberio Gavio Pomponio y los jueces Sexto Numisio Sura y Décimo Naevio Capito.

Se bebió el primer vaso de un largo trago sin apenas respirar. Luego le tendió la lista escrita en una tablilla.

Milicus la estudió con atención.

—¿Puedo saber qué buscas?

—Todo sobre sus prácticas sexuales, especialmente si poseen un comportamiento violento.

—Bueno, te puedo adelantar que el tal Pomponio tiene fama de ser bastante agresivo.

—¿Le crees capaz de matar?

El liberto caviló durante tanto rato que Varo se impacientó.

—¿Qué? —le apremió.

—¿Todo esto es por Turia? —preguntó en lugar de responder.

Esa vez fue Varo quien calló. Evaluó la idea de ponerle al corriente y al cabo de un momento contestó:

—Es muy importante que esto no salga de aquí.

—Tienes mi palabra —Milicus se comprometió en tono sobrio.

—Imagino que ya sabes que hay otras dos prostitutas muertas. —Ante el esperado gesto de asentimiento, agregó—: Sospecho que uno de esos hombres es el responsable de todas las muertes.

Al tabernero se le pusieron los ojos como platos.

—¡¿Cómo?!

—Chsss, no alces la voz.

—Perdona, pero explícame eso.

—Será mejor que empiece por el principio —murmuró como para sí mismo—. Verás, una mañana, el duunviro Druso me mandó llamar...

Capítulo 38

La ventolera amainaba conforme trascurría la jornada.

Varo se aseaba de regreso a casa de Marcia tras su visita a Milicus. El pobre hombre todavía seguía atónito cuando le dejó, aunque asumió con gusto la tarea de inmiscuirse en la investigación.

Acababa de secarse la cara con una toalla que despedía un ligero aroma a canela cuando le anunciaron que el invitado había llegado. Puntual e impecable, Tito Natali conversaba con Marcia en el comedor, cuya postura erguida le confería la apariencia de un apuesto soldado.

—Salve, amigo —saludó Varo.

Natali le tomó del brazo y esbozó una sonrisa.

—Salve —replicó—. ¿Cómo es-estás?

—Bien, pero no te quedes ahí de pie.

—Le a-agradecía a Marcia la in-invitación —explicó mientras se acomodaba en el triclinio.

—Tenemos que tratar una cuestión grave que requiere reserva y prudencia —repuso Varo, acomodándose a su vez—. De todas formas, comamos primero y luego hablamos. Además, creo que Marcia quería proponerte algo.

Ella le observó con las pupilas cargadas de censura.

—No pretendía tocar el tema de buenas a primeras.

Varo encogió los hombros.

—La vida es demasiado corta para andarse con rodeos —declaró con acento plácido—. ¡Ah, la comida! Estupendo, estoy hambriento.

Entre los tres dieron buena cuenta del puré de lechuga con cebolla, la pasta de pan con orégano y las manzanas asadas salpicadas de frutos secos.

—Ya que Varo se ha anticipado —recalcó Marcia en tono recriminatorio—, quisiera saber si te gustaría que intentáramos tratar tu tartamudez.

Natali le dirigió una mirada impresionada.

—Hace ti-tiempo que lo consulté, pero algunos médicos di-dicen que habría que di-dividir la raíz de la lengua, otros que ha-habría que ensancharme las vías respiratorias y extirpar las a-amígdalas —su voz, aparte de un claro incremento del tartajeo, delató un aturullamiento debido al apuro—. Y yo no qui-quiero exponerme a eso, me da mi-miedo.

Marcia negó con un gesto.

—Mi marido era cirujano y no estaba de acuerdo con esa teoría. Según él, Demóstenes logró hablar sin dificultad a base de disciplina y entrenamiento, convirtiéndose en un maestro de la oratoria.

—¿Qué entrenami-miento? —quiso saber claramente interesado.

—Gritar para ejercitar los pulmones, llenar la boca de piedras y colocar un cuchillo entre los dientes para forzar el habla sin tartamudeo... —Hizo una breve

pausa y añadió—: Supongo que por probarlo no pierdes nada.

El policía no salía de su asombro, hecho que se reflejó en la colosal apertura de sus ojos.

—*Bona Dea*, ¿de verdad? —preguntó como un niño ilusionado frente a un súbito regalo.

—Si a diario haces un poco de ejercicio tal vez obtengas resultados. Llevará tiempo, qué duda cabe; no obstante, opino que merece la pena. Yo estoy dispuesta a intentarlo y si quieres, puedes venir cada día y trabajaremos juntos.

Natali la contempló con adoración.

—Gra-gracias. Vendré con mu-mucho gusto.

—Estupendo —dijo Varo—. Ahora abordemos el asunto principal; necesito tu ayuda, Natali.

—Lo que se-sea.

Varo le puso al corriente con un resumen que el otro escuchó atentamente, sin interrumpir y, a juzgar por la concentración de su gesto, tomando notas mentales.

—Tú conoces a mucha gente, tienes acceso a informes policiales y a confidentes que yo no conozco. Quiero que indagues entre prostitutas y esclavos, a ver si pueden facilitarnos detalles sobre los sujetos de esa lista. —Marcia le tendió una tablilla—. Averigua también quién contrató a Turia; alguien tiene que saber algo al respecto, tanta discreción se me antoja imposible. Cualquier habladuría, por muy irrelevante que parezca, podría resultar vital.

—Siempre hay alguien que se va de la len-lengua.

—Esa es la idea —concordó Varo—. Yo me encargaré de interrogar a todos y cada uno de esos tipos. Te espero aquí dentro de cinco días.

Natali asintió mientras ojeaba la relación de nombres.

—Creo que a Tulio Mamerto podemos descar-cartarlo. Un *nomenclator*^[11] me contó que le pillaron dejándose... ehhhh —comentó con un timbre avergonzado.

—Entiendo —terció Varo.

—Di-dicen que el otro era un extranjero; quizás un galo o un dacio con pin-pinta de salvaje. Igual que a Julio César, al legado le lla-llaman «mujer de todos los hombres».

Capítulo 39

La tenue luz del portal iluminó sus rasgos cuando la silueta de Marcela se perfiló en el marco.

—¿Ibas a alguna parte? —preguntó al verla preparada para salir en esa avanzada hora.

Ella levantó la mirada, topándose con aquel par de pupilas negras como una noche invernal.

—A buscarte, pero ya veo que hemos tenido la misma idea.

—Tenemos que hablar.

—Por eso me dirigía a tu casa. ¿Qué está pasando? —preguntó con la certeza de que él entendería la esencia de la pregunta.

—De eso se trata.

—Entra, será mejor que nos sentemos.

Acomodados en el sofá, los ojos de ambos, poseídos de vida propia, colisionaron una milésima de segundo a la caza de aquel misterio que no comprendían.

Calígula irguió la cabeza desde su cama, observó soñoliento la escena y se colocó de espaldas volviendo a dormirse.

—¿Estás bien? —inquirió Marcela.

La inquietud de él se reflejó en el trazo de sus labios.

—No sé qué me sucede, es como si te conociera desde hace miles de años —habló como si exteriorizar su pensamiento paliase la confusión—. Hasta que te encontré me sentía incompleto y jamás entendí por qué, y ahora siento que formas parte de mí, que siempre has estado ahí. Nunca te he tocado y, sin embargo, te noto en mis manos, en mis venas. —Mostró sus puños, apretados entre la impotencia y la turbación—. ¿Cómo es posible?

—No puedo explicar lo inexplicable y mucho menos cuando experimento lo mismo —repuso ella—. Yo también te siento muy cercano, muy dentro de mí. Muy... mío y muy tuya a la vez.

César comprendió que estaba preparado. Listo para entregarse sin condiciones, para dar todo cuanto un hombre de carne y hueso podía dar.

—Libérame, te lo suplico.

Atrapó su boca con un beso hambriento. Encerrados en un ceñidísimo abrazo, cuerpos, palmas y labios; deseos y mentes, se aunaron en una respuesta cuya pregunta dejó de importar.

El sonido del mutuo sollozo reverberó en la noche cuya atmósfera rebosaba de veracidad, de aceptación, de capitulación.

Marcela se sintió llena de ese amor indómito del que siempre había huido.

—Libérame tú a mí —musitó.

Al momento sus cuerpos se hallaron desnudos como los amantes se hallan en el reencuentro. Como una pasión conocida. Como una gloriosa sensación de plenitud.

César acogió el fuego abrasador que le quemó las entrañas sintiendo las curvas de Marcela moldeándose en su dureza. Le cedió el control a sus manos, peregrinas entre los senderos de la anatomía femenina.

La sedujo con los labios.

Con cada caricia de la lengua.

Con cada toque de los dedos.

Rindió culto a sus pechos lamiendo con suavidad los rígidos pezones y luego descendió.

Marcela emitió un gemido ahogado al notar el tórrido aliento conquistando su sexo. Se agarró al reposabrazos como última defensa contra el vértigo que le oprimió las sienes. No recordaba haber sentido semejante impudicia en los brazos de un hombre.

César la acosaba con la sangre envenenada de lujuria.

Ebrio.

Codicioso.

El precipitado orgasmo la atrapó entre hebras de lascivia.

Con el último gemido se revolvió.

De repente, César se halló tumbado de espaldas. Prisionero entre el sofá y el aire que burlaba sus pulmones la sintió sembrar de besos su piel, entreteniéndose en la oscura marca de nacimiento, similar al perfil de un navajazo bajo el pezón izquierdo. Después le tocó la ingle, inflamándole el flujo sanguíneo hasta un punto sin retorno.

Ella empuñó el miembro rígido, acariciándolo con mimo antes de introducirlo en las profundidades de su cuerpo. Arqueó la espalda en un gesto complacido iniciando un suave balanceo.

Hicieron el amor el uno con el otro al compás de ascendentes oleadas de lamentos y murmullos.

Él jadeó al sentir su sexo hinchado hasta el dolor.

—Ven, ven conmigo.

—Te sigo.

El clímax nació como un fagonazo en algún punto de su cerebro, recorrió el espinazo y explotó en una viscosa lluvia. Exhaló un quejido sordo, agónico, que huyó de su boca para hallar refugio en el espíritu de Marcela.

La respiración agitada se calmó con lentitud.

—¿Estás bien? —Quiso saber.

Ella afirmó con la cabeza. Las pestañas, vencidas sobre los ojos, temblaron un segundo. Levantó los párpados y le miró.

El corazón de César se detuvo.

—Me amas —susurró maravillado.

—Dios bendito, César, no puedo parar de pensar en ti, ¿cómo no voy a amarte? —declaró con las emociones a flor de piel—. Ni siquiera cuando estoy contigo dejo de preguntarme si eres un sueño.

—Soy muy real, tan real como que te amo —confesó con voz acariciadora—. Ni tú ni yo podemos controlar aquello que las fuerzas omnipotentes han decidido. Te amo y no pienso dejar de decírtelo nunca.

—Entonces que así sea.

Capítulo 40

Varo caminaba pensativo mientras se dirigía hacia el Foro Colonial.

El sentido común dictaba que aquella empresa no iba a ser fácil. Se enfrentaba a hombres cuya palabra era complicado poner en entredicho, dado que insinuar un proceder contrario a la buena fe suponía un riesgo de consecuencias imprevisibles.

Resolvió apostar por la diplomacia como medio para obtener resultados. Aunque ello conllevara el esfuerzo de morderse la lengua y ahogarse con su propio veneno.

Al llegar a la plaza se encontró que, aun sin ser día de mercado, el lugar estaba lleno de gente.

Aquí, un orador impartía su filosofía a todo aquel que deseara escucharle y a juzgar por el numeroso grupo de oyentes el tipo tenía éxito.

Allá, escritores que presentaban su obra ante un auditorio que más tarde ofrecería su halago y su crítica, solicitada por el propio autor.

Sillas, literas y carros circulaban en un pequeño caos.

En el centro, desde lo alto de una caja de madera, el *diurnaii* leía de forma solemne el Acta Diurna que relataba los acontecimientos destacados: edictos y sentencias judiciales, nacimientos y decesos, bodas y eventos sociales, además de avisos publicitarios y noticias de interés popular.

Pacientemente se abrió paso hasta el pórtico donde algunos senadores conversaban tras abandonar la curia. Se acercó a un hombre bajito y orondo que debatía algo con aparatoso énfasis junto a un grupo de colegas. Con el pelo canoso pegado a las sienes y los ojos oscuros, pequeños y esquivos, poseía un aire engreído dentro de su vestimenta senatorial y sus zapatos acordonados de color rojo.

—Senador Pomponio, ¿podríamos hablar un momento? —interrumpió en tono educado.

—Y tú, ¿quién eres? —demandó el otro de forma arrogante.

—Me llamo Cayo Varo —contestó—, y estoy a cargo de la investigación sobre la muerte de unas prostitutas.

El senador arrugó disgustado las espesas cejas.

—¿Quién te concede la autoridad para interrogarme? —su voz chillona evidenció una ácida prepotencia.

Varo contó mentalmente hasta diez.

—Apelo a tu buena voluntad —arguyó.

—No me relaciono con putas, ni vivas ni muertas, así que desaparece de mi vista. —Le despidió con un gesto grosero.

¿Decirle que mentía porque le constaba que había mordido a una? ¿Qué era un hijo de perra al que le gustaba zurrar?

Varo giró sobre sí mismo y se largó, reprimiendo las ganas de retorcerle el pescuezo a aquella especie de saco seboso para luego escupirle en su porcino rostro.

Coño con la diplomacia.

Escrutó alrededor en busca del senador Apolinar, aunque no logró hallarle. Quizás no había acudido a la curia o se había marchado ya.

Entonces decidió ir a tribunal.

En la sala, el juez Capito presidía el litigio debido a un conflicto territorial. Al parecer, un campesino había ocupado tierra perteneciente al vecino y este le había denunciado. El magistrado, con expresión aburrída, escuchaba a las partes mientras un secretario tomaba notas a una velocidad asombrosa. Diez minutos más tarde, cansado de palabrería, cortó el discurso del defensor y dictó sentencia: el usurpador debía abandonar la tierra ocupada en un plazo de veinte días. Se levantó, dando por finalizada la sesión, sin prestar oídos a las airadas protestas del denunciado.

Varo abordó a ese hombre de aspecto pulcro y cabello negro que brillaba bajo la luz del mediodía.

—Juez Capito, soy Cayo Varo, y me gustaría hablar contigo. Necesito información referente a unas muertes.

En contra de lo esperado, el tipo le tomó del hombro con gesto cordial conduciéndole hacia un rincón.

—Ven, apartémonos de la gente.

A resguardo de una columna, Capito agregó:

—Ahora, dime, ¿en qué puedo ayudarte? —Exhibió la blancura de su dentadura a través de una sonrisa afable.

—Tengo entendido que organizaste una fiesta la noche de la Carnaria.

El juez asintió a modo de confirmación.

—Al día siguiente, una de tus... invitadas apareció muerta.

El rostro de Capito se tornó sombrío.

—Cierto, un suceso deplorable —ratificó contrito—. Y lo lamento de corazón; parecía una buena muchacha.

La ceja de Varo se alzó sorprendida.

—¿No la conocías?

—La verdad es que la «invité» por recomendación del duunviro Druso —alegó con un mohín estereotipado—. Conversé con ella de forma breve y me pareció una mujer de modales exquisitos, y muy competente.

—¿A qué hora se marchó de tu casa?

El juez hizo memoria y, a raíz de su sonoro bufido, dejó patente que el dictamen sería pura teoría.

—Admito que no presté atención —declaró un tanto abochornado—. Briseis dedicó todo su tiempo al duunviro y yo me distraje en mi habitación con la joven que contraté para que ejerciera de anfitriona. Me temo que después me dormí y no reaparecí hasta el día siguiente. Para entonces todo el mundo se había ido.

—¿Podría hablar con ella?

—Sin duda; se llama Lide y vive cerca de la escuela de aurigas; ¿conoces esa ínsula pintada de amarillo con el tejado rojo? —Varo asintió—. La encontrarás en la

primera planta —calló un segundo para luego añadir—: Has dicho muertes, en plural.

El interrogante quedó suspendido en el aire.

—Juez, desearía que no te ofendieras, pero debo hacerte otras preguntas.

—Adelante. —Volvió a mostrar su deslumbrante sonrisa.

—¿Conocías a una tal Turia de Massalia o a Secundilla de Gades?

—Había oído hablar de Turia, sin embargo, no llegué a tiempo de solicitar sus servicios —explicó—. Tenía buena fama, pero, y no quisiera parecer pedante, ya que puedo permitírmelo, prefiero putas de categoría.

—Por supuesto; no obstante, me gustaría saber dónde estuviste las noches de los días quince y diez anteriores a la calendas de junio.

Capito no precisó recapacitar.

—En casa, como siempre; detesto salir por las noches.

—¿Recibiste alguna visita?

—No —categórico.

—¿Conocías a Aemilia Lépida?

Esa vez se tomó un momento para replicar:

—Si se trata de otra prostituta, debo negar de nuevo.

—Bien. —Varo decidió no sacarle de su error—. Muchas gracias por tu atención.

—A tu disposición. —Le tendió el brazo—. Si necesitas algo más, ya sabes dónde encontrarme. ¡Buena suerte!

Su olfato se impregnó de un ligero aroma leñoso que identificó como cedro. El aroma provenía del siguiente juez de la lista, el magistrado Sura. Ese hombre delgaducho aparentaba una edad bastante más elevada que el juez Capito, pese a intentar disimularlo con todos los medios a su alcance.

Tras el acercamiento de rigor, Varo fue al grano.

—Recuerdo que una mañana en las termas te oí hablar de Turia de Massalia, tenías buen concepto de ella.

—Era una *felatora* muy habilidosa —admitió mientras se retocaba la toga—. Lamento su muerte.

—¿Estuviste con ella la noche que murió?

—A mediodía, después de salir de aquí —confesó—. Fui al lupanar de Paullianos.

—¿La invitaste a tu casa más tarde?

Sura le observó boquiabierto.

—¿Estás loco?! —exclamó espantado—. Mi esposa me la cortaría si supiera que yo *irrumare*^[12].

Varo apenas pudo contener la sonrisa.

—Entonces, no volviste a verla ese día.

—Claro que no.

—¿Conocías a Segundilla de Gades?

—Antes de Turia era mi favorita. —Su mirada se trasladó al pasado por un instante—. Guardo maravillosos recuerdos del calor de sus labios en algunos

recovecos del Circo. Luego prescindí de ella.

El pálido rostro de su interlocutor evidenció un cierto desasosiego mezclado con esa pesadumbre que surge al cuestionarse el porqué de una decisión que ya no tiene remedio.

—¿Cuándo fue la última vez que la viste?

—Hará más de un año —señaló con seguridad, mesándose el cabello rubio, a todas luces teñido, en un gesto atribulado—. La pelirroja de Massalia llegó pisando fuerte, tú ya me entiendes.

—¿Y a Aemilia Lépida?

El otro frunció el entrecejo.

—¿La hija del comerciante?

Varo asintió.

—Eso sí que fue una tragedia; pobre hombre, sobrellevar esa fea mancha en su familia. —Cabeceó contrariado—. Juzgué la demanda que interpuso frente a un tipo que le había roto un hueso a uno de sus esclavos. Fallé con una retribución de ciento cincuenta sestercios a su favor, pero no, respondiendo a tu pregunta, no conocía a su hija en persona. ¿Qué tiene ella que ver con todo esto?

La mirada inquisitiva del magistrado poseía tal grado de perspicacia que a Varo se le puso el vello de punta.

—Tenía la ridícula idea de que podía ayudar a esas muchachas a abandonar su ocupación —mintió con la esperanza de que Sura desconociera la realidad de esa invención.

—Qué ilusa, ¿no? Como si no estuvieran ahí porque les gusta y asumen su labor social —aseguró con aire incuestionable—. Está claro que a esa muchacha le hacía falta un marido.

Varo encogió los hombros con un alivio que no se reflejó en su fingida indiferencia.

—De ahí mi interés, quizás habías oído hablar de ella a alguna meretriz y, entre nosotros —bajó la voz deliberadamente—, me intriga saber lo que pretendía hacer al respecto.

Sura se echó a reír.

—¡Pues imagínatelo! Algún disparate nacido de una mente absurda. Si los hombres fuéramos más estrictos y mantuviéramos a nuestras mujeres decentes en casa, encadenadas si es preciso, no se dejarían persuadir por la estupidez —replicó en tono concluyente.

—Una opinión alentadora que, por cierto, me lleva a preguntarte si te gusta recurrir a cierta... contundencia en tus prácticas sexuales.

En contra de molestarse, el juez se jactó con una cínica mueca.

—Baste decir que en cuanto hay una transacción monetaria un hombre tiene derecho de uso y disfrute. Da igual si se trata de esclavos, putas o esposas —su tono demostró a las claras la convicción de sus creencias.

—¿Hasta el punto de matar?

Sexto Numisio Sura abrió mucho los ojos.

—Una propiedad se cuida para sacarle rendimiento —hizo constar con firmeza, como si la pregunta fuera lo más absurdo que había oído jamás—. Cualquier actitud alejada de ese hecho, no solo es perjudicial, sino que es un signo de necesidad.

Ya era media tarde cuando se presentó en casa de Lide.

Estaba agotado de caminar y de interrogar. Casi deseaba que los dioses le echaran una mano y la mujer ni se dignara a atenderle. Podría regresar junto a Marcia y descansar. Subió por las angostas escaleras hasta llegar al piso de la meretriz. Aquella ínsula mostraba un cierto lujo comparada con las ocupadas por la gente común, lo mismo que el apartamento al que accedió.

Lide le recibió con una sonrisa amable.

—Capito me ha avisado de que vendrías.

A Varo le sorprendió ese detalle, si bien guardó silencio y acompañó a la *delicatae* al interior de una acogedora estancia decorada con frescos de estilo erótico, donde hombres y mujeres se entregaban a tórridas prácticas con el placer como estandarte. El pigmento rojo de las paredes unido al perfil de las figuras desnudas resaltaba su contenido explícito. Mientras ella se estiraba en un diván, él optó por sentarse en una silla de respaldo alto.

—¿Te apetece una infusión de menta? —ofreció Lide.

Ambos sabían que aquella aromática bebida se consideraba un potente afrodisíaco, hasta el punto de que en tiempos de guerra se prohibía su ingesta con la finalidad de no debilitar a los soldados.

—Me gustaría mucho —aceptó, deslizando la mirada sobre la figura femenina.

Sospechó que la prostituta se había engalanado para la ocasión.

El vestido azul, de costosa seda trasparente, no dejaba nada a la imaginación. De baja estatura, esbelta en sus rotundas curvas, con el cabello rubio en una cascada de rizos perfectos y los ojos grises delineados con antimonio negro, sonreía de forma constante y seductora.

Sus gruesos labios, la sugestión de sueños imposibles.

Sus pechos, de pezones altaneros, un desafío que generaba hormigueo en las palmas.

Su pubis depilado, visible y perturbador, la incitación a la locura.

En conjunto representaba esa tentación que cualquier hombre apenas podía resistir.

—La invitación corre a cargo del juez —murmuró insinuante.

La sugerencia no inducía a error.

Varo tan solo cabeceó al mismo tiempo que la infusión llegaba de la mano de una esclava desnuda. Tomó un largo trago a riesgo de abrasarse.

De repente sentía la boca seca, el cuerpo húmedo y la sangre espesa.

Pero su memoria no estaba vacía.

—Necesito que me digas si la noche de la Carnaria, en la fiesta de Capito, sucedió algo destacable —su voz surgió mucho más nítida de lo que había supuesto.

—Ya sabrás que ejercí de anfitriona. Me encargué de la organización del convite, lo que me mantuvo ocupada casi toda la velada. Me temo que no soy una gran ayuda, ¿qué quieres saber?

—Aquella noche murió una mujer.

—Lo sé. Conocía a Briseis; era mi rival.

—¿Tu rival? —inquirió en tono curioso.

—Ella solo alternaba con patricios —explicó con timbre resentido—. Yo todavía no he llegado a eso.

—¿Y qué hacía en aquella fiesta? Salvo Fusco, el resto es gente notoria, sin duda, pero no noble.

Lide alzó los hombros en señal de ignorancia.

—Me limito a hacer mi trabajo y ninguna pregunta.

Varo pensó que esa entrevista no le conducía a ninguna parte.

—¿La viste abandonar la casa?

Ella negó con un gesto.

—Yací con Capito una hora; dormía cuando me fui y en la casa ya no había nadie.

—La muerte de Briseis te beneficia —constató un hecho.

En la boca de Lide se dibujó una sonrisa satisfecha al tiempo que se ponía de pie.

—¿No vas a aceptar la invitación? —El aleteo de sus pestañas resultó tremendamente provocador.

Capítulo 41

—Acaba de llamar el inspector Ojeda —anunció la voz de Abril a través del móvil—. Ha habido otro asesinato y quiere que vayas.

El timbre del aparato le había arrancado de un sueño profundo.

Medio atontado comprobó la hora en su reloj de pulsera. Todavía no hacía ni treinta minutos que se había quedado dormido.

A su lado, Marcela respiraba suave y tibiamente con la sábana cubriéndole la barbilla.

—Dame la dirección —pidió antes de colgar.

¿Cómo podía la felicidad dar paso a la tragedia en un abrir y cerrar de ojos?

«Bonita manera de comenzar un día especial», se dijo.

—Marcela —le susurró bajito en el oído.

—¿Qué? —preguntó sin abrir los ojos.

—Tenemos que irnos, ha habido otro asesinato.

Ella se levantó de golpe. La sábana, de un luminoso blanco en contraste con la bajera de color coral, resbaló hasta su regazo dejando al aire los senos desnudos.

Él tragó saliva y un hondo suspiro pobló el aire.

—No me tientes, Valente. Ahora no. —Marcela adivinó su pensamiento con claridad meridiana.

En la boca de César se perfiló una sonrisa traviesa al saberse descubierto.

Ella abandonó el lecho en dirección al aseo sin más ropa que su propia piel y los ojos somnolientos.

—Vamos a ducharnos —añadió—. Juntos.

Montjuïc, la montaña que desde siempre había sido un emplazamiento estratégico destinado a defender la ciudad de Barcelona, fue el sitio a donde se dirigieron. Cuando llegaron a la zona indicada, el popular paraje reflejaba el ajeteo del despliegue policial, invadido por patrullas, agentes y equipos de investigación científica.

El uniformado encargado de controlar el cordón que delimitaba el escenario les cedió el paso después de que Ojeda, a través de un silbido y un gesto enérgico, le concediera permiso.

—Al fin estás aquí —dijo el policía por todo recibimiento—. Señorita Cobo.

—Buenos días, inspector —contestó ella.

—Lamentablemente los buenos días han acabado para esta chica —deploró con un gruñido.

Sus pupilas destilaron toda la turbación y el enojo que le embargaban.

César se agachó junto al bulto oculto entre matorrales, de tal forma que su cuerpo dificultó adrede la visibilidad de los que se hallaban a su espalda. Levantó la sábana y un aroma peculiar penetró en su olfato.

—Huele a rosas —comentó mientras analizaba el cadáver—. Esta vez se ha

ensañado mucho más, pero la marca del pecho y las características de la víctima son las mismas.

—Sí, aunque esta es colombiana. —Ojeda encendió un cigarrillo—. Jimena Alamar, veinticuatro años. Todo apunta a que era prostituta.

—En este lugar se reúnen muchas parejas para practicar sexo —intervino Marcela.

El inspector asintió envuelto en una bocanada de humo.

—Sin duda, solo que a ella la trasladaron, no murió aquí. —Mostró un pedazo de papel metido en una bolsa de pruebas—. La forense ha encontrado esto en el interior de su boca. En las otras víctimas no había nada similar.

César se levantó y cogió la nota.

—¿Latín?! —exclamó incrédulo—. Me cago en su puta madre.

Juan Luis Ojeda esbozó una mueca comprensiva.

—¿Quién es este tipo?

—Ni idea —confesó el detective—. No obstante, algo ha cambiado en su manera de actuar. Parece enfadado.

—Eso he pensado yo, y temo que pueda ser el comienzo de una incesante escalada de cadáveres. Debemos detenerlo.

César caviló un instante.

—Tengo que hacer una visita, luego te llamo —concluyó, devolviéndole la nota—. ¿Sabes si tardarán mucho los análisis que faltan?

—Me han asegurado que los tendría hoy y, aunque me mande al infierno, presionaré a la forense para que espabile con esto.

—De acuerdo.

—¿Adónde vamos? —curioseó Marcela ya en el coche.

—A ver a un amigo.

El amigo en cuestión tenía un puesto de pescado en el Mercado de la Boquería, emblemático lugar y punto de encuentro tradicional para compradores y turistas en busca de alimentos frescos y especialidades culinarias. Un edén sensitivo destinado a clientes y amantes de la gastronomía.

—Dios, ¡odio este olor! —dijo Marcela con una mueca de asco mientras recorrían la sección de pescados.

—Pues a mí me encanta —puntualizó César.

—Todo para ti —refutó disgustada.

—César, ¡qué alegría verte! —voceó un tipo con aire de simpático granuja al tiempo que abandonaba su puesto.

Escaso de pelo y rebosante de carne y músculos resultaba patente que le satisfacía la buena comida, puesto que el delantal salpicado de sangre no lograba ocultar su prominente barriga. Marcela se preguntó cómo se lo montaría para verse los pies.

—Mira qué género tan hermoso tengo hoy. ¿Te apetece un buen filete de atún?

—No, gracias —rechazó César con pesar—. Igual no vuelvo a casa hasta la noche

y se estropearía, ¿qué tal estás?

—Estupendamente. —Dirigió hacia Marcela una mirada indiscreta—. ¿Tu amiga?

—Marcela, te presento a José Micalo, más conocido como Pepe Tenderas.

Ella se guardó muy mucho de saludar al hombre con el habitual apretón de manos. Lo último que le apetecía era impregnarse de aquel infame pestazo.

—Encantada —fue toda su concesión.

—Vamos a tomar algo —decidió el tendero despojándose del delantal—. ¡Mari, vigílame el negocio un ratillo!

La mujer del puesto contiguo afirmó con una sonrisa.

—Dime, amigo, qué te trae por aquí —agregó camino del bar.

—Supongo que sabes lo de la muerte de las prostitutas —señaló César.

—Algo he oído.

—Quiero que averigües todo lo que puedas sobre ellas: vínculos, si alguien las molestaba, si se sabe quién fue el último cliente con el que se las vio... Esa clase de cosas. Necesito que las calles hablen.

—Descuida, esta misma tarde me pondré a ello.

Capítulo 42

Marcia, sentada en el despacho, limpiaba un surtido de piedrecillas con una mezcla de agua y vinagre con la intención de usarlas para ayudar a Natali. Mientras apartaba con gesto mecánico las que estimaba inadecuadas su pensamiento se dirigía hacia Varo.

Le amaba.

Así de sencillo y tajante. Y aterrador.

El amor la había envuelto en su manto y ahora percibía el brío de la vida con pujante intensidad. Tomar conciencia de que su universo particular, compuesto por mente y cuerpo, podía alcanzar al fin una renovada armonía, se le antojó muy significativo. Si los sentimientos fueran colores sería totalmente incapaz de precisar la indescriptible gama que se abría ante sus ojos.

De pronto, escuchó la carrera de unos pasos precipitados.

Varo apareció como una tromba inesperada.

La obligó a levantarse y, acorralándola contra el estante, la besó apasionadamente.

Percibió la dureza de su cuerpo. El ímpetu de la sangre inquieta. El ansia desbordada. El latido incontrolado.

Y se rindió a él.

—Pero ¿qué te pasa? —atinó a preguntar tan pronto consiguió respirar.

—Que estoy tan caliente como una cocina de carbón.

—¿Qué has hecho? —inquirió en tono de sospecha.

—Nada —aseguró con una sonrisa taimada—. He visitado a una *delicatae* y mira el resultado.

Llevó la mano femenina a su entrepierna.

Marcia notó la vibración del inquieto sexo.

—Estupendo, te excita una mujer que no puedes pagar y vienes corriendo a buscarme. —Intentó zafarse del abrazo.

No lo consiguió. La estrechaba con tal ímpetu que apenas logró mover un músculo.

—No es cierto —negó impertérrito.

—¿Ah, no?

—No.

Ella entornó los ojos.

—Pues explícate.

—De hecho estaba invitado a disfrutarla.

—Cuídate de sujetarme bien, porque en cuanto me sueltes te muelo a palos —insinuó amenazante.

—No te atreverás.

—No me tientes —declaró forcejeando.

Varo la ciñó más fuerte.

—¡Escúchame! —clamó con energía—. Admito que era tentadora hasta la agonía —atenuó su voz en un matiz íntimo—, pero eras tú a quien yo veía y deseaba. Mi mente y mi cuerpo penaban por ti.

Ella se quedó muy quieta.

—Por eso he venido corriendo. —En sus ojos una verdad tan desnuda que Marcia se estremeció—. No porque esa mujer me cautivase, sino porque, cuanto más la contemplaba, más me encendía al pensar en ti. Estando a su lado he sentido que necesitaba tu calor y tu cuerpo. Que necesitaba desvanecerme en tu placer, no en un coito efímero ocasionado por la lujuria. Mi única lujuria imperecedera eres tú.

Al llegar a ese punto había perdido el aliento.

—Yo...

—Eso sí, un vestido de seda transparente ayudaría.

Su propia broma le relajó, momento que Marcia aprovechó para librarse de su prisión.

—¿Ya no me odias? —ronroneó descarado.

—Calla o di algo mejor que el silencio.

El silencio llegó en un arrebató de besos.

El aire, impregnado con la esencia de un deseo provocador, mitigaba el olor de los apretados manojos de hierbas medicinales atados a cuerdas de esparto al otro lado de la ventana... cuando se oyó un aparatoso carraspeo.

—¿Molestamos?

El sobresalto se llevó la lascivia. A cambio, aportó una buena dosis de frustración.

Quinto y Calpurnia, plantados en la puerta, observaban la escena.

Ella con una sonrisa divertida.

Él con cara de pocos amigos.

Los sorprendidos se recompusieron las arrugadas ropas con gesto apresurado.

—Olvidé que les había invitado a cenar —musitó Marcia—. Tienen algo que decirnos y pensé que era una buena idea. Ojalá me hubiera mordido la lengua.

—¡Madre, qué alegría! —saludó Varo con un gorjeo delator—. Quinto, es un placer verte.

—Seguro —replicó sarcástico.

Calpurnia le propinó un codazo.

—Disculpadme un momento, acabo de llegar y necesito asearme.

Varo se escabulló con una risita.

Marcia pensó que más tarde lo mataría. Probablemente a base de todos los besos interrumpidos, pero lo mataría.

Capítulo 47

—Sabemos que es un sádico —manifestaba César, ubicado frente a la pizarra cuando Ojeda entró en la sala.

Ricardo Querol se puso de pie tendiéndole la mano.

—Hola, Juan Luis, te agradezco que hayas venido.

—No importa —respondió con un apretón—. Como le he dicho a tu socio quería traeros esto. —Enseñó el expediente que portaba en la mano.

—¿Conoces a Marta, nuestro nuevo fichaje?

El recién llegado dedicó una mirada paternal a la joven rubia que le observaba con expresión afable.

—Encantado. —Inclinó la cabeza a modo de saludo.

—Lo mismo digo, señor —replicó la chica.

—¿Son los resultados? —quiso saber César.

El otro asintió.

—Pues explícanos, por favor. —Le invitó a ocupar su lugar mientras él se sentaba al lado de Marcela.

Ojeda sacó de la carpeta media docena de fotos del último crimen. Una a una las sumó a las ya expuestas.

El silencio de los presentes reflejó su repugnancia ante aquella exhibición de crueldad. La víctima parecía una muñeca rota en su extraña postura. Como si la hubiesen tirado de cualquier manera. Como un saco de desperdicios. Desechable y prescindible.

—Ya que todos estáis al corriente —comenzó Ojeda— intentaré resumir esto del modo más sencillo posible. Valente decía que nos enfrentamos a un sádico y así es. Un tipo metódico y sin sentimientos. Y también respaldó su hipótesis de que el responsable está relacionado con Patricia Sáenz de Heredia, por lo que a raíz de la boda de su hermana nos centramos en la investigación de una serie de personas. El resultado dictamina que cinco de los asistentes masculinos fueron amantes de Patricia en algún momento. Que sepamos, en el instante de su muerte tres de ellos aún lo eran: el abogado Daniel Camilo, su profesor de música, Alejo Durán, y Pedro Martí, un importante empresario con el que el padre de Patricia todavía pretende hacer negocios. En principio, tanto las declaraciones como las coartadas de los susodichos parecen sólidas, aunque, por mi experiencia, nunca hay que fiarse a la primera ni creer que quien más lamenta la pérdida es el más inocente.

—Eso dice mi socio —terció Querol con retintín—. Según él, todo el mundo miente.

César le dirigió una mirada aviesa al tiempo que Ojeda esbozaba una de sus infrecuentes sonrisas y, a juzgar por la tensión de sus mejillas, debió dolerle.

—Mi teoría personal era que el Barrio Gótico representaba el único vínculo real entre las víctimas, puesto que las tres primeras habían aparecido allí —continuó el

inspector—. Y digo *era*, porque la aparición de Jimena Alamar en Montjuïc esta mañana la ha tirado por tierra. Entre las pruebas fiables tenemos un molde de la dentadura y, por primera vez, un diminuto rastro que podría pertenecer al asesino: una pestaña. Esperemos que sea así, contenga ADN y nos conduzca a ese miserable.

El hombre realizó una pausa para tomar el vaso de agua que Marta le había dejado al alcance de la mano; dio un sorbo y aprovechó para quitarse la americana.

—Más pruebas —añadió, mostrando lo que a primera vista parecía una fotocopia—. Este es el resultado del análisis del agua de rosas; el espectrómetro de masas indica que se trata de un producto cien por cien natural compuesto de agua purificada y aceites esenciales de rosa. Hemos averiguado que procede del valle de Kelaa M'Gourna, conocido como Valle de las Rosas, al sur de Marruecos. —Le entregó la copia a Ricardo—. Sobre el tema del latín; la grabación de la señorita Cobo revela otra frase: *Amantium irae amoris integratio est*, cuya traducción sería «los desdenes de los enamorados reavivan el amor», atribuida a un comediógrafo romano llamado Publio Terencio. También os traigo un duplicado del mensaje hallado en la boca de Jimena, aunque está todavía por traducir...

—Espera —le cortó Ricardo al recoger el folio—. Esto me suena, creo que es el *Dies Irae*.

—¿Y es...?

—Una secuencia del *Réquiem* de Mozart —participó Marcela, que durante todo el discurso se había limitado a escuchar y escribir en su cuaderno.

—Entre otros, porque originariamente se trata de un poema en latín medieval que habla sobre el Juicio Final y formaba parte de la misa de difuntos —ratificó Querol, levantándose para teclear en el ordenador con energía—. Sí, aquí está el párrafo y la traducción, veamos... —Contrastó el papel que tenía en su poder—. Cito: «Día de la ira, aquel día en que los siglos se reduzcan a cenizas; como testigos el rey David y la Sibila. ¡Cuánto terror habrá en el futuro cuando el juez haya de venir a juzgar todo estrictamente!».

—¿Y qué mierda significa eso? —espetó el policía mientras cogía una silla y se dejaba caer apoyando los codos en la mesa con aire cansado.

—A ver, recapitulemos —propuso César—. En orden temporal tenemos: la cita de un tal Publio Terencio el día de la boda de Rebeca, otra cita de un tipo llamado Juvenal el día del secuestro de Patricia y un poema medieval. ¿Qué tienen en común?

—Déjame ver la copia —pidió Marcela.

—Que las tres están formuladas en latín —contestó Ricardo, cediéndole el texto—. Dos de ellas pertenecen a autores de la antigua Roma y sobre la tercera no tengo ni idea de lo que pretende decirnos.

—Yo pienso que las dos primeras están relacionadas con Patricia —señaló Marta—. La tercera no.

—Concreta —la alentó César.

De forma maquinal o quizás nerviosa, la muchacha se arregló los pechos, como si

el sujetador oculto bajo la ajustada camiseta los oprimiese más de la cuenta y fuera una molestia.

Todas las miradas masculinas convergieron en ese punto.

La otra femenina se manifestó con un carraspeo.

—La primera concuerda con la discusión que contó Chelo —explicó la chica, francamente ajena a la situación—. En caliente, el sujeto aparenta tomárselo como una simple riña de enamorados. Sin embargo, la segunda podría ser la consecuencia de una disconformidad que le llevó a tomar una decisión unilateral. Su voluntad por encima de todo.

—¿Y la tercera?

—No lo sé —admitió con una mueca.

—¿Creéis que ese tipo se considera un ser superior?

Esa vez fueron cuatro pares de interrogantes ojos los que recayeron sobre Marcela.

—Es que me intriga que en la nota, la palabra «juez» esté escrita en mayúscula —aclaró con la copia en la mano.

—Eso encajaría en el perfil —convino César—. Es posible que se vea a sí mismo como un justiciero.

—¿Con qué propósito?

—¿Erradicar la prostitución? —especuló Ojeda.

—Patricia no era prostituta —le recordó Marta.

—A sus ojos puede que sí —conjeturó César en tono grave—. Si descubrió que tenía varios amantes, igual se cabreó.

—Durán admitió haberse disgustado cuando se enteró de que no era el único —alegó Marcela—. Además, habla latín y vive en el Gótico.

—Sí, pero Camilo se puso nervioso ante la mención de las prostitutas.

—En ese caso organizad un dispositivo de vigilancia —recomendó el inspector.

Las cejas de César se elevaron en sendos arcos idénticos.

Ojeda captó la pregunta implícita en ese gesto.

—Le he pedido a mi jefe que me proporcionara los efectivos para vigilar a esos dos, no me fío de ellos —confesó huraño—. Me ha denegado el permiso aconsejándome que husmease en otra dirección.

—¿Por qué?

—Politiqueo —declaró con un alzamiento de hombros—. Al parecer ese abogado es un personaje importante y según el comisario no hay pruebas sólidas que le vinculen a los casos, lo que me deja con el culo al aire porque no tengo más sospechosos.

—Bueno, contamos con los medios de Abelardo Sáenz de Heredia; ya nos encargaremos —hizo constar César—. Mientras tanto, tú puedes localizar los sitios donde se vende esa agua de rosas; tal vez recuerden al comprador.

Capítulo 44

—¿Qué opinas sobre el hecho de que tu madre y mi padre se vayan a tomar las aguas a Aquae Calidae? —preguntó Marcia.

—Que ya son mayores y pueden hacer lo que quieran —contestó Varo.

La clepsidra anunciaba un amanecer inminente y ellos continuaban despiertos.

¿Responsable?

Esa hambre tan pura que dolía llamada deseo.

La noche de brillante luna había transitado lenta, casi acariciándoles, casi cortejándoles al contemplar sus escarceos, colmados un momento y ávidos al siguiente.

Ahora, saciados y fatigados, se miraban a los ojos mientras las lucernas consumían las postreras gotas de aceite.

—Creo que se han enamorado —opinó ella.

—Como dos chiquillos —concordó él.

—Pensé que no te hacía gracia.

Varo torció el gesto.

—Admito que al principio no me pareció bien, pero ¿quién soy yo para cuestionar el propósito de los dioses? —dijo resignado—. Desde mi padre, nunca había visto a mi madre mirar a otro hombre de esa manera.

—¿Cómo le miraba?

—Como una mujer mira a un hombre más allá de la pasión.

—¿Cómo yo a ti? —Bizqueó de forma exagerada.

Él le soltó un manotazo en el trasero.

—Arriba, perezosa, hay mucho que hacer.

Marcia bostezó, desplazándose hacia el hueco que él había dejado libre.

—Voy —murmuró, aunque no se movió.

—Siento que no puedas acompañarme —se lamentó Varo.

—No te preocupes —le tranquilizó—. Soy consciente de que la presencia de una mujer podría arruinar cualquier confianza; es mejor que este asunto lo trates tú solo.

Bostezó de nuevo y cerró los ojos.

Varo aún no había acabado de sujetarse el cinturón cuando la escuchó respirar suavemente. Sonrió con ternura y abandonó la habitación. Salió dispuesto a volver en busca del senador Apolinar, sin resultado por segunda vez. Al parecer, el hombre estaba enfermo y nadie sabía cuándo volvería.

—Varo.

Se giró para descubrir al duunviro.

—Ave —saludó con una sonrisa.

—¿Qué haces aquí? —consultó Druso.

—Intentar hablar con el senador Apolinar, pero está enfermo —le informó—. Esperaré a que mejore, todavía me quedan algunos por interrogar.

Druso comprendió.

—¿Puedo ayudarte? —se ofreció.

Varo lo pensó un instante.

—Podrías presentarme a Fusco —resolvió con gesto agradecido.

—Ahora mismo te acompaño a su casa —accedió de inmediato.

De camino a la parte alta de la ciudad, varias personas les abordaron con la intención de saludar a Druso. No cabía duda de que era un personaje popular y apreciado; para todo el mundo tenía una palabra amable, un minuto de su atención y una sonrisa.

—¿Marcia está bien? —se interesó al cabo de un momento.

—Muy bien.

—Es una mujer encomiable.

—Lo es.

—¿Cómo va la investigación?

—He hablado con unos cuantos de la lista y tengo a un par de hombres husmeando por ahí —fue la respuesta—. Dentro de tres días nos reunimos en casa de Marcia para contrastar datos; puedes venir a cenar si gustas.

—Gracias, iré encantado.

De cara al Circo, la residencia de Fusco resultaba impresionante con sus paredes pintadas de color arena y su enorme puerta de madera.

El esclavo que ejercía la función de portero les recibió respetuoso. Siguieron la estela del hombre a través de lujosas estancias que despedían un ligero olor a incienso.

Fusco, sentado muy tieso en un alto sillón, posaba con aire majestuoso frente al artista que trabajaba con mano firme y ojo crítico el busto del patricio. La pieza mostraba una asombrosa similitud con el modelo, desde el perfil recto de la nariz y el trazo de los generosos labios hasta la ondulación del cabello dorado.

—Querido amigo, ¡qué alegría! —exclamó con un potente chorro de voz.

Despidió al escultor y se levantó, dirigiéndose a ellos visiblemente complacido.

—Lo mismo digo —replicó el duunviro metido en el vigoroso abrazo del anfitrión—. Te presento a Varo, necesito que le ayudes en un asunto.

—Desde luego. —Le tendió el brazo—. *Te saluto*^[13].

—Un placer —correspondió Varo.

—Sentaos, por favor, ¿queréis tomar algo?

Al unísono, los visitantes rechazaron con un cabeceo negativo mientras tomaban asiento.

—Varo investiga la muerte de Briseis y, como la noche que sucedió estuvimos juntos, te agradecería que contestaras algunas preguntas —Druso entró en materia, hecho que Varo aprobó en silencio.

—Una pérdida terrible —deploró el patricio—. Lamento que fuera idea mía invitarla a aquella fiesta.

Todos los sentidos de Varo se pusieron en alerta.

—¿Por qué la recomendaste?

Fusco encogió los hombros al tiempo que señalaba alrededor.

—¿A quién no le agrada presumir de sus posesiones? —inquirió en lugar de contestar—. Siempre apuesto por lo mejor.

—¿Briseis era tuya?

—Se podría decir que teníamos un acuerdo: yo le presentaba a gente de las altas esferas y ella acudía a mí cuándo y dónde yo decía. Esa noche le *sugerí* que fuera amable con Druso.

—¿La indujiste a yacer conmigo? —terció un asombrado duunviro.

—Me has salvado el cuello en varias ocasiones —admitió con naturalidad—. Fue un modo de demostrarte mi gratitud.

—Un gesto estéril si no me entero —discrepó el hombre.

—Descuida, tarde o temprano te hubieras enterado.

—Mira, Fusco —Varo les interrumpió con impaciencia—; por Druso pongo la mano en el fuego y no me quemo. Le creo cuando me asegura que al marcharse dejó a Briseis en la cama, así que debo preguntarte, ¿la mataste tú?

El patricio se agarró los testículos en un ademán solemne:

—Juro que no; cuando me fui de aquella casa Briseis seguía con Druso, y yo también pongo la mano en el fuego por él.

El duunviro carraspeó.

Varo contuvo las ganas de resoplar agriamente.

—¿Dónde estuviste las noches de los días quince y diez anteriores a la calendas de junio?

—Desde mayo ceno a diario en casa de Portia Vitalis, una viuda todavía de buen ver de la tribu Papiria. —Hizo una pausa, como calculando la necesidad de aportar alguna explicación—: Pretendemos casarnos en una unión que nos favorece a ambos; puedes preguntarle.

—Pero tú estás casado.

—Estaba —comunicó el noble—. Me divorcié a finales de abril.

—Aquella noche no estuviste con tu novia.

—Cierto —sostuvo en tono sereno—. Portia se acababa de ir a Baetulo, quería visitar a su hija antes de nuestra boda. Yo aproveché la ocasión.

—¿Te suenan los nombres de Turia de Massalia, Secundilla de Gades o Aemilia Lépidia?

—Creo haber dejado claro que solo uso putas con clase.

Capítulo 45

En el peristilo, Milicus, Natali y Varo se instalaban alrededor de la mesa sin contar con la presencia del duunviro, que finalmente no había comparecido a la hora de la cena. El verano parecía haberse anticipado y las primeras estrellas despuntaban en un firmamento límpido. De fondo, un grillo emitía su canto en algún rincón del jardín, ajeno a cualquier otro hecho que no fuera su propio cortejo.

—¿Queréis beber algo más? —sugirió Marcia despejando la mesa de sus herramientas de jardinería—. ¿Hidromiel?, ¿una infusión?

—Continuaré con el vino —dijo Milicus, tomando la jarra que Feronia acababa de dejar con una sonrisa coqueta.

—Yo tambi-bién —replicó Natali, blanco de aquella sonrisa que correspondió con una gemela.

—Ya está bien. —Varo repicó en la silla situada a su lado—. Estate quieta y siéntate.

Marcia se sentó, decidida a no perderse ni una palabra de esa conversación.

Nada más llegar, Natali les había informado de que el esclavo desaparecido fue hallado en las cercanías del acueducto. El desdichado estaba medio enterrado bajo los árboles, a poca profundidad, y todo apuntaba a que las alimañas se habían dado un festín con el cadáver. El ingeniero que lo encontró en una inspección rutinaria confesó que la visión había sido muchas cosas, menos agradable. A raíz de la teoría sobre la implicación directa del esclavo en el rapto de Aemilia, aquel acto denotaba la astucia de una mente perversa y suspicaz, destinado sin duda a obstaculizar cualquier posible conexión.

—Vayamos al grano —comenzó Varo—. Tras interrogar a los sospechosos y asumiendo que la falsedad es un elemento a tener en cuenta, mi lista se reduce a dos nombres. Sin embargo, antes de desvelar sus identidades me gustaría contrastar vuestros datos.

Milicus y Natali hicieron un gesto afirmativo.

—Podemos descartar a Domitio y a Mamerto —continuó Varo—. El primero asevera que en el momento de los asesinatos estaba jugando en una *caupona*, incluida la noche de la fiesta, que se largó para echar una partida, hecho que confirman varios testigos. En cuanto al segundo, es obvio que prefiere a sus hermanos de sexo.

—Ya te lo di-dije —apostilló Natali—. Es un secre-creto a voces que Mamerto es pasivo, pese a que el tonto pi-piense que nadie lo sabe. Finge poseer jovencitos para disfr-frazar sus verdaderos gustos.

—El senador Apolinar está enfermo y no he logrado hablar con él, no obstante, averigüé que sufre del corazón y es un ejemplo de virtud. Su vida transcurre entre la curia y el hogar, sin devaneos ni entretenimientos. —La expresión de su cara indicó que también lo descartaba—. Con Pomponio tampoco pude hablar, el imbécil me despidió de mala manera.

—Yo sí puedo aportar algo sobre él —intervino Milicus—. Ya sabíamos que le gusta zurrar, aunque, según varias prostitutas, siempre expone sus intenciones y paga por adelantado. Ellas saben de antemano a lo que se enfrentan.

—Se-se encarga él mismo de buscarlas en la ca-calle y llevárselas a un almacén que ti-tiene alquilado en el puerto —Natali ratificó las palabras del tabernero.

—Es uno de mis sospechosos y de momento no hay ninguna particularidad que le excluya —el tono de Varo sonó cáustico antes de añadir—: ¿Qué más? Ah, sí; el juez Sura conocía a todas las víctimas, incluida Aemilia, si bien solo de oídas. Mantenía relaciones con las *felatoras*, vicio que practica a escondidas, porque teme a su esposa más que a los dioses.

—Ese tipo es un co-cobarde hipócrita que alardea de unos principios y luego se caga vi-vivo —sentenció el policía—. No me lo imagino matando a na-nadie sin desmayarse.

—Precisamente por eso decido eliminarlo —acotó Varo—. En cambio, el testimonio de Fusco resultó interesante.

Tres pares de orejas prestaron atención.

—Él fue quien introdujo a Briseis en la fiesta del juez con la intención de ofrecérsela al duunviro, declarando al mismo tiempo que no conocía a las otras, ya que solo se relaciona con meretrices de categoría.

—Eso no implica que no las matara —dijo Marcia.

—En efecto —convino Varo—; pero he comprobado que dice la verdad cuando alega que en todas las ocasiones estuvo con su futura esposa, salvo la noche de la Carnaria, que dejó a Briseis en manos del duunviro. Lo que nos lleva a la cuestión de por qué Capito sostuvo que la recomendación partió de Druso. Esa posible mentira le convierte en un claro sospechoso y le deja en una posición extraña. O es tan memo que se incrimina sin percatarse o confía demasiado en sí mismo.

—Qui-quizás se confundió —apuntó Natali.

—Lo dudo —discrepó Milicus—. ¿Acaso admitió que es igual de bruto que Pomponio?

Varo le miró con el ceño fruncido.

—¿Conocéis a Vibio, el de la *caupona* que está al lado del lupanar de Graco? —continuó con aire pretencioso—. Una de sus chicas me explicó que hace unos meses un esclavo la contrató para el juez. Cuando la condujeron ante Capito, se horrorizó al descubrir los grilletos y látigos que el tipo pretendía usar. La pobre aún temblaba de alivio mientras me relataba como la despachó porque no le agradó su aspecto.

Semejante parrafada acabó con el aliento del tabernero, viéndose obligado a gratificarse con un largo trago de vino.

—¿Qué se sabe de la persona que contrató a Turia? —Varo se dirigió a Natali.

—Ni rastro. Me ha sido impo-ponible conseguir alguna pi-pista.

—¿Y qué me dices del duunviro? —terció Milicus—. Le han señalado dos veces como al último hombre que estuvo con Briseis. ¿Por qué descartarlo?

—Porque yo no voy por ahí matando a la gente. —El aludido, apareciendo de improviso, contestó con tal rotundidad que cortó el aire—. Siento haberme perdido la cena —se excusó ante Marcia para luego dirigirse a Varo—. Mi esclavo principal ha pillado a una de las nuevas muchachas fisgoneando en mi despacho. Me ha costado mucho, pero al final he conseguido que me confesara la razón: alguien le pagaba para espiarme. ¿Adivinas quién?

—Supongo que tienes muchos enemigos.

—La muchacha pertenecía a Lide —reveló Druso.

—Capito —dedujo Varo con los labios apretados.

—¿Quién es Lide? —Quiso saber Milicus.

Nadie despejó su curiosidad.

—Esa mujer es la diosa Discordia —masculló el frumentario—. Evidentemente, su puesta en escena fue un intento para desviar mi atención.

—¿Quién es Lide? —repitió el tabernero.

—Una maniobra deliberada —coincidió el duunviro—, y sin duda, muy bien remunerada, hasta el punto de mentir en algo tan descarado como proclamar que estuvo en la fiesta cuando en realidad la contrató el senador Spurio para participar en una orgía.

—Brindándole una excusa al juez.

—¿Quién es Lide?! —tronó Milicus por tercera vez.

—La *delicatae* que Capito pagó para que se acostara con Varo —respondió Marcia con acritud.

A Milicus se le pusieron los ojos como platos.

—¿Te has acostado con una *delicatae*?

—No.

—¿Por qué no? —Natali pronunció cada palabra sin interrupción.

Varo contempló a ambos con pinta huraña.

—Porque no —rezongó.

—¿Eres tonto? —especuló Milicus.

El objeto de esa absurda pregunta levantó el puño.

—Si a mí me ponen por delante a una *delicatae* ni me lo pienso. —El otro hizo caso omiso de la amenaza.

—Basta ya —aconsejó Druso con timbre apaciguador—. Este asunto es mucho más importante que fornicar con una puta u otra. —Giró el cuello hacia Marcia—. Disculpa mi lenguaje.

—No me lo puedo creer —resopló un desilusionado Milicus.

Capítulo 46

César estudiaba las fotografías forenses en busca del maldito vínculo que intuía estaba allí y se le escapaba. La teoría de Ojeda sobre los escenarios no le parecía tan descabellada como para descartarla sin ahondar un poco más en ella. Tres de las cuatro víctimas habían aparecido en el mismo barrio y eso no podía ser casual. Debía encerrar algún significado que aún no habían logrado descifrar.

A solas en la sala de reuniones, el sonido del tráfico, amortiguado por el doble acristalamiento, le ayudaba en cierto modo a pensar. Sentado frente al ordenador se dedicó a navegar por la red revisando las escenas de los crímenes.

«Un momento», se dijo con el ceño fruncido.

Lleno de curiosidad analizó el último escenario.

Y de pronto notó como si una descarga eléctrica le vapuleara los sentidos.

—Coño —renegó en voz alta.

—Amén —replicó Ricardo—. Buenos días —canturreó a continuación. Ese hombre cada día estaba más eufórico y César se alegró para sus adentros, porque decírselo sería invitarle a exteriorizar sus emociones y bastante tenía con las propias. Lo último que ahora necesitaba era a un par de tipos en plan romántico—. ¿Dónde anda Marcela?

—Se ha empeñado en ir a la pastelería, sospecho que pretende cebarnos —al mencionarla, su timbre adquirió un involuntario matiz íntimo.

—Te gusta esa mujer, ¿eh?

El interrogado levantó la vista para lanzar una mirada neutra.

—En el momento que se me ponga la misma cara de imbécil que tú tienes, avísame —contestó con el ánimo de jorobar.

El desplante no surtió el efecto deseado.

—Ya la tienes —se mofó Querol.

César bajó la cabeza justo a tiempo para ocultar la sonrisa que sin duda ilustraría su verdad.

—Sí, lo suponía —admitió—. Y no me importa.

Marta, como de costumbre, llegó pisando fuerte.

—Hola.

Ambos hombres observaron los posteriores movimientos con evidente interés. Ignoraban si el ritual llevado a cabo por la chica se debía a algún tipo de manía o si se trataba de un ejercicio irreflexivo. El caso era que todas las mañanas sacaba de su bolsillo un pañuelo de papel para depositar el chicle que siempre traía consigo. El pañuelo desaparecía en el interior de su mochila a cambio de un cuaderno de tapas marrones garabateadas con dibujos que solo ella entendía y un bolígrafo de plástico transparente con tinta roja. Aún no la habían visto escribir con otro color. El material, junto a su móvil, iba a parar encima de la mesa de forma perfectamente simétrica.

Solo entonces tomaba asiento y parecía estar en condiciones de prestar atención.

Una atención que Marcela recabó para sí tan pronto apareció oliendo a chocolate caliente y pasteles.

—He muerto y estoy en el cielo —declaró Querol con ojos golosos.

Marcela había entrado con buen pie en la agencia, ganándose rápidamente la simpatía de la gente, pero aquel gesto franco consiguió que todos la adorasen. Y César sintió un agradable arrebató de orgullo.

Quince minutos más tarde no quedaban ni las migas. De no ser por los restos del chocolate en las tazas nadie pensaría que allí había acontecido un festival de azúcar. Hojaldres, bollos de crema, cruasanes, bizcochos rellenos de nata, pequeñas tartas con frutas... Un sabroso surtido de dulces que arrancó más de un suspiro de placer.

—¿Comenzamos? —propuso César, chupándose los dedos—. Acabo de descubrir el denominador común entre los escenarios... —Hizo una deliberada pausa en tono de suspenso y añadió—: Roma.

—¿Roma? —la voz de Marcela surgió pasmada.

—Concretamente la antigua civilización romana —explicó consultando los apuntes que había tomado—. Patricia apareció en una necrópolis de hace dos mil años. Ileana al lado de la vieja muralla. Esa especie de piedra redonda que se ve bajo el cuerpo de Mariya es ni más ni menos que el *Ara Augusti*. Indica el lugar exacto donde se hallaba el ara del templo y centro de la Barcino refundada por Augusto.

—Pero Jimena apareció en Montjuïc —subrayó Querol, interrumpiéndole.

—Claro, siempre y cuando no sepas que para los romanos era El Monte de Júpiter.

La boca de su socio se abrió como un buzón.

—Tenemos a un tipo cuyo interés por Roma resulta patente —continuó César—. Deja los cadáveres en lugares relacionados y cita a personajes de aquella época, aunque es posible que solo se trate de algún tipo de fascinación histórica. No obstante, sigo manteniendo que la clave está en Patricia, así que Marcela y yo daremos un giro a esto investigándola a ella mientras vosotros vigiláis al abogado y al profesor.

«Y quizás sigo el consejo de cierta adivina».

Capítulo 47

En el Imperio, Trajano llevaba a cabo la expansión del este anexionando el reino nabateo, convirtiéndolo así en provincia romana con el nombre de Arabia Pétreá.

En Hispania, la tierra que vio nacer al propio Trajano, a Séneca y a Lucano, un grupo de célebres bailarinas gaditanas se disponía a partir hacia Roma, destinadas a animar las picantes veladas de la aristocracia con esas danzas que el bilbilitano Marcial describió como «contoneo tan tembloroso, ardor tan blando, que haría masturbarse al propio Hipólito». Un entretenimiento tan exportable como el vino, el aceite o el apreciado garo.

En Tarraco, Varo fingía una borrachera tirado en la acera frente a la casa de Capito. Oculto al amparo de una mugrienta capa, como si el calor no le afectara, acostado en posición fetal simulando un sueño que no tenía, las horas trascurrían con una lentitud desesperante. Esa vez la paciencia se convertía en una enemiga más que en una aliada.

A su alrededor un ama de casa cocinaba con el fogón en medio de la acera mientras le vigilaba de reojo. Sobre la parrilla metálica, el puchero también de metal, despedía un aroma especiado que perturbaba sus tripas. Otras mujeres, en cambio, se dedicaban a embellecerse junto a sus amigas, amonestando a los chiquillos que no cesaban de incordiar con sus carreras tras un aro que se peleaban por manejar.

Aquel trajín dificultaba su propósito: colarse en la vivienda sin ser visto. La experiencia le había enseñado que husmear entre las posesiones de la gente solía aportar detalles de los que ellos mismos ni eran conscientes. Pistas sobre su temperamento, sus gustos y sus secretos.

Había empleado cinco días en inspeccionar el entorno y conocer la rutina de los habitantes, a sabiendas de que toda la información reunida no serviría de nada si no cogía al juez *in fraganti*. Cosa que, hasta el momento, no había sucedido.

Estiró las piernas, que ya sentía entumecidas, y lanzó un falso ronquido ebrio.

El sonido captó la atención de un gato.

El minino, negro como el carbón, dotado de unos llamativos ojos amarillos y de tamaño considerable, cesó en la limpieza de su pelaje y saltó al suelo desde el cesto de esparto ubicado en la esquina opuesta. Se acercó con el claro propósito de investigar a ese raro sujeto que había ocupado una parte de la acera.

Varo percibió el sutil roce de los bigotes curioseando su rostro.

—Vete —murmuró a media voz.

El gato le dirigió una mirada arrogante, contestándole con un maullido.

El supuesto indigente sopló el hocico gatuno, gesto que el animal consintió con frío desdén. Giró sobre sí mismo con tal parsimonia que por un momento Varo pensó que se disponía a irse.

Nada más alejado de la intención felina.

El muy traicionero apuntó los genitales contra su cara y disparó un chorro de

orina, mojándole el borde de la capa.

—Que te vayas —masculló propinándole un manotazo.

Aquella bestia peluda, sin duda curtida en mil escaramuzas callejeras con el fin de preservar un territorio considerado propio, no se amilanó. Arqueó el erizado lomo, retándole desde su agresiva mirada amarilla. La advertencia llegó a modo de siseo justo un segundo antes de extender la pata. Varo sintió el toque de las afiladas uñas arañándole desde el puente de la nariz hasta la mejilla. Instantáneamente notó el doloroso escozor del zarpazo y el calor de la sangre. Sacó el puñal de la muñequera, decidido a acabar con ese granuja insolente.

El gato había desaparecido.

Capítulo 48

Juan Luis Ojeda encendió el enésimo cigarrillo con los codos apoyados en su mesa y la expresión ausente, harto de darle vueltas al asunto, de ese indescifrable cabrón y de que sus superiores continuaran erre que erre demandando conclusiones.

La antigua Roma. Fantástico. Esa conexión encontrada por Valente resultaría significativa si aclarase algo, pero como no fuera que el tipejo estaba peor de lo supuesto, se creía un general o estaba atrapado en el tiempo, el hallazgo no tenía ni pies ni cabeza.

De modo que seguían como al principio.

La fortuna debía de estar al lado de aquel maldito asesino, ya que el resultado de la prueba de ADN no aportaba detalle alguno, puesto que ni aparecía en las bases de datos ni había con qué compararlo. Era igual de inútil que el testimonio proporcionado por las dependientas de la perfumería L'Arôme, el único sitio de la ciudad donde vendían específicamente la dichosa marca de agua de rosas. El comercio no disponía de cámara de vigilancia y las muchachas fueron incapaces de trazar un retrato de entre la dispar clientela que adquiría aquel producto.

Ni siquiera la vigilancia de los principales sospechosos había contribuido a solucionar el caso.

Al profesor Durán lo descartaron al seguirle la pista hasta una peña futbolística y comprobar que en las fechas de autos se hallaba allí viendo partidos en la pantalla gigante, acompañado por una cincuentena de testigos. Aficionado al fútbol y a las mujeres, dividía su tiempo entre ambas pasiones. La primera en un local del barrio. La segunda, en su casa, al amparo de unas clases musicales que Ojeda dudaba rindieran fruto, hecho que, por supuesto, los vecinos ignoraban, ya que todo el mundo se deshacía en elogios hacia aquel hombre de modales educados.

Referente a Camilo, la investigación había resultado curiosa cuando menos: el motivo de su nerviosismo no era otro que ser el encubierto propietario de Delicatae, uno de los más célebres prostíbulos de la capital frecuentado por importantes clientes del mundo político y empresarial. Desde renombrados banqueros a próceres de medio pelo acudían en busca de señoritas de alta categoría.

Y, hablando de prostitutas, el confidente de César había averiguado que las víctimas eran chicas emigradas de sus países con la esperanza de conseguir una vida mejor. Lamentablemente se habían topado con una realidad muy distinta. En manos de proxenetas sin escrúpulos hacían la calle cambiando de zona con regularidad, circunstancia que Ojeda había confirmado a través de sus propios soplones.

¿Cómo conciliar todo aquello sin sentir que conducía a un callejón sin salida?

Capítulo 49

Detrás de la ventana una figura velada observaba la calle.

La persistencia de aquel frumentario entrometido le resultaba graciosa, máxime cuando la certeza apuntaba a que aquella vigilancia acabaría siendo inútil. Ni el paso de los días, ni la ayuda de dioses bienintencionados serviría al espía para descubrir la mínima pista. La astucia, amiga de la vileza, le brindaría el regocijo de actuar frente a sus narices y el tipo ni se percataría.

Su estrategia de raptó representaba una incomparable obra maestra de la que se vanagloriaba. Por supuesto, una bolsa de monedas protagonizaba el primer reclamo. Un certero golpe que dejaba sin sentido a la incauta era el siguiente movimiento natural. Las piezas capturadas entraban y salían escondidas en el carro de las provisiones y, tratándose de algo habitual, nadie sospechaba de un vehículo que portaba víveres a cargo de los fieles esclavos de la casa, aunque fuera en plena noche.

Un procedimiento efectivo, discreto y, ante todo, perfecto.

Perdió el rumbo de su pensamiento en la excitación febril producida por el recuerdo. Todavía le emocionaba la sorpresa de sus cautivas al descubrirse en aquella situación. Lo desolador era que ninguna de ellas fuese capaz de alcanzar el grado de entrega de la única mujer que le había arrastrado a la locura.

Con el ojo de la mente retrocedió a un pasado que ya se le antojaba demasiado lejano.

—Harás lo que yo diga, ¿verdad? —advirtió en tono cálido.

Ella asintió temblorosa, prisionera en su propia cama día tras día sin posibilidad de escape. Él se había asegurado de que nadie la auxiliara.

—Tu beso es tan extraordinario que me pongo tieso como una lanza solo al pensarlo.

—Por favor —rogó a media voz, tremendamente pálida.

—Adoro que me supliques —musitó con el aliento agitado—; porque sabes que te lo voy a dar, ¿no es cierto?

—Yo no...

—Chssss —la conminó a callar, acariciándole el mentón—. Madre, ambos entendemos que esto es una perversión, sin embargo, mi mente no atiende a razones profanas en lujuria.

Se despojó de la túnica para que le contemplara en todo su esplendor.

—Estoy seguro de que aprecias mi deseo, después de todo, eres una puta ardiente que disfruta con cualquiera. ¿Por qué me negarías mi derecho?

Una lágrima resbaló de los ojos verdes de la mujer.

—No pretendas hacerme creer que te desagradan ni mis actos ni mis palabras —adujo molesto—. Me ofende que simules repulsión cuando es evidente que te mueres por proporcionarme placer, ¿a que sí?

Ella volvió a asentir, a sabiendas de lo que sucedería en caso contrario.

Él trepó su cuerpo, sentándose sobre sus senos.

—Al fin mi padre ha tenido el buen juicio de morirse; nada se interpone entre nosotros y yo ya no soy un chiquillo tímido —declaró, introduciéndole el pulgar en la boca—. Disfruta de mis atenciones ahora que soy el hombre con el que siempre soñaste.

Capítulo 50

Mientras el inspector Ojeda caía en el desaliento, César y Marcela habían encontrado una pista respecto a Patricia.

—Cuando todo aquello que es posible ha sido eliminado, lo que quede, por muy improbable que parezca, es la verdad —había dicho César citando la conocida sentencia de Sherlock Holmes.

Bajo esa premisa ahondaron en la vida de la joven. Sabían que había sido precoz en su sexualidad, que sentía inclinación por los hombres maduros y que sus amantes eran conocedores de la existencia de otras relaciones. Al margen de esos intereses personales, la joven tenía la reputación de ser una estudiante aventajada, una hija cariñosa y una buena persona en general.

Pero si todo eso ondeaba la bandera de lo notable, aunque parcial y superfluo, la información prometedora surgió de la manera más imprevista.

A través de sus datos financieros.

El local mencionado por Daniel Camilo en realidad resultó ser una propiedad alquilada por la propia Patricia. Según el registro había arrendado un antiguo bar musical situado en el barrio de San Antonio en cuanto cumplió la mayoría de edad. Y lo más relevante era que nadie parecía saberlo.

Al telefonar a Chelo para preguntarle por el asunto, la chica demostró con un desgarrador quejido su genuino asombro, por no mencionar la conmoción de Abelardo Sáenz de Heredia, que proporcionaba los medios con la legítima credulidad de un padre confiado sin saber a qué uso los destinaba su hija.

Ahora, la falta de efectos personales de Patricia adquiriría la trascendencia que no se le había otorgado al principio. Alguien conservaba las pertenencias sustraídas a la chica. Alguien que continuaba sufragando el alquiler del local, ya que poseía los detalles de la cuenta bancaria e ingresaba los pagos regularmente valiéndose de cualquier cajero automático.

Alguien que sin duda era su asesino.

Pero ¿quién?

Cuando fueron al banco, Marcela sintió el fuerte deseo de pegarle una patada al director allí donde no le daba el sol. De acuerdo, el hombre debía respetar la confidencialidad y no podía revelar detalles de los clientes sin orden judicial, y mucho menos a un detective privado y a una reportera, eso lo entendía. Lo que le tocaba la moral era que ni siquiera explicándole que se trataba de un asesinato, y que quizás esa información ayudaría a resolver el caso, el tipo había hecho la vista gorda, aunque solo fuera un poquito.

Obcecada, sin querer aceptar la derrota, se dedicó a ponerle de vuelta y media.

César la sacó de allí a trompicones.

—¿Qué haces? —la regañó—. ¿Estás mal de la cabeza?

—Yo seguro —masculó airada—. Pero ese sujeto está peor.

—Está en su derecho.

—Y yo en el mío de mentar su árbol genealógico —contestó en tono glacial.

—Marcela, ¡por Dios!, haz el favor de controlarte.

Los hombros femeninos se hundieron.

—No puedo —confesó abatida—. Ese asesino malnacido está consiguiendo sacar lo peor de mí, ¡y no tenemos nada!

Él suspiró.

—Vale; entiendo tu frustración, pero esto no es una peli. No podemos llegar, preguntar y soltar un par de hostias si no nos gusta la respuesta.

—Admite que ese individuo se las merecía.

La boca de César se curvó en una incontenible sonrisa.

—Aunque no sea correcto, voy a reconocer que me he quedado con las ganas de apretarle el nudo de la corbata.

—¡Ja! —exclamó triunfal.

El local de Patricia se hallaba relativamente cerca del banco. El sitio no tenía aspecto de haber sufrido ninguna transformación. La persiana de hierro estaba sucia, llena de polvo y grafitis, y no parecía haberse abierto desde hacía mucho tiempo.

Durante la siguiente hora, en direcciones opuestas, se dedicaron a conversar con los vecinos. Volvieron a reunirse en la terraza de una cervecería y frente a sendas jarras contrastaron datos.

—Muchos comercios han cambiado de dueño y los nuevos ni siquiera recuerdan el bar en funcionamiento —detalló Marcela—. Otros aseguran no haberse fijado en si alguien entra o sale y la mayoría no sabe, no contesta.

—Una vecina me ha dicho que se accede al local por una puerta contigua dentro del edificio. Afirma haber visto entrar a una muchacha en compañía de distintos hombres, costumbre que le parecía una indecencia, porque, ¿qué hace una chica joven con esos hombres mayores? —César esbozó una mueca—. Por la descripción era Patricia.

—¿Y desde que ella no está?

—Ese tema no lo tenía controlado —la voz masculina adquirió un tinte de puro comadreo—. Su hija vive en Madrid y tuvo que irse a cuidarla en las últimas semanas de embarazo, todavía no se ha puesto al corriente con las novedades del barrio. Ha sido una conversación muy interesante, la buena señora me ha brindado todo un manual sobre madres e hijas del que pienso tomar nota.

Marcela puso los ojos en blanco.

—¿Qué opinas de visitar Tarragona? —soltó de repente, pillándola desprevenida.

—¿Cómo?

—Bueno, ya que este asunto parece tener algún tipo de misterioso vínculo con Roma, que Tarragona fue una ciudad romana a la que Sagana nos aconsejó ir y que todo junto tiene pinta de ser un enredo de tres pares... Se me ha ocurrido que por acercarnos no perdemos nada. Suena a despropósito, pero igual hallamos una pista.

Nunca habían hablado de ello, tal vez porque en cuanto se hallaban a solas, la mayor parte de sus conversaciones versaban sobre sus emociones. Charlas donde aprendían a conocerse más allá de lo que sabían o intuían del otro sin preguntarse de dónde procedía dicho conocimiento, donde se maravillaban de sus emociones y donde ni se planteaban introducir ningún tema ajeno a ellos mismos.

—No insinuarás que creíste a la vidente. —Marcela no cabía en sí de asombro.

—¿No te intriga saber a qué se refería?

—En absoluto. Además, jamás he ido a ese sitio ni pienso ir; no me atrae nada de nada —rechazó, como si la hubieran invitado a Marte.

—Pero...

—Perdonen la interrupción, ¿son ustedes las personas que preguntan por la gente del bar musical?

Ambos giraron el cuello para descubrir a una mujer con toda la estampa de una mendiga pegada a un carro de la compra. En el gastado armazón se amontonaba lo que sin duda representaban todas sus pertenencias. Mantas, cartones y cacharros de cocina se entremezclaban con bolsas de plástico y botellas vacías. Atado al carro con un cordel, un perro blanco observaba expectante, quizás con la esperanza de que esos extraños le hicieran un mimo.

—¿Cómo se llama? —César señaló al animal.

La mujer le dirigió una mirada confusa.

—Albo —contestó—. Es un podenco.

—Albo, ven. —El perro se acercó cauteloso—. ¿Quieres comer? —le preguntó acariciándole las orejas—. ¿Crees que a tu dueña y a ti os apetecería un bocadillo?

El chucho ladró batiendo la cola como un ventilador.

—Camarero, por favor —llamó—. ¿Podría encargarme cuatro bocadillos para llevar? ¿Tortilla, lomo, jamón y queso? —la segunda pregunta la destinó a la mujer. Ella asintió en silencio.

—Señor, lo siento, pero... —El camarero intentó oponerse.

La indigente se tensó y César insistió en tono firme:

—Limítese a prepararlos, por favor. Y no tema; la señora tiene otros asuntos que atender y no puede quedarse. Ah, y añada un par de botellas grandes de agua y media docena de latas de refresco.

El hombre desapareció y la mujer elevó la vista al cielo.

—Gracias —murmuró.

—Para nada —respondió—. Es solo un pequeño detalle a cambio del enorme favor que nos va a hacer.

La confusión volvió a dibujarse en el rostro de la mendiga.

—Estoy seguro de que nos va a contar algo muy interesante —dijo confiado—. Por cierto, ¿cómo se llama?

—Julia. —Por primera vez, sus músculos faciales adquirieron un cierto aire distendido antes de continuar—: Vi en la prensa que la chica del local había sido

asesinada. Al poco tiempo empezó a venir un sujeto que me da mala espina.

—¿Le había visto con ella alguna vez?

—No.

—Quizás es el nuevo inquilino —especuló Marcela.

Julia encogió los hombros.

—Todo es posible —admitió—. Entra casi a hurtadillas y en algunas ocasiones aparece con una maleta enorme con toda la pinta de pesar tres veces más que él.

—¿Sabría describirle? —sugirió César sin dejar de acariciar al perro.

—Claro —afirmó segura—. Es alto, moreno, de entre cuarenta y cinco y cincuenta años, apariencia pulcra, siempre trajeado... —Calló con la vista clavada al final de la calle—. Qué casualidad, ahí llega.

Tan pronto como posaron los ojos en el hombre señalado por Julia se miraron incrédulos.

Aquello no podía ser cierto.

Que el fulano apareciera como por arte de magia al nombrarle ya era de por sí surrealista, pero que encima se tratara de la última persona imaginable resultaba escalofriante.

César se levantó de un salto, sacó la cartera, tiró un billete sobre la mesa y le dijo a Marcela:

—Paga la cuenta y llama a Ojeda.

—¿Adónde vas? —exclamó alarmada, poniéndose de pie.

—A pillar a ese hijo de puta.

Capítulo 5

Solsticio de verano

La costumbre dictaba que esa noche había que mantenerse despierto.

Antorchas y lucernas iluminaban las casas mientras se prendían hogueras por todo Tarraco para que el vigor del sol no menguase y propiciase excelentes cosechas. Los más atrevidos saltaban tres veces por encima esperando atraer a la fortuna y purificarse.

En la penumbra del dormitorio, Marcia, de forma inconsciente, se pasó la lengua por los labios y Varo se sorprendió embelesado. Ese gesto prohibido en público, considerado una invitación a la intimidad, le agitó la sangre.

Habían hecho el amor con una languidez ajena a su indomable pasión.

Y todo apuntaba a que iban a volver a hacerlo.

—Bésame otra vez —su voz sonó ronca.

Marcia, antes de cumplir la petición, se demoró un instante en una serie de lengüetazos traviosos a lo largo del rasguño producido por el felino, aunque para entonces la herida apenas era un recuerdo.

—Gato malo —susurró junto a su boca.

—Esa bestia casi me despedaza —protestó con un fingido puchero.

—En cuanto me lo eche a la cara lo mato —aseguró reprimiendo la risa.

—Ahora págame la apuesta —Varo dejó caer la frase como al descuido.

Ella percibió el éxodo de su respiración buscando la manera de escabullirse.

Él pareció adivinar su intención, movió la cabeza en sentido negativo, y esbozó una sonrisa tan impúdica que se supo atrapada. En respuesta, percibió el vertiginoso latido de su corazón al separar los muslos. Expuesta frente a él, pulsó su clítoris y respingó.

Ese era el premio que Varo reclamaba. La ofrenda de un onanismo que cruzaba el confín de lo privado para trocarse en un ejercicio compartido.

Día tras día, Marcia había comprendido que el sexo junto a Varo adquiriría tintes lascivos. Aquella era una demostración fehaciente de lo poco que le importaban a él los convencionalismos y cuánto le satisfacía la gloria del placer. Prácticas censurables fluían en el regusto de dulces regocijos, al amparo de un secreto para dos.

Sus dedos surcaron los pliegues mientras la sensualidad desplegaba sus imaginarias alas.

El éxtasis arribó pronto, destructor e impenitente.

—Me estremeces —confesó él—. Quiero morirte en ti, ahogar este deseo que me abrasa.

Ella redujo la distancia y se montó a horcajadas sobre su regazo.

—Y tú me estremeces a mí —le hizo saber en un murmullo.

Varo guio su miembro hinchado de flujo y deseo, invadiéndola.

Marcia cabalgó con húmeda suavidad.

Las lenguas, como pioneros en tierra virgen, colonizaron un territorio rendido que les forzó a gemir bajo el presagio de un reto febril al tiempo que sus alientos se enredaban en una vorágine voluptuosa.

Planearon sobre el dolor. Sobre el dolor y el placer. Dolor por el ansia de liberación. Placer por el empeño de que esa anhelada libertad durara eternamente.

El calor aumentó.

El aire se tornó irrespirable.

Pero ellos ni siquiera lo percibieron.

Perdidos en los ojos del otro remontaron el clímax entre gritos conquistados a base de lujuria.

Minutos más tarde Marcia sucumbió al sueño.

En cambio Varo no pudo pegar ojo. Y no porque una tradición lo estipulara así, sino porque no conseguía apaciguar su espíritu. Ni intentándolo con todas sus fuerzas se quitaba de la mente a aquel sucio asesino.

Corría la segunda vigilia cuando supo que no podía quedarse en la cama. Fuera lo que fuese, algo le impulsaba a volver a casa del juez. Tal vez esa noche, la relajación de los hábitos le permitiera llevar a cabo su cometido.

Con esa idea entre ceja y ceja se levantó y se vistió. Se aseguró de que Marcia continuase dormida y antes de salir cogió un odre de vino de la cocina. Las hogueras se extinguían lentamente al emprender el camino. El aire olía a humo, a sensualidad y a embriaguez. Cerca de su objetivo se transformó de nuevo en un borracho. Se cubrió con la capucha y vertió parte del vino sobre la capa. Entonó una canción beoda. Trastabilló aparatosamente como si fuese incapaz de mantener el equilibrio. Simuló orinar mientras examinaba los alrededores.

No había duda de que Capito tenía invitados. Frente a la casa, algunos esclavos esperaban a sus dueños al lado de las literas. Se burlaron de él con abierta animosidad y, en un acto malicioso, Varo les enseñó el dedo corazón.

Al momento, el traqueteo de un carro atrajo su atención. Un hombre de apariencia escuálida tiraba de una mula con idéntico aspecto hacia el interior del callejón. Fuera lo que fuese lo que portaba aquel vehículo permanecía oculto bajo un pedazo de arpillera.

¿Suministros en mitad de la noche? Qué raro, eso no tenía sentido.

Intrigado, los siguió hasta la entrada posterior de la casa, donde hombre y bestia desaparecieron tras la puerta. Una vez allí, vaciló pensativo, ¿era sensato colarse en aquellas circunstancias? Quizás sí. Quizás no. No lo sabría si no lo intentaba. Contó mentalmente hasta cien y acto seguido, ayudándose de los fardos de paja amontonados, sorteó el muro y aterrizó en el corral. Enseguida captó el pestilente

aroma del excremento animal mezclado con la humedad de la tierra. El resplandor de la luna le proporcionó la iluminación necesaria para ver sin dificultad. Ni rastro de seres humanos. Las aves dormían en el cobertizo, el carro estaba en un rincón y la mula en su cuadra. El animal le dirigió una mirada indiferente y siguió comiendo su heno.

Se despojó de la capa y con paso decidido atravesó el umbral. Procurando pasar inadvertido, evitó el resplandor de las antorchas sujetas a las paredes guiándose por el tañido de los címbalos. Oculto tras una columna vislumbró a una decena de personas entregadas a los goces de la comida, la bebida, la música y la lujuria. Identificó a Capito, a Lide, al senador Pomponio, a un par de prostitutas que había visto en el lupanar de Paullianos y al juez Sura dando rienda suelta a su vicio fuera del alcance de su esposa.

Recorrió las estancias encomendándose a los dioses.

Súplica que a punto estuvo de convertirse en un fracaso cuando casi se dio de bruces con un muchachito cargado con una bandeja de frutas. Se escabulló tras una puerta, adentrándose en un amplio dormitorio. Con el corazón en un puño atisbó la inmóvil silueta femenina tumbada en la cama. Cauteloso, se acercó. Bajo la tenue luz de una solitaria lucerna la joven parecía dormida. Un análisis minucioso sugirió que estaba inconsciente. El cabello rubio, desparramado entre las almohadas, destacaba su hermosura. La ropa y el maquillaje indicaban que se trataba de una prostituta. Sin embargo, lo que capturó su atención fue la postura del cuerpo. La mujer tenía muñecas y tobillos atados a la cama.

Un cúmulo de malos presagios le estremecieron. ¿Otra víctima? ¿Con invitados en la casa? La osadía de ese hombre era increíble.

Sin perder más tiempo sacudió a la muchacha en un intento por despertarla, pero fue inútil. Respiraba, aunque su letargo parecía antinatural. Debía de estar bajo los efectos del opio. Frustrado, extrajo el puñal y, con cuidado, cortó las ataduras. Al introducirlo entre la cuerda y la piel del tobillo entrevió el enunciado *seqvere me*^[14] tachonado en las suelas de las sandalias.

Y eso fue lo último que vio. De repente, el mundo se tornó negro.

Cuando volvió en sí, notó un zumbido en los oídos, como si tuviera una colmena de abejas en los sesos. Atado a una silla y, desde luego, en condiciones nada ventajosas, su disposición al auxilio le había conducido al desastre igual que a un torpe aficionado.

Se enfadó. Mucho.

¿Qué ganaban los dioses fastidiándole de aquella manera?

Un hombre de tez oscura le observaba con aire desafiante.

—Ha despertado —le dijo a alguien oculto entre las sombras.

—Puedes irte. —Varo reconoció la voz de Capito.

El otro obedeció.

—Vaya, vaya, vaya —el juez habló con un timbre mordaz al tiempo que

manoseaba el puñal de Varo con gesto juguetón—. El frumentario es tan testarudo que no ha podido evitar meterse donde no le incumbe.

—¿Dónde está la chica? —Quiso saber al contemplar la cama vacía.

—La he trasladado a otra habitación; luego me ocuparé de ella.

—Suéltala —exigió, zarandeando la silla.

Las cejas del juez se elevaron admiradas.

—Sin duda eres un personaje singular.

—Y tú un cerdo.

El magistrado se echó a reír.

—*Exitus Acta Probat*^[15] —declaró en tono lacónico.

—Ningún resultado justifica el asesinato de mujeres indefensas —le contradijo con frialdad.

—Desde mi punto de vista, sí. No disfrutar del placer demuestra insensatez.

—¿Matarlas te produce placer?

—Qué tontería —contestó desdeñoso—. Las mato porque puedo.

—¿Y Aemilia?

Capito no se molestó en negar su implicación, de hecho, ni se sorprendió ante esa pregunta formulada en tono hosco. Metió la mano en la pequeña bolsa de piel que llevaba sujeta al cinturón y sacó algo. Miró el objeto durante un minuto y luego se lo mostró.

Varo distinguió una imagen femenina pintada en un trozo de madera. Quizás el retrato no fuera idéntico al original, pero aun así, la belleza de la mujer rubia era patente.

—Mi madre —explicó el juez—. La única capaz de satisfacer mi gusto por la felación. ¿Sabes?, la retuve cautiva durante días; el tiempo más maravilloso de mi vida. Era muy excitante y seductora. A veces me arrepiento de haberla matado.

En su verbo, la inflexión desencantada resultó espeluznante.

—¡Aquella muchacha me recordaba tanto a ella! —agregó con la mirada vacía.

Varo, ahogado en un reflujo de ácida hiel, ató cabos y la conclusión le repugnó. Pobre Aemilia, su trágico pecado había sido parecerse a otra mujer.

—Pensaste que habías encontrado una sustituta —dedujo en voz baja.

—La muy idiota se suicidó.

—¿A cuántas mujeres has asesinado?

—En el Tíber hay un puñado —admitió encogiendo los hombros.

—Estás loco.

Capito se sobresaltó.

—No te atrevas a insultarme.

—Solo constato un hecho —fue la inmediata respuesta—: ¿Cómo llamarías tú al asqueroso cobarde que mata mujeres en aras de un placer que nunca le satisface?

A tenor de la expresión confusa de su adversario supo que había dado en el blanco.

—¿Has probado a chupársela a un hombre? Seguro que es eso lo que necesitas — añadió burlón.

Capito se abalanzó sobre él y agitó el puñal ante su cara.

—Te voy a matar, miserable perro —su voz destiló cólera.

Enfrentados, se retaron con los ojos plagados de fiereza.

Solo la inquietante respiración de ambos silbaba en el dormitorio.

Varo se tensó. Intuyó el peligro y deliberadamente lo ignoró. Arriesgando el todo por el todo, permitiéndose arrastrar por la ira, le soltó un salivazo en pleno rostro.

—No tienes huevos —desafió—. Hazlo y te perseguiré toda la eternidad.

El otro emitió una carcajada siniestra.

—Eso me encantará verlo —anunció entre risas.

Ni en mil años Varo hubiera imaginado que aquel animal reaccionaría de ese modo.

Atónito, percibió el duro metal resquebrajándole la piel.

Le faltó el aire.

Su mirada se volvió turbia.

Agachó la cabeza y vio la empuñadura del cuchillo asomando entre los pliegues de la túnica. Un reguero de sangre manó desde su pecho herido, extendiéndose sobre la tela.

Sangre roja y dolorosa.

La desesperación se aunó con el irregular latido de su corazón partido. Por primera vez en la vida jugó y perdió. Lamentó que fuera así. Dejaba demasiadas cosas inconclusas para que fuese de otro modo. Sintió un vahído mientras notaba como se desvanecía en la nada y la muerte se cernía con su fría garra. Su último pensamiento fue para Marcia, ¿por qué no le había dicho que la amaba?

—Esto no acaba aquí —murmuró, antes de hundirse en las tinieblas.

Capítulo 52

César corría sobre la acera tan rápido como le permitían las piernas.

«¿En serio?», se rebelaba su mente, «¿El mayordomo? ¿Cómo en las novelas de suspense? Tiene que ser una broma».

Y para colmo, en una suerte de desatino, el tipo aparecía de casualidad, como si eso formase parte de una alternativa natural. Se partiría de risa si cualquier otra persona le contara un suceso similar. Le parecería el epítome de lo absurdo de no ser por las consecuencias trágicamente reales.

Quienquiera que manejara las riendas del universo tenía un sentido del humor muy retorcido.

Sacudió la cabeza, forzándose a dejar para más tarde toda conjetura o impulso de liarse a tortas consigo mismo. Había apostado desde el principio por alguien cercano a Patricia y ahí lo tenía, delante de las narices, escondido como una piedra en el bosque.

Al doblar la esquina se topó de bruces con una escalera apoyada contra la fachada del edificio. Genial, para acabarlo de mejorar solo le faltaba atraer a la mala suerte. Frenó en seco y, sin comprobar si había alguien subido a ella, la rodeó y continuó la carrera.

Corrió sorteando a la gente.

Corrió esquivando obstáculos.

Corrió pensando que el hígado le saldría por la boca.

Corrió con la mira puesta en la espalda del hombre que corría veinticinco metros por delante para verlo perderse en el interior del mercado de ropa.

El aire acondicionado del recinto fue como una fresca tregua en el sofoco del galope. El único factor positivo ante la cruda realidad. Un mar de gente le impedía localizar al fugitivo.

De pronto, le vio escabullirse por una de las salidas laterales. Giró sobre sus talones y emprendió una nueva persecución por la parte externa, atrayendo la estupefacta mirada de los transeúntes. Zancada a zancada ganaba terreno y, cuando le sorprendió penetrando en el metro, el corazón se le puso en un puño. Intranquilo le imitó, saltó por encima de las máquinas validadoras del vestíbulo igual que un infractor, precipitándose hacia las escaleras que conducían al andén central de la estación.

La fortuna, esa cruel dama se regodeaba jodiéndole.

Desde lo alto, la visión era de todo menos alentadora. Dos trenes ocupaban las vías. Cargaban y descargaban a los pasajeros con una simultaneidad que le obligó a gemir. Miró a derecha e izquierda sin identificar la posición del tipo. Llegado a ese punto estaría dentro de cualquier vagón confundido entre los viajeros.

Al final el malnacido había logrado eludirle.

Disgustado, observó partir a ambos vehículos con tal inquina que habría podido

fundirlos.

De vuelta de la alocada carrera, abatido y cansado, se detuvo para atarse el cordón del zapato. Sentía fuego en los pulmones y un cabreo imposible de denominar.

—Muy mal, Valente, muy mal. No podías hacerlo peor —se censuró en voz alta.

Había fracasado en la persecución y ahora el sujeto estaba alertado.

Maldita sea.

Un par de coches policiales estaban aparcados en la puerta del antiguo local de Patricia y la unidad científica se personaba en ese momento mientras Marcela recorría la acera en un círculo reducido dentro del perímetro establecido por la policía. Mantenía los puños apretados y era fácil distinguir la blancura de sus nudillos.

En cuanto le vio corrió hacia él.

—¿Estás bien? —No pudo evitar encerrarle en un apretado abrazo.

—Se me ha escapado en el metro —replicó contrariado, besándole la frente.

—¡No vuelvas a hacerlo! —exclamó a medio camino entre la reprimenda y la angustia.

—Tiemblas —dijo César buscando los ojos de ella—. ¿Qué te pasa?

—Ese hombre es peligroso, ¡podría haberte hecho daño!

—Casi me das más miedo tú que él —protestó en un intento por restar importancia.

Ella le asestó un puñetazo en el brazo; más flojo de lo que se merecía y más fuerte de lo que pretendía.

Juan Luis Ojeda reclamó su atención cuando salió del establecimiento con cara de pocos amigos.

—Tenéis que ver esto.

Nada más cruzar la puerta, Marcela sintió náuseas.

El lugar olía a muerte. A muerte, a aberración y, pese a parecer extraño, a un sutil aroma a flores.

—El local está insonorizado, supongo que por eso nadie oyó nada —Ojeda les tendió un juego de guantes a cada uno—. Marcela me ha contado como habéis dado con el sujeto; qué casualidad ¿no?

César torció el gesto.

La policía había encendido todas las luces y, bajo su reflejo, quedó de manifiesto que Patricia había dispuesto todo con la finalidad de disfrutar de un nidito de amor muy, muy privado.

Como bar, el local contaba con un almacén a donde habían ido a parar la mayoría de mesas y sillas, por lo que el espacio visible se podría considerar casi diáfano, excepto por la cama equipada con dosel que ocupaba el centro. Vestida de seda blanca destacaba entre las paredes de ladrillos anaranjados.

En una esquina, de cara a la puerta de entrada, la antigua barra con cuatro taburetes mantenía su función, aunque las pocas botellas y copas a la vista hablaban

más de un uso personal e íntimo que de un servicio público. El equipo de sonido, acompañado de una variedad considerable de discos compactos, permanecía sobre la misma, ahora mudo. Todo estaba impoluto, incluido el suelo de madera, brillante como un espejo.

Sin embargo, de forma inevitable, todas las miradas recaían en las cuerdas y cadenas con grilletes sujetas a las dos columnas que había a un lado. Tras ellas, adosadas a la pared en un orden determinado, herramientas destinadas a prácticas sexuales claramente perversas y a su costado, encima de una estantería, se alineaban varios frascos del agua de rosas que ya conocían. La teoría de que ese material era aportación del asesino caló en la mente de los presentes.

Mientras los hombres examinaban el lugar, Marcela se situó detrás de la barra con la obvia intención de quitarse de en medio.

—He hablado con Abelardo Sáenz de Heredia —comentó Ojeda—; el mayordomo se llama Octavio Novella y anda desaparecido hace algo más de dos semanas. Dejó su puesto sin explicaciones y sin avisar, simplemente se largó. Sospecho que ha estado viviendo aquí.

César manifestó su conformidad con un cabeceo positivo.

—Sáenz lo contrató hace tres años bajo la recomendación de Daniel Camilo, así que también he hablado con él y me ha contado la historia —continuó el policía—: Al parecer, el tal Novella era funcionario de Justicia, pero se vio envuelto en un asunto de acoso y acabó en la calle. El abogado creyó en su inocencia y le defendió en un juicio que perdieron; sentenciaron a Octavio a cuatro meses de cárcel y a pagar una indemnización. Camilo intercedió por él frente a Sáenz para que lo contratara, dado que al empresario le fascinaba la idea de tener un mayordomo.

—Una circunstancia llevó a otra —hizo notar César—. El pobre Abelardo debe estar destrozado.

Ojeda asintió.

—Aun así, ignoramos en qué momento nació el interés de Novella por Patricia y qué desencadenó el resto.

—Creo que la respuesta está aquí —intervino Marcela—. Es el diario de Patricia.

Ese anuncio desvió la mirada de ambos hombres hacia el grueso cuaderno con las tapas de cuero que oscilaba entre las manos femeninas.

—¿De dónde ha salido? —Quiso saber Ojeda.

—De ahí. —Señaló la parte interna de la barra.

—¿Qué dice? —preguntó César.

—Describe sus impresiones, coqueteos y encuentros con numerosos hombres a los que nombra con un apodo.

—Lee —pidió él.

—«Esta tarde —comenzó en tono neutro— “Birrete” tenía una cita con papi. Con disimulo he metido un mensaje en su chaqueta y media hora más tarde se reunía conmigo en el pabellón. Yo le esperaba tumbada en la cama, dispuesta e irresistible.

Hacía tiempo que me dedicaba a seducirle por activa y por pasiva y, pese a mostrar cierta indecisión, hoy al fin ha venido a mí. Me moría por tenerle y él, tan turbado como cachondo, ha cedido a mi capricho. De pronto, he descubierto al “Juez” fisgoneando tras los cristales. Cree que no le he visto, pero tomar conciencia de que nos observaba ha despertado en mí un tremendo morbo. Sospecho que los tres hemos disfrutado».

—¿El «Juez» es Novella? —inquirió un asombrado inspector.

—Apostaría a que sí —replicó ella.

—¿Por qué le apodaba así?

—Tal vez porque trabajaba en Justicia —sugirió César.

—Pero él no era juez; solo un auxiliar administrativo.

—A ella le haría gracia llamarle así —dijo Marcela.

—¿Y el muy imbécil se creyó el cargo? —masculló indignado—. ¿O, como señalaste una vez, piensa que es superior?

Ella se mordió el labio, negándose a opinar. En cambio, pasó un buen número de páginas y se aclaró la voz con un sonoro carraspeo:

—Dejadme que os lea otra entrada: «El “Juez” se ha vuelto demasiado insistente. Conoce los límites, jamás me tendrá porque yo soy quien elijo y no le elijo a él. Sabe que le consiento acariciarme y que no le acuso de espiarme cuando estoy en el pabellón, pero me temo que ha llegado el momento de acabar». —Avanzó unas cuantas hojas más y añadió—: Esto pertenece a una de las últimas anotaciones: «Ayer invité al “Juez” a mi guarida de la ciudad con la intención de zanjar el asunto. Le comuniqué que nuestro rollo había terminado y que le denunciaría si persistía. Luego, como regalo de despedida, le practiqué una felación. Ahora todo está en orden».

Un muchacho, que ni disfrazándose lograría ocultar su condición de agente novato, se personó ante el inspector.

—Señor.

—Dime, Cabanillas.

—Hemos encontrado esto.

«Esto» era un cofre del tamaño de un neceser de viaje. La madera labrada le confería un aspecto añejo, si bien podía tratarse de una imitación moderna. En cualquier caso, lo fundamental de la caja era su contenido: allí estaban las pertenencias de Patricia.

—Todo el tiempo delante y no lo he visto —se lamentó César con los labios apretados de pura rabia—. Y encima se me ha escapado.

—¿Acaso tienes un detector de asesinos? —replicó el otro—. No te preocupes, le atraparemos; el protocolo de busca y captura ya está activado.

Capítulo 53

El aire portaba el aroma de la amenaza. Apenas se percibía el más leve sonido y hasta los árboles parecían estáticos.

¿Qué demonios hacía Calígula fuera de la casa arañando desesperado la puerta de entrada?

El animal le miró con tal inquietud que César gimió quedamente. En sus ojos dorados la advertencia implícita demostró una vez más su perspicaz entendimiento felino. Algo sucedía y el gato lo expresaba de un modo perturbador.

Por puro instinto, o a saber por qué clase de paranoia, César decidió atender el mensaje sin dejarse arrastrar por el pánico.

A hurtadillas, se acercó para mirar a través de la ventana.

La sangre se le congeló en las venas y la compra se le cayó de las manos, precipitándose contra el suelo con un crujido apagado.

Octavio Novella estaba allí y acorralaba a Marcela con un cuchillo.

¿Cómo había podido suceder aquello en la media hora que había tardado en ir al pueblo y volver?

Ese sábado se celebraba la verbena de San Juan, una fiesta con la que ninguno de los dos simpatizaba demasiado. Tras un divertido tira y afloja entre las sábanas donde habían pasado la tarde haciendo el amor, al final acordaron secundar la tradición de tomar coca y cava. Le tocó a él ir a la panadería.

Ahora todo se había desbaratado y la mujer que amaba estaba en peligro.

El maldito asesino, en paradero desconocido durante la última semana, había reaparecido en el lugar más insospechado y solo Dios sabía por qué. El muy cabrón debía de estar vigilando la casa.

Dividido entre el impulso de arrasarlo todo como un tanque y el sentido común que le aconsejaba prudencia, intentó calmarse. Ponerse en plan gorila no era ni con mucho la opción más inteligente. O al menos no de buenas a primeras.

Cristo, ¿por qué de repente sentía que todo su futuro dependía de esa noche?

Contó hasta diez. Despacio. Entre aspiración y espiración. Al iniciar la undécima inhalación cuerpo y mente se hallaban preparados para darle su merecido a ese cerdo.

A su lado, Calígula gimoteaba cada vez más nervioso.

Procurando hacer el mínimo ruido, sacó el móvil y llamó a Ojeda.

—Octavio está aquí.

No necesitó decir nada más a sabiendas de que con ese escueto mensaje el inspector se pondría en marcha.

Sin ningún plan previsto, con la única idea de alejar a Marcela de las garras de ese individuo, entró en la casa como si nada hubiera cambiado.

—Cariño, ya estoy aquí —anunció en tono ambiguo con la esperanza de no traicionarse.

Calígula le rebasó corriendo y al entrar en el comedor la escena resultó

sobrecogedora.

Encerrada en un fuerte abrazo, con el cuchillo pegado la garganta, Marcela tenía los ojos desorbitados.

—Vete —susurró angustiada—. Este tío viene a por ti.

—Si te mueves la mato —replicó el otro zarandeándola.

El gato giraba en torno de la pareja con el lomo arqueado. Bufaba y enseñaba los colmillos en una postura desafiante. Octavio le lanzó una patada. Calígula le respondió con un bravo zarpazo.

—¿Me quieres a mí? —inquirió César—. Suéltala y me tendrás.

—De eso nada. Esta es vuestra última noche, será mejor que os despedáis.

—Muy considerado de tu parte —contestó irónico—, pero no, gracias. ¿Intimidás a la mujer que amo y crees que no voy a hacer nada? ¿En qué mundo vives?

El antiguo mayordomo le miró de hito en hito.

—¿Acaso pretendes ser un héroe?

César sacudió la cabeza con desprecio.

—Pretendo enviarte al infierno.

Octavio se echó a reír. Su carcajada sonó tremendamente siniestra.

—¿Sabes?, hace poco me sometí a una hipnosis regresiva. Tú y yo pertenecemos a un tiempo muy remoto. Y lo más gracioso es que ni siquiera entendiste el mensaje, te advertí que el juez iría a buscarte.

—Ahórrate la verborrea.

—Nuestras almas están vinculadas —murmuró con las retinas plagadas de ira, sordo a todo cuanto no fuera él mismo—. La mía sufre por tu culpa; me jodiste una vez y no voy a concederte la oportunidad de volver a hacerlo. Te mataré tan despacio que desearás no haber nacido y cuando acabe contigo me ocuparé de esta zorra. No es mi tipo, pero bastará para pasar un buen rato.

Deslizó la lengua a lo largo de la mejilla femenina a la vez que le acariciaba los pechos con el cuchillo.

A riesgo de obtener el resultado opuesto, César se abalanzó y descargó un golpe. Su puño se estrelló contra el rostro de Octavio con tal fuerza que este se tambaleó distendiendo los brazos.

Marcela, tan asustada como impulsiva, aprovechó instintivamente ese segundo para huir, situándose detrás de la mesa. Calígula emitió un gruñido y corrió a sus pies, alzándose sobre las patas traseras formando con su cuerpo un diminuto escudo.

Uno armado con el cuchillo, el otro con sus manos como única defensa, los hombres se retaron cara a cara.

—Ahora ya no eres tan valiente —le provocó César.

—Te voy a matar, miserable perro.

—Eso ya lo has dicho antes, ¿no tienes otra frase más original?

Aquel desplante fue la gota que colmó el vaso.

Octavio, ciego de rabia, arremetió contra él. La hoja de acero brilló bajo la

lámpara cuando alzó el brazo para asestar la cuchillada definitiva. Enzarzados cuerpo a cuerpo, topó con una resistencia con la que no contaba. Resistencia tan férrea como su propia furia.

Entrenado en el arte de la defensa personal, César le arrebató el arma propinándole un violento manotazo.

El cuchillo cayó al suelo.

Octavio desvió la mirada con la intención de localizarlo.

Esa milésima de distracción bastó para que César le zurrara la mandíbula por segunda vez.

El chasquido del puñetazo resonó en las paredes como una grieta en el viento.

Atontado, el asesino se desplomó, notando el peso de su adversario cayéndole sobre el vientre. Atrapado, vio el cuchillo cerniéndose frente a él y la determinación reflejada en la oscura mirada de ese menospreciado rival.

Puño contra puño, una batalla de voluntades se desató esa noche de festejo. Aun en esa desventajosa postura, Octavio demostraba una fuerza considerable; el cuchillo apuntaba hacia el torso de César, rozándole peligrosamente.

La sangre comenzó a manar resbalando por las muñecas.

Uno de los dos se había cortado. O quizás ambos.

Por alguna extraña razón, las palabras de Cethega acudieron a la mente de César.

«No la abandones».

Con ese pensamiento martilleándole las sienes, concentró toda su energía alrededor del arma. En un giro forzado a base de obstinación, empujó hacia abajo y advirtió como la hoja penetraba la carne hasta la empuñadura.

Las pupilas de Octavio Novella se dilataron de puro terror. Estupefacto, observó el mango del cuchillo clavado en su pecho al tiempo que saliva y sangre se entremezclaban en las comisuras de su boca.

A lo lejos, las sirenas de la policía anunciaban su llegada mientras las primeras hogueras encendían la noche.

Capítulo 54

Admirar el paisaje desde el Balcón del Mediterráneo era uno de esos pequeños placeres que la vida regalaba si tan solo se le dedicaba un instante. El mar poseía la apariencia de un remanso azul adornado de blancas crestas y la brisa olía a salitre, a cálida arena dorada y a vitalidad. A la derecha, en la distancia, el puerto tarraconense. A la izquierda, más cerca, los restos del Anfiteatro romano con las ruinas de la basílica cristiana construida en el centro cuando este perdió sus funciones originales.

—Ya estamos aquí, ¿y ahora qué? —preguntó Marcela.

—Disfrutemos del fin de semana —contestó César.

—Qué poco me gusta este sitio —repuso mohína.

Él, iluminado por los rayos de la tarde, apoyado indolentemente en la barandilla de hierro —cuya costumbre dictaba que al tocarla proporcionaba buena suerte— y una mueca burlona pintada en el rostro, la miró con los ojos negros colmados de intuición.

—No me digas que no te sientes bien ante este panorama.

Un cambio se había operado en Marcela tan pronto había puesto el pie en la ciudad y lo cierto era que se sentía incapaz de encontrar la razón. Rencor y emoción se combinaban en su interior y César parecía adivinarlo.

—Lo único que pienso admitir es que me siento rara —contestó a regañadientes.

—Entonces ya somos dos —reconoció él al mismo tiempo que se giraba y observaba los edificios—. Esta fue una importante ciudad romana.

—Eso lo sabe todo el mundo.

—Ya, pero ¿qué tiene que ver con nosotros?

—¡Y a mí qué me cuentas! —rezongó—. ¡Igual eres la reencarnación de un emperador!

—Mi madre dice que tengo el porte de los césares —confirmó muy ufano.

—¿Y tu abuela qué dice?

—No tengo abuela.

—Ya me parecía —su sarcasmo emergió a borbotones.

—Venga ya, ¿dónde está tu espíritu de cotilla aventurera?

—Lo he dejado en el hotel junto a Calígula.

—Y encima se ha traído al gato —César le gruñó a la nada.

Marcela no pudo soportar la idea de dejar solo al animal, y menos cuando este, como si intuyera lo que iba a suceder, se empeñó en seguirle los pasos emitiendo lastimosos maullidos mientras hacía la maleta.

—¿Por qué le tienes tanta manía a mi gatito?

—Porque no me gustan los mininos negros y el tuyo me mira como si me leyera.

—Sí, conozco la sensación —convino divertida.

—Le caigo mal.

—No creas; cuando no estás le hablo de ti y mueve la cola.

—¿Le hablas de mí al gato? —La cara masculina fue como una oda al espanto—. ¿Y qué le cuentas?

—Que eres una monada.

César fracasó en el intento de esconder su sonrisa.

—Ven aquí, dulce mío.

La atrapó de la cintura para fundirse en un íntimo beso bajo el beneplácito de un deslumbrante Mediterráneo como testigo.

—¿Te he dicho que te quiero? —añadió con el aliento en plena fuga.

—Cada cinco minutos, y yo te lo digo cada seis.

—Bien, me conformo siempre y cuando mantengamos esa marca.

Cogidos de la mano enfilaron el tramo que les llevó al Anfiteatro. Muy cerca del mar, extramuros de la antigua urbe, se alzaba la perfecta elipse donde era posible respirar el aire de un pasado antiguo, donde las piedras rezumaban historia y la pesadumbre por la devastación hacía mella.

—Me cuesta concebir que la gente disfrutase viendo como otros se mataban —dijo ella.

—Era otra época y supongo que una mentalidad muy distinta.

De allí fueron al cercano Circo y curiosearon los vestigios de un lugar difícil de imaginar en todo su esplendor. Los restos arqueológicos no eran más que una minúscula parte de lo que debió representar aquel sitio donde las cuadrigas y sus aurigas seguramente protagonizaron muchas jornadas de gloria.

—¿Vamos a ver la villa y ya cenamos por la zona? —inquirió persuasivo.

En el hotel, César se había interesado por los lugares más representativos mientras ella ponía cara de aburrimiento. El conserje les dijo que, aparte de la propia ciudad, a unos doce kilómetros podían visitar una villa rural que también formaba parte del conjunto monumental romano, recomendándoles, además, varios restaurantes donde degustar la gastronomía local.

—Como quieras —aceptó reticente.

Recorrer la docena de kilómetros que había hasta el lugar les llevó menos de un cuarto de hora.

Inesperadamente, Marcela se quedó prendada de la villa, como si al plantar el pie en la tierra milenaria algún tipo de hechizo la embrujara.

Antes de acceder al recinto habían visto la maqueta de la finca, el retrato de su propietario —un romano muy distinguido— y la foto de una estela que describía su cargo. Según leyeron en el cartel informativo, se trataba del duunviro, una figura similar al alcalde contemporáneo.

De la mano de un guía visitaron las ruinas.

El jardín donde en sus mejores tiempos hubo estanques. El huerto, la bodega, los almacenes de cereales, la enorme cisterna que contenía el agua destinada al riego de los cultivos y la zona industrial con sus hornos y herrerías. Las termas privadas que solo los muy ricos poseían, con sus piscinas de agua caliente y fría y su letrina,

claramente reconocible. Las descoloridas paredes de la planta baja de la casa, ya que la superior había desaparecido con el tiempo, junto a los mosaicos que cubrían el suelo de colores beis, castaño y azul, con sus nudos salomónicos, sus cuadrados y su geometría perfecta, donde una vez se ocultó detrás del muro una de las cisternas que proveía de agua a la casa.

—Me encanta este sitio, ¿te imaginas lo bien que se debía vivir aquí?

—De coña, aislado de todo el mundo —replicó César—. Estaban locos estos romanos.

—Vale, Obélix, no pienses más que te harás daño.

Al despertar a la mañana siguiente, César se topó con la diáfana mirada de Calígula. Sentado en su pecho, el gato se dedicaba a lavarse la cara con su patita empapada en saliva.

Le dio unos golpecitos con la mano, apartándole a un lado.

—Quita.

El animal le miró cariacontecido y él sintió remordimientos.

—No te caigo tan mal, ¿verdad?

El felino replicó con un maullido al tiempo que frotaba la cabeza contra su torso. César le rascó las orejas y Calígula le regaló un ronroneo.

Distraído, recorrió con la lengua el arco de sus labios.

Umm... Marcela había estado allí. Esa mujer tenía el sabor de un confite tentador y azucarado que nunca se cansaría de probar. Se acurrucó a su espalda, acostando la lengua en el lecho del cuello para luego deslizarla en la depresión de la clavícula. La noche había transcurrido consumida por el placer y todavía estaba intoxicado de ella. Encendido una vez más, se dispuso a acariciarla con la esperanza de robársela al sueño.

Ella respondió a las caricias con un murmullo quedo:

—Eres un chico muy malo.

Con el pelo revuelto y el contorno de la boca inflamada de gozo a César se le antojó una estampa prodigiosa.

—Ya, pero a ti te gusta.

Y se inclinó a saborearle de nuevo la piel.

Calígula abandonó la cama y se acomodó en la coqueta butaca situada a los pies, harto de aquel par de locos humanos que se entregaban a actividades molestas en momentos intempestivos. Algo intolerable para su somnolencia gatuna.

Hora y media más tarde, Marcela exclamaba horrorizada:

—No pretenderás que suba esta cuesta, ¡estoy muerta! Si me dejo caer rodando aterrizo en el puerto.

—Es el camino más corto para ir al Pretorio y al museo.

—Empiezo a arrepentirme de haber pensado que visitar esta ciudad era una buena idea —se quejó, arrastrando los pies.

—Desde luego, como eres, ayer disfrutaste como una cría en la villa y hoy no

paras de protestar.

—Es que no tengo filtro.

César se partió de risa.

—Va, que es un tramo cortito —la animó—. ¿Te empujo del culo?

Ella le obsequió con una mirada castaña plagada de arrogancia.

La inscripción, *Tarraco, Scipionum Opus*^[16], como la definió Plinio el Viejo, destacaba en la fachada del Museo Nacional Arqueológico de Tarragona. Las distintas salas contenían un fascinante viaje a través de la historia de la antigua Tarraco. Desde capiteles, cornisas, columnas, bustos, estatuas y cabezas de mármol que en su momento decoraron casas, jardines y edificios públicos, a la enorme ancla de madera y sus ánforas para el transporte de vino y aceite que hablaban de su estrecha relación con el mar. De sepulcros y lápidas a pavimentos de coloridas teselas que formaban complejos diseños geométricos o representativos de la flora, la fauna y los dioses, hasta artículos de uso cotidiano como jarras, platos, lucernas y ungüentarios de delicado cristal. La curiosa muñeca de brazos y piernas articulados encontrada en el sarcófago perteneciente a una niña de entre cinco y seis años o los objetos eróticos de formas fálicas.

En la puerta de entrada al Pretorio les recibió la escultura de los gemelos Rómulo y Remo amamantados por Luperca y, ubicada en un emplazamiento privilegiado entre los muros del edificio, la estatua de Augusto miraba al mar. Dentro contemplaron el Sarcófago de Hipólito con la narración del mito esculpido en la piedra, un plano de la ciudad romana y carteles que explicaban la historia de los monumentos. Después se dirigieron a otra sala de estructura alargada y estrecha en cuyo centro, alineadas una al lado de otra, había media docena de estelas funerarias con su correspondiente rótulo explicativo.

César leyó uno en voz alta:

—«A Cayo Varo, frumentario de la *VII Gemina*, el amado de su afligida madre Calpurnia Scapula y su amante compañera Marcia Cesonia. Que la tierra te sea ligera». —Entornó los ojos, pensativo—. ¿Qué es un frumentario?

—¿Acaso tengo pinta de historiadora?

Él le lanzó una mirada crítica para luego consultar internet con el móvil.

—Al parecer era algo así como un espía —informó al cabo de un instante—. Espía, como mola. Hola, soy Varo, Cayo Varo —improvisó un tono falsete imitando al más famoso de los agentes de ficción—. Me cae bien este tipo.

—Creo que necesitas una inteligencia urgentemente —le aconsejó Marcela.

—Pero ¿qué te pasa?

Ella se estremeció.

—No lo sé. Ese hombre tenía gente que le quería y dos mil años después su recuerdo aún continúa aquí. Me da escalofríos. ¿No te gustaría que te recordaran así?

—Me conformo con que tú me recuerdes mañana. —Y atajó la consiguiente respuesta con un ademán—. Pero sí, entiendo lo que dices.

Se giró hacia la estela e inclinó la cabeza de modo solemne con el puño cerrado sobre el corazón.

—Ave, Cayo Varo, te brindo mis respetos desde el presente.

Notas

[1] Salsa muy apreciada a base de despojos de pescado macerado en salmuera. (*N. de la A.*). <<

[2] Buenos días. <<

[3] Adiós. <<

[4] Esta crema la creó Claudio Galeno, el famoso médico griego de la antigua Roma, nacido aproximadamente doce o trece años después de la fecha en la que transcurre esta historia. Por lo tanto, es una licencia. (*N. de la A.*). <<

[5] Prostituta que servía en el lupanar. <<

[6] Esclavo experto en depilación. <<

[7] Roja. <<

[8] Verde. <<

[9] Hola, dulce mío. <<

[10] Cuidado con el perro. <<

[11] Esclavos especializados en el cotilleo; encargados de recordar nombres y cargos y de estar al tanto de cuanto sucedía en la sociedad. (*N. de la A.*). <<

[12] Darla a chupar. <<

[13] Encantado de conocer. <<

[14] Sígueme. <<

[15] El resultado valida los hechos. <<

[1]⁶ Tarraco, obra de Escipiones. <<